UN THRILLER DE DANNY PEARSON

# LA SANGRE CORRE HONDO



STEPHEN TAYLOR

# LA SANGRE CORRE HONDO

STEPHEN TAYLOR






Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798273154124

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

# ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO
SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela
Acerca del Autor

# DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

## OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

## LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

# UNO

Mirando su reloj, y luego hacia la grandiosa fachada de mediados del siglo XIX de la estación de metro Gare du Nord de París, Danny Pearson continuó buscando a su objetivo mientras terminaba su hamburguesa Whopper. Echó un vistazo a la foto del hombre en su móvil, se recostó bajo la marquesina exterior de Burger King y reanudó su vigilancia.

Cinco minutos después, su objetivo, Miles Marshbrook, salió de la estación de tren. El hombre alto, delgado y nervioso, con una bolsa de cuero colgada al hombro, miró a ambos lados antes de cruzar la calle apresuradamente. Pasó junto a Danny y desapareció de vista, dirigiéndose hacia el Boulevard de Strasbourg.

Danny apuró el resto de su bebida con la pajita. No tenía prisa por seguirle; sabía adónde se dirigía Marshbrook. Lo que sí le interesó fueron los dos hombres de Oriente Medio que salieron de la estación un minuto después. Echaron un rápido vistazo a ambos lados antes de cruzar la calle, sus ojos fijos nuevamente en Marshbrook mientras le seguían por el Boulevard de Strasbourg.

Danny deslizó los envoltorios de comida en la papelera y salió tranquilamente de la sombra de la marquesina hacia el caluroso sol veraniego. Con el bulevar lleno de parisinos y turistas, Danny sabía que Marshbrook estaría relativamente seguro hasta que se registrara en el Hotel Relais Du Louvre, frente al famoso museo del Louvre junto al río Sena. Las instrucciones de Howard eran simples:

encontrarse con Miles Marshbrook en la habitación 18 del hotel, intercambiar dinero por la información que el Sr. Marshbrook afirmaba tener sobre la identidad de un topo que había estado vendiendo diseños de armas del Ministerio de Defensa a Oriente Medio.

Sin querer llegar tarde a la fiesta, y debido a la ubicación del encuentro, Danny había supuesto acertadamente que Marshbrook llegaría en tren a la ciudad. Siguiendo en la retaguardia de la procesión, Danny estudió el aspecto y los movimientos de los dos hombres de Oriente Medio que iban delante. Llevaban chaquetas cerradas con cremallera a pesar del calor sofocante, lo que sugería armas ocultas, y caminaban con determinación: erguidos, disciplinados, con entrenamiento militar, cabezas firmes sobre cuellos sólidos. La mejor suposición de Danny era que pertenecían a los servicios secretos saudíes.

Cruzaron hacia el Boulevard de Sebastopol y continuaron hacia el río; los dos hombres se desviaron y entraron en una tienda mientras Marshbrook entraba en Starbucks a por un café. Danny siguió caminando por el bulevar arbolado, pasando por delante de los tres para cruzar la calle y girar hacia el puente Pont au Change. Aceleró el paso y siguió el río hacia el Louvre. En cinco minutos, Danny estaba sentado en un banco frente a una majestuosa iglesia gótica, con la entrada del Hotel Relais Du Louvre a la vista.

No tardó mucho en ver a Marshbrook acercándose al hotel por la ruta más directa. Miró a su alrededor nerviosamente antes de entrar, siendo obvio para un ojo entrenado que no sabía qué debía buscar. Los dos hombres de Oriente Medio entraron en el hotel un minuto después, aún visibles para Danny a través de la ventana frontal mientras fingían mirar el panel turístico dentro del vestíbulo mientras Marshbrook se registraba. Acercándose, Danny se escondió tras una furgoneta de alquiler Enterprise estacionada frente al hotel. Asomándose por detrás, pudo ver a Marshbrook tomando las llaves de la habitación de la recepcionista y dirigiéndose hacia las escaleras en la parte trasera del hotel. Una vez que Marshbrook desapareció de vista, la guapa recepcionista morena centró su atención en los dos hombres de Oriente Medio, con una sonrisa en su rostro

mientras les preguntaba si podía ayudarles. Para sorpresa de Danny, uno de los hombres sacó una pistola con silenciador de su chaqueta y disparó a la joven en la frente, quedando la expresión de shock congelada en su rostro mientras caía de espaldas de la silla de recepción. Sin demora, el otro hombre se movió por detrás del mostrador y empujó a la mujer fuera de la vista en el espacio debajo del mismo. Danny cruzó la calle, con los ojos fijos en los dos hombres mientras desaparecían escaleras arriba.

*Mierda, esto se ha puesto feo rápidamente.*

Entrando, Danny sacó su propia Glock con silenciador de la chaqueta y se dirigió a las escaleras. La caja de escaleras era antigua y pequeña en el edificio centenario, sin ofrecer visibilidad desde abajo hacia arriba por el centro. Subiendo los escalones tan rápido como podía sin hacer ruido, Danny fue avanzando por cada planta, deteniéndose para escuchar en el rellano, y continuando cuando no oía a nadie. Cuando finalmente llegó al último piso, asomó rápidamente la cabeza al rellano, tomando una instantánea mental del pasillo vacío antes de entrar y dirigirse hacia la habitación 18. Al acercarse, pudo ver la puerta ligeramente entreabierta. De pie a un lado, Danny acercó su oído a la rendija y escuchó. Podía oír voces, demasiado débiles para distinguir lo que decían, pero supuso que estarían de espaldas a la puerta mientras interrogaban a Marshbrook. Con su arma en alto, Danny tomó unas cuantas respiraciones profundas, tensando y relajando los músculos de sus piernas, preparándolos para un movimiento rápido mientras planeaba mentalmente un ataque sorpresa de choque y conmoción.

*Uno, dos, tres.*

Danny irrumpió por la puerta a una velocidad asombrosa, con su pistola en alto y listo para disparar a ambos hombres mientras se giraban. Sus planes se vieron frustrados cuando los vio de frente con sus armas apuntando en su dirección. En su segundo paso dentro de la habitación, Danny apoyó su pierna derecha en la pared junto a él y se impulsó lateralmente a través de la puerta del cuarto de baño mientras una bala pasaba silbando junto a su oreja, perforando un pulcro agujero en la puerta del hotel detrás de él.

—Alto, lo necesitamos vivo —gritó uno de los hombres al otro.

En el cuarto de baño, Danny se lanzó dentro de la gran bañera de hierro fundido. Disparando por encima del borde, perforó una precisa línea de agujeros en dirección a los hombres de Oriente Medio a través de la pared de azulejos, madera y yeso que separaba el baño del dormitorio. Escuchó gruñidos de dolor cuando alcanzó su objetivo, seguidos de una ráfaga de balas que explotaron en su dirección, duchándolo con trozos de yeso y azulejos antes de golpear el lateral de la pesada bañera de hierro fundido con un estruendo ensordecedor.

Cuando cesó el tiroteo, Danny apenas podía oír respiraciones pesadas y gruñidos de dolor por encima del pitido en sus oídos. Asomando la cabeza por encima de la bañera, cerró un ojo y miró a través de un agujero de bala hacia el dormitorio. Podía ver a un hombre boca abajo en la cama y las piernas de alguien en el suelo. Saliendo de la bañera, Danny se giró rápidamente hacia el dormitorio, con su arma apuntando al hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared exterior. Le miró con ojos derrotados, mientras la sangre manaba de su pecho. Aún tenía el arma en la mano, pero ya no le quedaban fuerzas para levantarla.

Danny se volvió hacia Marshbrook, sentado en la esquina, con una inundación carmesí cubriendo su camisa blanca desde su cuello recién abierto. Abriendo la bolsa de viaje de Marshbrook, Danny encontró una carpeta de Manila. La abrió y encontró detalles de la reserva del hotel y de una entrevista de trabajo para una empresa informática en París. El nombre en la reserva y en la entrevista era Jean Paul Marcellas. No había información, no hubo intercambio. Le habían tendido una trampa.

Danny dobló los papeles y los metió en su bolsillo antes de registrar los bolsillos del hombre muerto en la cama. Revisó la cartera. Sin identificación, sin tarjetas, solo algo de dinero en efectivo. Agachándose frente al hombre sentado contra la pared, Danny le dio una palmadita suave en la mejilla.

—¿Para quién trabajas? —le dijo.

El hombre le miró con ojos semiconscientes. Su boca se movía, pero no salía ningún sonido. Sin expresión, Danny cogió una almohada de la cama y la colocó sobre la cara del hombre. Presionó

el silenciador de su pistola en el centro de la almohada y apretó el gatillo con un sordo ping metálico. El cuerpo del hombre se sacudió antes de desplomarse. Arrojando la almohada a un lado, Danny le quitó el teléfono móvil y unas llaves de vehículo. Colocó el pulgar del hombre sobre el teléfono para desbloquearlo y frunció el ceño cuando su propia foto le devolvió la mirada. Guardándose el teléfono, Danny cogió las llaves del vehículo y se puso de pie. Notó el llavero de Enterprise en las llaves y se acercó a la ventana. Con una pulsación del botón, Danny observó cómo las luces de emergencia de la furgoneta de abajo parpadeaban al desbloquearse.

Sintiendo la necesidad de salir, Danny cogió una toalla perfectamente doblada de la silla y fue al baño. Limpió la bañera de hierro fundido y las puertas al salir, llevándose la toalla consigo para evitar dejar cualquier rastro de ADN. Un minuto después estaba fuera del hotel. Miró arriba y abajo de la estrecha calle mientras cruzaba hacia la furgoneta de alquiler de Enterprise. Todo estaba tranquilo, solo algún parisino y turista ocasional. Danny entró en la furgoneta y la puso en marcha. Echó un vistazo a la parte trasera antes de arrancar, frunciendo el ceño al ver una caja con la tapa quitada. El interior estaba forrado de espuma, con esposas y cadenas fijadas a sus gruesos lados de madera. Con el inquietante pensamiento de que alguien quería secuestrarlo y meterlo en una caja, Danny se incorporó al tráfico de París.

# DOS

—Esperad aquí —dijo, dejando a sus guardaespaldas en el vestíbulo del Hotel Savoy sin esperar respuesta.

—Buenas noches, señorita Volkov —saludó el maître del restaurante Kaspar's.

—Buenas noches, Samuel. ¿Tenéis mi mesa habitual lista? —preguntó con voz educada pero fría e inexpresiva, con un marcado acento ruso.

—Por supuesto, y su invitado ya está aquí —dijo Samuel, caminando delante de ella para acomodarla.

Los tacones de sus Christian Louboutin repiqueteaban rítmicamente mientras le seguía. Las cabezas se giraban a su paso por el restaurante, ataviada con un ceñido vestido de diseñador que realzaba su larga melena rubia y sus impactantes ojos azul hielo.

James Bullman se levantó de su asiento para saludarla cuando se acercó. —Annika, querida, qué alegría verte —dijo, volviendo a sentarse mientras Samuel deslizaba la silla tras Annika cuando esta tomó asiento.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó Samuel, entregándoles los menús.

—Vodka Beluga con hielo —dijo Annika, con la mirada fija en James.

—Eh, solo agua tónica para mí, por favor. Tengo reuniones ministeriales esta tarde —dijo James, con su rostro político

bloqueado en su habitual sonrisa pública.

Cuando Samuel se marchó, James volvió la mirada hacia Annika, cuya fría e imperturbable mirada hizo que su sonrisa vacilara por un segundo antes de recomponerse.

—Se escapó —afirmó ella de manera tajante.

—Eh, sí, me temo que así fue.

—¿Qué clase de imbéciles enviasteis? —dijo Annika, inclinándose al hablar con enfado.

—Eran agentes altamente cualificados. Mira, hice lo que me pediste. No es culpa mía que Pearson escapara. Este no es ni el momento ni el lugar para discutirlo —dijo, con voz baja y mirada nerviosa, comprobando si alguien pudiera escucharles.

—No se atreva a hacerme callar, señor Bullman. Puede que sea joven, pero soy la hija de mi padre. Él le poseía. Ahora yo le poseo —dijo Annika, su voz volviendo a su tono tranquilo y escalofriante.

—Escúchame bien, jovencita. Cualquier acuerdo que tuviera con tu padre terminó cuando él murió. Organicé lo de París por respeto a él, pero eso es todo. Nada más —dijo James, con la cara enrojecida por la forma en que le hablaba aquella joven advenediza.

—¿Sabe, señor Bullman? Cuando los albaceas me entregaron los asuntos empresariales de mi padre al cumplir veintiún años, pasé mucho tiempo revisando sus diarios y efectos personales. —Annika hizo una pausa, su rostro inexpresivo mientras miraba fijamente a Bullman sin pestañear. Su estudiada fachada política ocultaba sus pensamientos, pero sus ojos revelaban su creciente nerviosismo.

—Hay material de vídeo muy interesante, algunos que causarían conmoción incluso entre los miembros más tolerantes de su circunscripción al ver sus preferencias sexuales. Un gusto tan específico que creo que una de las mujeres del burdel acabó en el hospital y aún lleva las cicatrices —dijo Annika, haciendo otra pausa para observar cómo el color desaparecía del rostro de Bullman.

—No he pasado cinco años intentando averiguar quién mató a mi padre para rendirme, señor Bullman. Los preparativos están hechos. Lo único que tiene que hacer es entregármelo. Daniel Pearson sufrirá, y cuando yo decida que ha llegado el momento, me suplicará

que lo mate. Ocúpese de ello, señor Bullman. ¿Me he explicado con claridad?

—Perfectamente. Ahora, si me disculpa, he perdido el apetito —dijo James, levantándose para marcharse.

Samuel llegó con la bebida cuando Bullman se marchaba. —¿No se queda su invitado? —preguntó.

—Me temo que el señor Bullman tenía asuntos urgentes que atender, así que cenaré sola esta noche —dijo Annika, dando un sorbo a su vodka Beluga con hielo.

—Muy bien, señora —dijo Samuel, entregando a Annika un menú antes de retirar los cubiertos y el vaso del señor Bullman.

# TRES

Reacio a utilizar su billete de tren Eurostar por si quien planeó la emboscada conocía cómo viajaba a París, Danny condujo la furgoneta de alquiler durante tres horas y media hasta Calais. Recorriendo las afueras de la ciudad, Danny detuvo la furgoneta justo antes de llegar a un campamento de refugiados. Limpió el volante y la puerta de cualquier huella dactilar, observando a un grupo de refugiados agotados por el viaje y la vida que le miraban desde el borde de la carretera. Dejando la puerta del conductor abierta y las llaves en el contacto, Danny se bajó y se alejó caminando hacia el puerto de ferries. Dudaba que la furgoneta fuese a quedarse allí mucho tiempo. Parando en el centro de la ciudad, Danny compró un móvil de prepago y llamó a su mejor amigo, Scott Miller. Había mantenido apagados su propio teléfono y el que había cogido al hombre de Oriente Medio desde París por si estaban siendo rastreados.

—Diga —contestó Scott con reserva ante el número desconocido.

—Scott, soy Danny. Necesito tu ayuda, tío.

—Mmm, eso suena inquietante. ¿Qué necesitas, colega? —dijo Scott, con la curiosidad despierta.

—¿Puedes recogerme en la terminal de ferries de Dover sobre las ocho?

—Sin problema, pero me deberás una. Tendré que cancelar mi cita con una morena bastante atractiva —dijo Scott con una risita en

la voz.

—Gracias Scott, lo aprecio, y Scott, no le digas a nadie que has hablado conmigo —dijo Danny, divisando la terminal de ferries a lo lejos.

—Seré una tumba. Nos vemos luego.

Danny colgó y siguió caminando. No pudo evitar sonreír pensando en Scott. A su amigo le encantaba todo lo relacionado con el espionaje, pero siempre se podía contar con él para que ayudara.

Después de comprar un billete como pasajero a pie, Danny embarcó en el ferry de P&O y se dirigió al restaurante. Devoró un pescado recocido con patatas secas mientras contemplaba quién podría quererlo muerto y, más importante aún, quién querría secuestrarlo y por qué. La lista de quién-podría-quererlo-muerto fue rápida, sencilla y bastante larga; la de quién-querría-secuestrarlo le dejó perplejo y frustrado. Cuando terminó de comer, Danny subió a cubierta y se quedó mirando el móvil de prepago durante un rato antes de hacer una llamada.

—Oxford Financial Consultants, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo una mujer con voz animada.

—Necesito hablar con Howard —dijo Danny a la recepcionista que servía de fachada para el agente del gobierno que le había enviado a París.

—¿Quién le llama, por favor? —respondió educadamente.

—Roger Freeman —dijo Danny, utilizando un viejo alias.

—Permanezca en este número, Sr. Freeman, se pondrán en contacto con usted en breve.

La línea quedó muerta en el instante en que ella dejó de hablar. Sonó de nuevo en menos de un minuto sin identificador de llamada.

—Howard.

—Buenas tardes, Daniel. Me alegra que siga con nosotros. Empezábamos a preocuparnos. Cuénteme, querido; las mentes curiosas están bastante ansiosas por saber por qué hay una recepcionista y tres hombres muertos en un hotel de París —dijo Howard, con su habitual tono animado.

—Todo fue una trampa, un plan de secuestro. No existía ningún Marshbrook, solo un pobre francés que pensaba que iba a una

entrevista de trabajo. Los dos tipos de Oriente Medio tenían mi foto en su teléfono. Tenían una furgoneta de alquiler fuera del hotel con una caja y cadenas para transportarme a algún sitio —dijo Danny, sin disimular su enfado.

—Ya veo. Eso plantea algunas preocupaciones. ¿Está usted herido?

—No, estoy bien. ¿De dónde procedía la información para el contrato, Howard? —dijo Danny, aún dándole vueltas a lo sucedido.

—De uno de los nuestros. Necesito tiempo para investigar esto. Manténgase fuera del radar y le llamaré en cuanto tenga algunas respuestas. Supongo que nadie más conoce este número —dijo Howard, con un inusual tono de preocupación en su voz.

—No —fue toda la respuesta de Danny.

—Bien, hablaré con usted pronto —dijo Howard, finalizando la llamada.

Mientras guardaba el teléfono en su bolsillo, Danny observó cómo Dover crecía en la distancia mientras el sol se ponía sobre el Canal a sus espaldas. Echó un vistazo a su fiel reloj G-Shock. Todavía tenía una hora hasta que Scott viniera a recogerle.

# CUATRO

De vuelta en su despacho en el edificio del Ministerio de Defensa en Whitehall, James Bullman se recostó en su gran sillón de cuero, tamborileando con los dedos sobre el escritorio de nogal con incrustaciones de cuero. Profundas arrugas surcaban su frente mientras reflexionaba sobre su difícil situación.

Cuando la familia mafiosa rusa de los Volkov fue expulsada de Londres, y posteriormente asesinada en su finca familiar de Moscú tras una guerra territorial entre ellos y el gánster londinense Harry Knight, pensó que sus problemas habían terminado. Creyó que el chantaje por sus estúpidas indiscreciones en el burdel de los Volkov, y las amenazas e intimidaciones eran historia. Y lo habían sido. Durante cinco años, nada. Había ascendido hasta convertirse en Ministro de Defensa y se había deleitado con el poder y la libertad que ello le otorgaba. Eso fue hasta que Annika Volkov irrumpió en Londres para devolvérselo todo, con sus gélidos ojos azules y su comportamiento frío e indescifrable, idénticos a los de su padre, al igual que sus métodos de negocios. Ahora estaba atrapado. Su única oportunidad de redimir la situación era negociar a este hombre Pearson a cambio de las grabaciones de vídeo que ella tenía en su contra. Malditos idiotas de París. Si tan solo hubieran hecho bien su trabajo, ya estaría libre de Annika Volkov. Su móvil sonó y le arrancó de sus pensamientos.

—Sí.

—Disculpe que le moleste tan tarde, señor, soy Larry Whistle. Me dijo que le llamara si teníamos algo sobre el objetivo.

—Sí, Larry, ¿qué ocurre? —dijo James, incorporándose con expectación.

—El pasaporte de Daniel Pearson ha sido detectado en la terminal del ferry de Calais esta misma tarde. Hackeamos las cámaras del puerto de Dover y lo visualizamos cuando entraba en el Reino Unido. Se subió a un Porsche blanco registrado a nombre de Scott Miller. Lo hemos estado siguiendo con las cámaras de tráfico y se dirige al centro de Londres. ¿Desea que lo interceptemos, señor?

—No, simplemente seguidlo, por favor. De momento solo está marcado como persona de interés. Simplemente informadme de cuál es su destino final —dijo James, relajándose las arrugas de su frente mientras la moneda de cambio se acercaba a su alcance.

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Larry, y gracias —dijo James, colgando.

Se recostó en su silla, sus dedos reanudaron el tamborileo sobre la mesa mientras meditaba su próximo movimiento. Tras unos segundos, se inclinó hacia delante, cogió su móvil y seleccionó un contacto. Sonó durante bastante tiempo, siendo contestado justo cuando James estaba a punto de rendirse.

—James, ¿qué es tan importante para llamar a estas horas? —respondió una voz adormilada.

—Lo siento, Terence, no hay más remedio. Tengo una situación que requiere tu ayuda. Me temo que voy a tener que pedirte ese favor que me debes —dijo James, con palabras de disculpa, pero el tono de su voz no estaba pidiendo, sino exigiendo.

—Continúa —dijo secamente el Superintendente Jefe Terence Crawford.

—Voy a necesitar que una de tus unidades de respuesta armada detenga a alguien para mí.

—¿Y el papeleo para la detención? —dijo Terence con una sensación de hundimiento en el estómago mientras anticipaba la respuesta.

—Estrictamente extraoficial. Necesitaré que me lo entreguen en un lugar específico —dijo James con la tranquila confianza de un

hombre con poder.

—Lo siento, James, no puedo autorizar una operación así sin papeleo. Soy el Superintendente Jefe, por el amor de Dios. Si esto saliera a la luz, acabaría conmigo —dijo Terence elevando la voz, irritado.

—Creo que olvidas cómo llegaste a ser Superintendente Jefe en primer lugar. De nada, por cierto —dijo James, respondiendo con el mismo tono de voz.

Siguió un silencio incómodo. El único sonido era el tictac de un viejo reloj en el despacho de James, añadiendo tensión a la pausa.

—¿Cuándo? —dijo finalmente Terence.

—Mañana por la mañana, te enviaré los detalles más tarde por mensaje —dijo James, con una sonrisa dibujándose en su rostro mientras disfrutaba del poder que ejercía sobre Terence Crawford.

Cuando Terence colgó, contrariado, James sabía que tendría que cumplir sus órdenes. Él había acelerado la carrera de Terence hasta Superintendente Jefe y podría con la misma facilidad quitárselo todo, y eso era algo que haría si fuera necesario. Con la confianza en aumento, James estaba lo suficientemente motivado para lidiar con Annika Volkov. Cogió el teléfono una vez más y pulsó el botón de llamada.

—Sí —dijo Annika, fría y tajante.

—Tengo noticias sobre Pearson —dijo con un aire de arrogancia.

—Dígame —exigió Annika.

—Puedo entregárselo mañana.

—Muy bien, señor Bullman, estoy impresionada —dijo ella, con voz aún monótonamente fría.

—Hay una condición. Quiero el vídeo y cualquier otra cosa que tenga sobre mí. Le entrego a Pearson y nuestra relación termina. ¿Me explico con claridad? —dijo James, con su confianza y arrogancia completamente restauradas.

Esta se debilitó un poco cuando el teléfono quedó en silencio por segunda vez esa noche. Los segundos pasaban y James podía sentir un sudor frío de incertidumbre recorriéndole.

—Muy bien, entrégueme a Pearson y le daré lo que quiere —dijo finalmente.

—Bien, tenga a sus hombres listos. Ocurrirá mañana. La llamaré con el dónde y el cuándo —dijo James colgando y soltando un suspiro de alivio.

Levantándose, James cogió su chaqueta del respaldo de la silla, se la puso y se dirigió hacia la puerta, apagando las luces al salir. Se cruzó con uno de los limpiadores nocturnos con su mono azul y gorra de béisbol con visera. Tenía la cabeza agachada mientras pulía el suelo del pasillo con una máquina pulidora circular. James siguió caminando, bajando las escaleras sin reconocer ni prestar más atención al limpiador. El hombre continuó puliendo el suelo hasta llegar a la puerta del despacho de James. Apagando la máquina, miró a ambos lados y se deslizó dentro. Sin encender la luz, trabajó bajo el resplandor anaranjado de las farolas de Londres que entraba por la ventana. Colocó un diminuto dispositivo de escucha en la parte inferior de la silla de oficina, otro justo fuera de la vista en la parte posterior del archivador, y un último debajo del viejo escritorio de nogal.

—Prueba de sonido, uno dos, uno dos.

Su móvil vibró con el emoji de un pulgar hacia arriba, y salió de la habitación. Estaba de vuelta puliendo el suelo menos de sesenta segundos después de haber entrado en el despacho.

# CINCO

No muy lejos del edificio del Ministerio de Defensa en Whitehall había otro edificio propiedad del gobierno. El propósito de este edificio solo era conocido por unos pocos elegidos. El hombre del gobierno conocido únicamente como Howard entró en la oficina. Cuatro analistas del turno de noche permanecían pegados a sus pantallas de ordenador mientras él se movía entre ellos.

—¿Alguna novedad para mí, Brian?

—Sí, señor. El señor Bullman acaba de realizar dos llamadas. Una al Superintendente Jefe de Policía Terence Crawford y otra a un móvil no registrado en Westminster. No estuvo el tiempo suficiente para obtener una ubicación exacta.

—Muy bien, gracias, Brian —dijo Howard, girándose hacia un tipo informático desaliñado con barba descuidada y un gorro de lana sobre su pelo oscuro y grasiento—. ¿Cómo va nuestro hombre con los micrófonos, Martin?

—Todos colocados, señor.

—Bien, muy bien. Os dejo trabajar, caballeros. Informadme de cualquier novedad —dijo Howard, disponiéndose a salir.

—¿Señor? —dijo otro analista, deteniendo a Howard a medio paso.

—Sí, William.

—¿Es esto estrictamente legal? Quiero decir, él es el Ministro de Defensa —dijo un nervioso William.

—Es una buena pregunta, William, y haces bien en formularla, pero no te preocupes, tengo autoridad para investigar a cualquiera que pueda suponer una amenaza para el bienestar de este país. Las únicas personas ante las que respondo son el Primer Ministro y la Reina. En cuanto al Ministro de Defensa James Bullman, la operación de París fue autorizada a partir de información aparentemente proporcionada por una de las fuentes del Ministro Bullman, y cualquiera que tienda una trampa a uno de mis activos obtiene mi completa y total atención. Buenas noches, William —dijo Howard, con un tono jovial como siempre.

—Buenas noches, señor —respondió William, con la mente ya tranquila.

Howard tomó el ascensor hasta los aparcamientos subterráneos y subió a la parte trasera de un Audi Q7 que le esperaba.

—¿Adónde, señor? —dijo el conductor.

—A casa, por favor, Frank. No te necesitaré hasta mañana por la mañana —dijo Howard con una sonrisa dirigida a los ojos que le miraban por el retrovisor.

—Muy bien, señor —dijo Frank, avanzando mientras la gran puerta metálica se deslizaba a un lado, permitiéndole subir por la rampa de acceso hasta la calle.

Mientras el gran y silencioso coche se movía a través del tráfico londinense del final de la tarde, Howard reflexionaba sobre los acontecimientos de los últimos días. Él y Danny mantenían una relación de amor-odio, pero seguía siendo el mejor activo que había tenido jamás, y la idea, por no hablar del motivo, de que alguien quisiera secuestrarle inquietaba enormemente a Howard. Mañana presionaría a Bullman sobre su fuente para el trabajo de París y llevaría a Danny a una casa segura hasta tener algunas respuestas.

—¿Día duro, señor? —dijo Frank, observando la expresión tensa de Howard en el espejo.

—Sí, Frank, últimamente parece que todos lo son. En fin, ¿cómo estás? ¿Tu mujer y los niños bien? —dijo Howard, con una amable sonrisa cruzando su rostro al preguntar.

—Todos están bien, gracias, señor. ¿Se puede creer que mi Sophie cumple veintiocho años este fin de semana? No sé adónde va a parar el tiempo —dijo Frank, con una sonrisa de orgullo en la cara.

—Eso es estupendo, Frank, transmíteles mis mejores deseos a todos —dijo Howard, repentinamente perdido en sus pensamientos.

—Gracias, señor, así lo haré —dijo Frank, deteniendo el coche frente a la casa de Howard.

Mientras Howard se despedía y entraba en su vacío hogar, deseó tener una familia como la de Frank, pero él estaba casado con su trabajo, y en el tipo de trabajo que hacía, no había lugar para una esposa e hijos.

# SEIS

Con los sucesos de París pesando sobre su mente, Danny se despertó con los primeros rayos de sol que se filtraban por las cortinas de la habitación de invitados de Scott. Se dio la vuelta y cogió su fiel pero desgastado reloj G-Shock, comprobando la hora y gimiendo al ver que marcaba las 5:30 de la mañana. Levantándose, Danny cruzó el pasillo en calzoncillos y camiseta y entró en la cuarta habitación de Scott, reconvertida en pequeño gimnasio. Encontró un par de pantalones cortos de Scott y se los puso antes de coger sus zapatillas deportivas. Dejó una nota para Scott en la cocina y tomó prestado el llavero electrónico para poder volver a entrar en el edificio de apartamentos.

Ignorando el confinamiento del ascensor, Danny tomó las escaleras y salió del moderno edificio de metal y cristal, con sus apartamentos de varios millones de libras con vistas al Támesis y a los rascacielos de la Isla de los Perros al frente. El aire de la mañana temprana era fresco, pero a medida que el sol de verano se elevaba por encima del horizonte y se abría paso entre los edificios, sus rayos le calentaban la cara. Danny comenzó con un trote lento, aumentando el ritmo a medida que sus músculos se soltaban hasta que corría a toda velocidad. Cuando su corazón y pulmones ya no podían satisfacer la demanda, redujo el ritmo hasta caminar, tomando grandes bocanadas de aire hasta recuperarse. Apoyándose contra las barandillas metálicas del sendero junto al río, Danny se

estiró y contempló el horizonte de Londres antes de darse la vuelta y volver trotando hacia casa de Scott.

***

Frotándose el sueño de los ojos, Scott entró arrastrando los pies en la cocina.

—Daniel, viejo amigo, puedo oír tu teléfono sonando —dijo en voz alta, viendo la nota que decía que había salido a correr justo cuando terminaba de hablar.

—Supongo que será mejor que conteste yo —murmuró Scott, mientras iba a su habitación de invitados y cogía el teléfono de prepago de Danny de la mesilla.

—¿Diga?

Hubo un momento de silencio al otro lado. —¿Scott, eres tú?

—Eh, sí, ¿quién es? —dijo Scott, desconcertado.

—Soy Howard. ¿Dónde está Danny?

—Howard, encantado de oírte. Está corriendo. Espera, veré si puedo verle —dijo Scott moviéndose hacia el salón y pulsando el mando para abrir las persianas eléctricas.

***

El edificio de Scott apareció a la vista mientras Danny pasaba corriendo por un bloque idéntico de apartamentos junto al río. Sus sentidos se pusieron inmediatamente en alerta al ver una furgoneta Transit azul marino aparcada en línea amarilla doble cerca de la entrada. Girando la cabeza hacia la derecha, captó un vistazo de un hombre con gorra de béisbol hablando por radio mientras se escondía detrás de la esquina de un edificio, fuera de la vista. Con los sucesos de París aún frescos en su mente, Danny giró sobre sus talones y se preparó para huir por el sendero que seguía la ribera. Un furgón antidisturbios de la policía pasó a toda velocidad por la carretera frente a él, cortándole el paso. Miembros de un equipo

táctico policial salieron de la Transit azul marino y aparecieron desde detrás de los edificios, bloqueándole tanto por delante como por detrás.

—¡Policía armada! ¡Al suelo, de rodillas, manos en la cabeza, YA! —gritó el oficial al mando.

Con los cañones de las subametralladoras MP5 de la unidad apuntando a su cabeza, Danny se arrodilló lentamente y colocó las manos en su cabeza. Les miró fijamente, con desafío ardiendo en sus ojos mientras le tumbaban boca abajo, tirando bruscamente de sus brazos hacia atrás para esposarle. Levantándolo por las axilas, lo metieron en la sección enrejada de la parte trasera del furgón antidisturbios.

***

—¡Dios mío, Howard, le han cogido, eh, la policía. Lo siento, un grupo de policías armados acaba de abalanzarse sobre Daniel fuera de mi apartamento. Se están marchando ahora —dijo Scott alterado mientras miraba por la ventana de su salón la escena de abajo.

—¿Estás seguro de que son policías? —dijo Howard, tranquilo como siempre.

—Sí, lo pone en sus chaquetas, y le han metido en un furgón policial.

—De acuerdo, Scott, ¿cuál es el número en el techo del furgón?

—Eh, espera. El techo del furgón tiene un 52, con CP20 escrito detrás.

—Bien, gracias, Scott. Yo me ocupo a partir de ahora —dijo Howard antes de que la línea quedara muerta.

—Eh, vale. Supongo que eso es todo entonces —se dijo Scott a sí mismo, mientras veía cómo los vehículos policiales desaparecían de la vista.

# SIETE

Al principio Danny no estaba preocupado por ser detenido; una llamada a su amigo y Jefe del Servicio de Inteligencia Secreta, Edward Jenkins, o al alto cargo del gobierno y su controlador, Howard, y le sacarían del calabozo en un santiamén. Su preocupación comenzó en el momento en que lo metieron en la furgoneta sin imputarle cargos ni leerle sus derechos.

—¡Eh, de qué se me acusa! —gritó Danny a la espalda del agente que conducía la furgoneta antidisturbios en convoy a través del tráfico de Londres, con un coche patrulla delante y la furgoneta Transit azul marino detrás.

El hombre le ignoró por completo. Transcurrieron otros diez incómodos minutos mientras Danny rebotaba arriba y abajo en el duro asiento de plástico, incapaz de mantener el equilibrio en las curvas con las manos esposadas firmemente a la espalda. Miró a través de la parte delantera de la furgoneta, intentando averiguar a qué comisaría se dirigían. El coche patrulla de delante señalizó a la derecha y Danny se preparó para el giro. Para su sorpresa, el coche se desvió mientras la furgoneta continuaba recto. Girando la cabeza para mirar por la ventana trasera, Danny vio cómo la Transit azul marino giraba a la derecha detrás del coche patrulla, dejándole solo con los dos hombres en la parte delantera de la furgoneta antidisturbios.

—¡Eh, imbécil! ¿Adónde vamos? —gritó.

El conductor no respondió. Simplemente levantó la mano y ajustó el espejo, dejando a la vista dos ojos que le miraban fijamente. Danny notó un tosco tatuaje en el dorso de la mano del hombre mientras movía el espejo. Era una V con una estrella encima. Le recordó a algo del pasado. Simplemente no lograba identificarlo. De lo que estaba seguro es que no parecía un tatuaje que llevaría un policía, más bien un tatuaje de prisión.

El vehículo siguió conduciendo hasta que Danny reconoció los edificios y carreteras que discurrían entre las numerosas terminales del aeropuerto de Heathrow. Finalmente, entró en un polígono industrial junto al aeropuerto y se detuvo frente a una pequeña nave con *KLV Air Freight Services* escrito en la parte superior. En cuestión de segundos, se abrió la puerta enrollable. Un tipo corpulento y fornido con un corte de pelo rubio rapado apareció mientras tiraba de la cadena para levantarla. El conductor puso la furgoneta antidisturbios en marcha atrás y la maniobró dentro de la nave. Danny observó cómo la puerta enrollable bajaba tras ellos. Se preparó para lo peor, negándose a dejar que el miedo le venciera. Si moría, moría. Se había enfrentado a la muerte muchas veces y había aceptado el hecho de que había escapado de su inevitabilidad más veces de las que debería. Las puertas traseras se abrieron, y el tipo grande miró a Danny en la sección enjaulada mientras el conductor se unía a él.

—¿Estás seguro de que es él, Iván? —dijo con un fuerte acento ruso.

—Sí, estoy seguro, Pasha, el jefe nos envió una foto antes de la captura —respondió el conductor, también con acento ruso.

—No parece gran cosa —dijo Pasha.

—Sácame de esta jaula y te enseñaré cómo soy de verdad —gruñó Danny.

—Ja, ese es el espíritu. Duérmete ahora, tipo duro. Vas a necesitar el descanso allá donde vas —dijo Pasha, sacando una pistola de tranquilizantes de su chaqueta y disparándola al brazo de Danny antes de que pudiera moverse.

—Que te jo...

La droga le golpeó como una tonelada de ladrillos, sumiéndole en la oscuridad en segundos.

—Vale, saquémoslo y metámoslo en la jaula de ganado. Va en un avión de carga a Moscú con unas cabras premiadas a las once en punto —dijo Pasha.

Iván abrió la jaula y él y Pasha cogieron a Danny y lo llevaron hasta una gran caja de madera en el almacén. Dejándolo esposado, lo colocaron dentro y pusieron la tapa, clavándola antes de marcharse.

—Toma, esta es la dirección para deshacerse de la furgoneta —dijo Pasha, entregando a Iván un trozo de papel y un sobre lleno de dinero—. Pregunta por Billy y dale el dinero. Él sabe qué hacer. Cuando hayas terminado, coge un taxi al aeropuerto. Salimos para Moscú esta tarde.

Los dos hombres se sonrieron antes de que Pasha fuera a la parte delantera de la nave y levantara la puerta enrollable. Iván se subió a la furgoneta antidisturbios y salió carretera abajo. Pasha se quedó en el umbral de la puerta abierta viéndole marchar, antes de sacar su teléfono y hacer una llamada.

—*Da*, soy yo. El paquete está listo. Ven a recogerlo ahora.

—Voy para allá —fue la seca respuesta antes de colgar.

Pasando por los contactos, Pasha realizó otra llamada.

—¿Sí? —respondió una voz fría.

—Está hecho. Lo tenemos. Ya vienen a recogerlo para el avión —dijo Pasha.

—Gracias, Pasha. Tu lealtad hacia mi padre y hacia mí no quedará sin recompensa. Asegúrate de que sube al avión y luego ven a recogerme al hotel —dijo Annika, aún sin un atisbo de emoción.

—Sí, jefa —fue todo lo que Pasha respondió.

# OCHO

Tras pasar rápidamente el control de seguridad en la entrada del edificio del Servicio de Inteligencia Secreto, más conocido como MI6, Howard tomó el ascensor hasta la última planta y se dirigió al despacho del Jefe del Servicio de Inteligencia Secreto, Edward Jenkins. Llamó a la puerta mientras entraba, quedándose en silencio durante un minuto mientras Edward terminaba una llamada.

—¿Sabemos en qué comisaría está? —preguntó Howard cuando Edward colgó el teléfono.

—No, no lo sabemos —dijo Edward con preocupación.

—Bueno, debe haber una orden de detención y un registro de custodia en alguna parte —dijo Howard, algo irritado.

—No, no hay nada. Ese era el Comisario de la Policía Metropolitana. No hay ninguna orden de detención contra Danny en ningún sistema policial ni autorización para que una unidad de respuesta armada acudiera a la dirección de Scott.

—¿Y qué hay del furgón policial, 52, CP20? —dijo Howard, caminando de un lado a otro por el despacho, su mente trabajando a toda velocidad.

—El furgón desapareció del depósito de vehículos de la comisaría de Lewisham anoche y, qué sorpresa, tuvieron un fallo en las cámaras de seguridad, así que no hay imágenes de la desaparición —dijo Edward, recostándose mientras esperaba a que Howard hablara.

—No me gusta esto, Edward. Como activo, Daniel y yo no siempre estamos de acuerdo. Pero es mi activo y el mejor que tengo. Lo quiero de vuelta, cueste lo que cueste —afirmó Howard, deteniendo su ir y venir para mirar a Edward.

—De acuerdo, ¿con qué contamos? —dijo Edward, inclinándose hacia delante en su silla mientras Howard finalmente tomaba asiento.

—Hace un par de días, envié a Daniel a París, un simple intercambio de información. El trabajo era una trampa. El objetivo era el propio Daniel, pero no para eliminarlo. Planeaban secuestrarlo —explicó Howard, con un tono informativo, no emocional.

—Entiendo, eso da una perspectiva diferente. Así que este fue un segundo intento planeado que parece haber tenido más éxito.

—Exactamente. Mira, el trabajo de París fue resultado de información que me pasó el Ministro de Defensa, James Bullman. Al parecer, fue contactado por el hombre de París, quien pedía dinero a cambio de información sobre un topo que ha estado vendiendo diseños de armas del Ministerio de Defensa a Oriente Medio. Podría haber sido un contacto legítimo, pero tengo al ministro bajo vigilancia como precaución. Algo que me resulta sospechoso es que nuestro ministro llamó al Superintendente Jefe de Policía, Terence Crawford, a altas horas de la noche —dijo Howard, haciendo una pausa para notar cómo Edward alzaba las cejas.

—Mmm, sí, muy sospechoso. Entonces crees que nuestro ministro pidió un favor y el jefe organizó una captura no oficial —dijo Edward, pensando en voz alta.

—Ciertamente parece así, pero sin pruebas no podemos traer al Ministro de Defensa y al Superintendente Jefe de Policía. Tendría a medio Cámara de los Lores y al Primer Ministro encima antes de que los sacáramos del coche.

—Efectivamente. Vale, seleccionaré personalmente a algunos hombres y comenzaremos a investigar —dijo Edward.

—Necesitamos averiguar adónde fue ese furgón. Es un furgón antidisturbios de la policía, por Dios. No puede ser tan difícil de encontrar —dijo Howard, girándose para marcharse.

—Te llamaré en cuanto tenga algo.

—Gracias, Edward. Sabía que podía contar contigo —dijo Howard, saliendo por la puerta con paso decidido.

—No hay problema, no eres el único que le debe a Daniel por salvarle la vida —dijo Edward, sus palabras deteniendo a Howard en seco.

Este se volvió y le hizo un gesto de comprensión a Edward, para luego seguir su camino.

Alcanzando el teléfono seguro de su escritorio, Edward marcó un número.

—Gregg, soy Edward. ¿Podéis tú y tu equipo reuniros conmigo en la sala de incidencias ocho dentro de una hora? Tengo un trabajo para vosotros. Máxima prioridad.

—Sí, jefe, estaremos allí en una hora —respondió Gregg.

Colgó y se recostó de nuevo, pensativo. Un minuto después, volvió a coger el teléfono.

—Hola, Trevor, soy Edward Jenkins. Necesito un favor.

—Sí, señor Jenkins, ¿en qué puedo ayudarle?

—Todos los vehículos policiales tienen seguimiento GPS, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bien. Un furgón antidisturbios de Lewisham desapareció anoche, y me gustaría conocer sus movimientos —dijo Jenkins.

—¿Tiene la identificación del vehículo, señor?

—Sí, es 5, 2, Charlie, Papa 2, 0.

—Entendido, me pondré en contacto con control de policía y le informaré.

—Gracias, Trevor —dijo Jenkins, levantándose para preparar la sala de incidencias para la investigación.

# NUEVE

Danny se despertó en la oscuridad, con el profundo zumbido de los motores del viejo avión de carga Boeing 777 Global penetrando la caja y martilleando su confusa cabeza. Mientras los últimos restos de la droga desaparecían y sus ojos se adaptaban, pasó las muñecas esposadas por debajo de sus nalgas y las enganchó por encima de sus pies para tener los brazos libres por delante. Pasando las manos por el interior de la caja, intentó averiguar el tamaño y el material del cajón que lo contenía. Al moverse hacia delante, pequeños haces de luz pasaron por su costado, iluminando el otro lado de la caja junto a sus pies. Al girarse, Danny descubrió dos filas de agujeros de ventilación detrás de él. Colocando un ojo en uno de los agujeros, pudo ver el amplio interior cilíndrico del avión de carga.

Había varias cajas junto a la suya. Danny imaginó que serían iguales a la que lo contenía. Si escuchaba atentamente, podía oír algún que otro balido. Ovejas o cabras. Sin duda, ganado. Suspiró aliviado. La bodega de carga estaría presurizada y climatizada, así que al menos no se congelaría ni se asfixiaría durante el transporte.

Con la mente despejada, el cuerpo más ágil y el humor cada vez más sombrío, Danny estudió las cajas de cabras a través de los agujeros de ventilación. Estaban hechas de pino de un centímetro y medio y sujetas por dos robustas correas de equipaje fijadas en el lado largo de la caja, cruzando la parte superior y bajando por el

otro lado. Entrecerró los ojos, intentando enfocar las fijaciones en las esquinas de la caja.

Que sean clavos, por favor, que sean clavos.

Finalmente consiguió ver claramente una de las cabezas redondas de las fijaciones y se sintió aliviado al comprobar que era lisa, sin ranura ni cruz de un tornillo.

Estupendo, entonces será por el extremo de la caja.

Girándose sobre su espalda, Danny se deslizó lo más lejos que pudo hasta que sus omóplatos quedaron encajados contra un extremo de la caja. Recogiendo las piernas hasta que las rodillas le tocaron el pecho, tensó y relajó los músculos, tomando grandes bocanadas de aire para forzar la mayor cantidad posible de oxígeno en la sangre, preparándose para un movimiento explosivo. Liberando cada onza de fuerza muscular, Danny impulsó las piernas hacia delante, golpeando con los talones el extremo de la caja. El golpe reverberó por todo su cuerpo, empujando dolorosamente sus hombros contra la madera a su espalda.

Ningún movimiento.

Con las cabras balando en pánico por el ruido repentino, respiró profundamente, absorbió más oxígeno precioso y repitió el proceso. Esta vez la caja emitió un crujido seco y un diminuto rayo de luz entró por un hueco milimétrico entre el panel del extremo y el lateral, ya que el clavo de cabeza lisa había salido un poco. Si hubiera estado atornillado, la rosca habría agarrado la madera y habría resistido. Impulsó las piernas contra el panel del extremo una segunda vez, y la caja dio otro crujido seco mientras los clavos cedían otros cinco milímetros. El tercer golpe arrancó el panel por un lado, doblando los clavos del otro, dejando el panel oscilando como una puerta con bisagras irregulares.

Deslizándose hacia fuera, Danny se estiró y observó el cavernoso interior del avión de carga. Mirando sus esposas, reflexionó sobre su siguiente problema. En la parte delantera del avión, junto a la puerta del mamparo y la cabina del piloto, había una gran caja metálica con cerraduras y manifiestos de carga sujetos con sujetapapeles encima. Se dirigió hacia allí y abrió la caja. Estaba llena de correas de equipaje y calzos de madera, una palanca y una pequeña caja de

herramientas con alicates, cortadores laterales y destornilladores. Cogiendo una correa de equipaje, Danny levantó el cierre metálico y examinó el pasador partido que sujetaba la bisagra. Sacando los alicates de la caja de herramientas, sujetó el cierre entre los pies mientras enderezaba los extremos del pasador partido y lo extraía de la bisagra.

Después de cinco minutos luchando con los alicates y los cortadores laterales con las manos esposadas, enderezó el pasador y formó un pequeño gancho en el extremo. Una vez hecho esto, se sentó en la caja y colocó el gancho del pasador en la cerradura de las esposas. Cerrando los ojos, se concentró en sentir los pines del interior. Sus habilidades para forzar cerraduras, aprendidas en el SAS, estaban un poco oxidadas, y tardó el doble de lo que debería, con la mano doblada hacia atrás en las esposas para alcanzar la cerradura, pero finalmente hizo clic y las esposas se abrieron. Se frotó las muñecas y cogió uno de los manifiestos de carga del gancho. Frunció el ceño al ver el destino: Aeropuerto Internacional de Sheremetyevo, Moscú. Su mente resonaba con el recuerdo del ruso en Londres y el tatuaje en su mano, la V con la estrella encima. Un tatuaje de la Mafia Volkov.

Años atrás, cuando Danny acababa de dejar el SAS, su tío, Harry Knight, se había visto envuelto en una lucha de poder por Londres con la familia mafiosa rusa Volkov. El conflicto había sido sangriento, con miembros de ambas familias muriendo. Todo terminó cuando Danny mató a los cabecillas de la familia Volkov, Sebastian y Yuri, en su finca ancestral a las afueras de Moscú.

Como si fuera una señal, el avión se inclinó suavemente hacia un lado y comenzó su descenso final. Con la mente trabajando a toda velocidad, Danny observó toda la carga. Evaluando la situación, agarró la palanca de la caja de seguridad y empezó a moverse.

# DIEZ

Sentados en una furgoneta grande en el aparcamiento, Karl y Ustin observaban a través de la valla metálica cómo el avión de carga Boeing 777 Global aterrizaba y luego rodaba hasta perderse de vista detrás de la terminal de carga.

—¿Es ese? —dijo Ustin, señalando con la cabeza hacia el avión.

—Eso dice mi hermano. ¿Dónde coño está ese granjero? —dijo Karl, estirando el cuello para inspeccionar el resto del aparcamiento.

Como si lo hubieran invocado, un viejo camión agrícola cubierto de barro entró ruidosamente en el aparcamiento. Se detuvo junto a ellos envuelto en una nube de humo diésel, con la parte trasera cubierta por una lona verde llena de parches de reparación. El rostro curtido por el clima del granjero los miró desde la cabina y les hizo un gesto con la cabeza.

—Vale, ya está aquí, vamos —dijo Karl, volviéndose hacia Ustin.

Salieron y se dirigieron hacia la terminal, con el granjero arrastrando los pies detrás de ellos.

—¿Puedo ayudaros? —dijo el joven empleado en el mostrador.

—¿Eres Andre? —dijo Karl, apenas prestando atención al hombre mientras miraba fijamente a la oficina que había detrás.

—Eh, no. Pero puedo ayudarle, señor —respondió nerviosamente.

En la oficina, un tipo de mediana edad levantó la vista, sobresaltado. Se apresuró a salir hacia la zona del mostrador tan

rápido como pudo.

—Está bien, Lesta, yo me ocuparé de estos señores. ¿Puedes ir a preparar las jaulas de las cabras para el envío en la zona de carga, por favor? —dijo Andre apresuradamente.

—Vale, pero ¿no tenemos que abrirlas y comprobarlas primero? —dijo Lesta, con una expresión de desconcierto en su rostro.

—No, está bien. Haz lo que te pido, por favor —dijo Andre, con más urgencia de la que pretendía.

Lesta no cuestionó más a su supervisor, simplemente se dio la vuelta y desapareció por una puerta que llevaba al almacén.

Karl le dirigió a Andre una gran sonrisa cuando Lesta se marchó, sus fríos ojos y su diente de oro brillando bajo la dura iluminación, provocando un escalofrío en la espalda de Andre. Se inclinó hacia delante, haciendo que Andre se estremeciera, y sacó un sobre con un grueso fajo de rublos dentro, deslizándolo por el mostrador. Andre lo cogió rápidamente y se lo metió en el bolsillo mientras miraba nerviosamente alrededor para asegurarse de que nadie les observaba.

—Id hasta la puerta y os dejaré entrar en el recinto de carga.

Karl y Ustin se dieron la vuelta para marcharse sin decir palabra. El viejo granjero le dedicó a Andre una sonrisa desdentada y les siguió. Los dos vehículos se acercaron a la puerta cuando esta se abrió para dejarles pasar. Karl dio marcha atrás con la furgoneta hasta la gran puerta de carga, mientras el granjero hacía lo mismo a su lado. Ambos apagaron los motores y saltaron fuera cuando la puerta metálica enrollable se abrió. Abrieron las puertas traseras mientras Andre aparecía y dirigía a Lesta en una carretilla elevadora mientras cargaba las cabras en el camión del granjero.

—No, ese no, ese es para la otra furgoneta —gritó Andre por encima del ruido del montacargas mientras señalaba la caja con una V en el lateral. El granjero, recién pagado con su sobre de dinero, saludó con la mano a Karl y Ustin y se marchó en una nube de humo diésel mientras ellos cerraban la parte trasera de la furgoneta. Ignorándolo, Karl se subió y salió por la puerta. Al oír movimiento en la parte trasera, Ustin se giró en el asiento del copiloto para mirar la caja.

—Creo que está despierto.

—Ja, va a desear seguir dormido cuando terminen con él en la Prisión de Lefortovo —dijo Karl, riendo.

—Beee—beee —llegó el chillido de una cabra desde la caja.

—¿Qué coño? —gritó Karl, pisando los frenos.

El movimiento brusco solo hizo que la cabra balara más.

—Oh, esto es malo. El jefe y tu hermano se pondrán furiosos cuando se enteren —dijo Ustin, con el rostro descompuesto ante la idea.

—Annika y Pasha no se van a enterar. Ese idiota de Ivan debe haberlo metido en la caja equivocada. Escucha, no aterrizan hasta dentro de unas horas, alcanzaremos al viejo y recuperaremos al inglés antes de que alguien se entere —dijo Karl, metiendo la marcha y pisando a fondo para salir del aparcamiento.

—¿Por dónde se fue? —dijo Ustin cuando se acercaban al cruce.

—No lo sé. Estoy seguro de que es de algún lugar cerca de Sloboda. Tienes su número, llámalo. Llámalo ahora —le gritó Karl a Ustin.

—Vale, vale, estoy llamando —dijo Ustin, manipulando torpemente su teléfono.

Pulsó llamar y se puso el teléfono en la oreja, frunciendo el ceño mientras sonaba y sonaba hasta que saltó el contestador.

—Eh, viejo, tienes nuestra caja. Llámame en cuanto escuches esto, ¿me oyes?, en cuanto lo escuches, ¿vale? —dijo colgando—. Mierda.

—Joder, ¿hasta dónde habrá podido llegar en ese montón de chatarra oxidado? —dijo Karl, conduciendo la furgoneta lo más rápido que podía.

El sonido del móvil de Ustin les hizo dar un respingo a ambos.

—Es él —dijo Ustin, mirando la pantalla.

—Pues contesta, rápido.

—Eh, granjero, ¿dónde estás? Tienes nuestra caja —dijo Ustin, sintiendo un alivio al contactar con el viejo.

—Estoy pasando justo por la refinería de petróleo de Kapotnya —dijo el granjero.

—Vale, busca un sitio para apartarte.

—Hay un cruce más adelante, justo después de la refinería. Me desviaré allí y os esperaré.

—Bien, vamos para allá —dijo Ustin, girándose hacia Karl—. Está en el distrito de Kapotnya, junto a la refinería.

Karl cruzó dos carriles de tráfico y giró la furgoneta con un chirrido, mientras el rugido del motor diésel ahogaba los balidos de la asustada cabra en la parte trasera.

# ONCE

Danny dejó caer el lateral de la caja. Después de arrastrar a la cabra que protestaba tirando de sus cuernos y empujarla dentro de la caja, Danny había clavado una correa de equipaje en el interior de la jaula y la había sujetado mientras la cargaban en la camioneta del granjero.

Tan pronto como el decrépito vehículo abandonó el aeropuerto, salió y respiró profundamente. Limpiándose el olor a orín y excrementos de cabra de la nariz, Danny inspeccionó la parte trasera de la vieja camioneta, que tampoco olía mucho mejor. Se dirigió a la parte posterior y apartó las lonas para poder ver el exterior. La camioneta avanzaba en medio de un denso tráfico mientras pasaba junto a una enorme refinería de petróleo en las afueras de Moscú. Se desvió de la autopista y condujo a lo largo del perímetro exterior de la refinería, deteniéndose finalmente en un apartadero junto a hileras de bloques de apartamentos grises de hormigón, deteriorados, de seis y ocho plantas, construidos durante la época de la Guerra Fría.

Todavía con su ropa de correr, Danny saltó al suelo, girando la cabeza al oír el sonido de una furgoneta que se acercaba. Aunque no había visto antes a Karl y Ustin, las expresiones de asombro en sus rostros cuando le vieron no dejaron lugar a dudas de que venían a por él. Mientras sus frenos chirriaban, Danny cruzó corriendo la

carretera, lanzándose a toda velocidad por los caminos arbolados entre los apartamentos.

***

—Joder, es él —gritó Karl, pisando los frenos mientras veía a Danny saltar de la camioneta del granjero, mirarle directamente a los ojos y salir corriendo.

—¿Qué coño vamos a hacer ahora? —dijo Ustin, observando al desdentado granjero que caminaba hacia la parte trasera de su camioneta rascándose la cabeza.

—Tranquilo, no tiene adónde ir. La valla de la refinería está por este lado y el río Moscova por el otro, esta es la única salida de la urbanización —dijo Karl, sacando una pistola Makarov de su chaqueta mientras salía de la furgoneta—. Ponte al teléfono, que venga TODO EL MUNDO YA. Tenemos que pillar a este cabrón antes de que Annika y Pasha aterricen.

—Vale, vale, me pongo a ello. ¿Qué hay del comisario de policía? Está en nómina.

—Buena idea, Ustin, avísale también, avisa a todos.

***

Danny atravesó bloque tras bloque, recuperando un buen ritmo de carrera. Su primer pensamiento fue poner la mayor distancia posible entre él y la camioneta y la furgoneta. Se dijo que, como iba vestido con ropa de correr, actuaría como un corredor. Su segundo pensamiento fue conseguir un teléfono y contactar con Howard. Necesitaba salir de Rusia y averiguar quién buscaba venganza por las muertes de Yuri y Sebastian Volkov.

Dejando atrás la deprimente grisura de los bloques de apartamentos, Danny siguió un sendero a través de los árboles. Se le cayó el alma a los pies cuando emergió y encontró el ancho río Moscova frente a él. Miró hacia la derecha buscando una salida. Las

vallas de alta seguridad de la refinería bloqueaban su escape. Miró a la izquierda y el río rodeaba la urbanización, desapareciendo bajo un puente con la transitada autopista encima. Tampoco había salida por ahí. El río era demasiado ancho y su corriente demasiado rápida para cruzarlo a nado. Enfadado y frustrado, Danny se dio la vuelta, mirando a través de los árboles hacia las copas de los bloques de apartamentos. Su mirada se oscureció y su rostro se endureció como el granito.

Voy a tener que abrirme paso luchando por donde he venido, y esos cabrones lo saben.

# DOCE

En menos de veinte minutos, los coches irrumpieron en el barrio con un chirrido de neumáticos. Karl envió hombres a lo largo del terraplén junto a la autopista por si Danny intentaba cruzarla. Mandó al resto a recorrer el barrio, conduciendo lentamente por el entramado de calles con las armas sobre las rodillas mientras intentaban localizarlo. Minutos después, coches patrulla y un par de furgones antidisturbios entraron en la zona con las sirenas aullando y las luces azules parpadeando. El comisario detuvo su coche junto a la furgoneta de Karl. Salió y le estrechó la mano antes de hacer una señal a sus hombres. Estos desembarcaron de los vehículos y se desplegaron por el barrio.

—Recordad, lo necesitamos vivo —les gritó mientras se alejaban.

—Gracias. La señorita Volkov estará muy agradecida, Comisario —dijo Karl, advirtiendo un destello de codicia en los ojos del comisario.

—Es un placer poder ser de ayuda para la señorita Volkov —respondió, cuadrándose antes de hacer un breve gesto con la cabeza y seguir a sus hombres.

***

Regresando a través de los árboles, Danny miró arriba y abajo de la carretera vacía antes de cruzarla. Se dirigió hacia un hueco entre dos edificios y estaba a mitad de camino cuando un Mercedes negro 4x4 apareció entre dos bloques de apartamentos a su izquierda.

¿Por qué los malos siempre llevan 4x4 negros?

Al girar la cabeza en la otra dirección, vio a dos policías rusos que se movían por el extremo más alejado del otro bloque. Su primer pensamiento fue entregarse y llamar a Howard desde la seguridad de una comisaría de Moscú. Ese pensamiento se esfumó en el instante en que oyó a los hombres del Mercedes gritando a los agentes. Estos inmediatamente miraron a Danny y fueron a por sus armas.

Danny no hablaba ruso pero estaba completamente seguro de que no estaban diciendo: «Bienvenido a Moscú, que tenga un buen día». Salió disparado entre los dos edificios y llegó a un parque recreativo, rodeado por todas partes de bloques de apartamentos grises de hormigón de seis plantas. Tenía un muy mal presentimiento sobre cómo iba a acabar todo esto.

El parque estaba vacío; ni niños, ni madres con cochecitos y pequeños. En las ventanas de los apartamentos, vio a gente retrocediendo y a una madre arrastrando frenéticamente a su hijo por la entrada del bloque a su derecha. Una rápida mirada hacia atrás le confirmó que los agentes lo estaban persiguiendo, uno gritando por su radio mientras el Mercedes negro se alejaba a toda velocidad por la carretera que quedaba atrás.

Danny corrió hacia la esquina más alejada y el callejón que conducía a la salida entre los edificios. Al entrar en él, dos policías más bloquearon su salida. Usando su velocidad e impulso, Danny se apoyó en el muro de hormigón y giró para dar una poderosa patada en la cabeza de uno de los agentes. Con la velocidad a la que se movía, el golpe envió al hombre volando hacia un lado, cayendo en un montón arrugado, inconsciente en el suelo. Aturdido, el otro agente gritó algo en ruso y fue a por su arma.

Aterrizando de la patada y moviéndose en un fluido movimiento continuo, Danny agarró el arma antes de que tuviera tiempo de apuntarla, arrancándosela de las manos mientras con la otra mano

le agarraba los testículos, apretándolos como una tenaza. La cara del hombre se puso morada mientras se quedaba paralizado, incapaz de respirar y con demasiado dolor para moverse. Danny lo arrojó a los cubos de basura y continuó corriendo, consciente de que las pisadas de los dos primeros agentes sonaban cada vez más fuerte detrás de él. Al salir del callejón, Danny se pegó contra una pared. Calmó su respiración y escuchó. Oyó al tipo salir de los contenedores, ruidoso y torpe mientras intentaba respirar a través del dolor en su entrepierna; oyó a los otros dos policías entrar corriendo en el callejón, gritar algo en ruso al hombre caído antes de dirigirse hacia él. Concentrándose en el sonido de las pisadas, Danny tensó las piernas y mantuvo los brazos en alto, con el arma en la mano, listo.

Ya casi. Uno, dos.

Giró rápidamente y golpeó al policía en la garganta con la culata de su pistola, haciéndole caer hacia atrás sobre su compañero, enviándolos al suelo.

—Dame tu teléfono, eh, mobil'nyy telefon —gritó Danny en su limitado ruso, apuntando su arma al agente caído que yacía junto a su compañero que se estaba ahogando.

Moviendo las manos lentamente, el agente agarró la parte superior de su teléfono y lo sacó del bolsillo, pasándoselo. Cogiéndolo, Danny lo metió en la cinturilla elástica de sus pantalones cortos de deporte y luego se agachó y arrancó las esposas del agente. Se las lanzó, apuntándoles con el arma, indicando a los dos hombres que se esposaran juntos. En cuanto oyó el clic de las esposas al cerrarse, volvió a salir corriendo. Metiendo la pistola en la parte trasera de sus pantalones, Danny sacó el teléfono y empezó a marcar un número. Mirando solo a medias por dónde iba, Danny se dirigió a través del área recreativa del siguiente conjunto de bloques de viviendas. El teléfono sonó durante un tiempo frustrante antes de saltar al buzón de voz mientras Danny salía corriendo por el lado más alejado del bloque y cruzaba la carretera.

—Hola, soy Scott Miller. En este momento estoy ocupado. Por favor, deje un mensaje y me pondré en contacto con usted en breve.

—Scott, soy yo, Danny. No tengo mucho tiempo. Ponte en contacto con Howard y dile que estoy en Moscú. He sido

secuestrado por los Vol...

La conversación se interrumpió bruscamente por un chirrido de frenos. Apenas tuvo tiempo de saltar, salvando sus piernas del impacto cuando el parachoques del Mercedes pasó por debajo de él. El trasero de Danny golpeó contra el parabrisas delantero, haciéndolo añicos mientras rebotaba en el aire y daba una voltereta sobre el techo del coche, desapareciendo de la vista al caer al suelo detrás del vehículo. Su teléfono salió volando en una dirección y el arma en otra.

# TRECE

—Mierda, más te vale no haberlo matado, Stefan —dijo Igor, mientras los dos hombres permanecían sentados en el coche, atónitos.

—El cabrón se me ha cruzado de repente. No pude hacer nada —respondió Stefan, girándose en su asiento, intentando ver a Danny.

—Intenta contarle eso al jefe y te encontrarás en el extremo equivocado de la pistola de Pasha —dijo Igor.

—Si está muerto no decimos nada, ¿me oyes, Igor? Volvemos al coche y nos largamos. ¿Vale? —dijo Stefan, lanzándole a Igor una mirada que no admitía discusión.

Igor asintió, aferrándose a sus pistolas. Los dos hombres abrieron con cautela las puertas del coche. Al salir, se movieron lentamente hacia la parte trasera del vehículo. Giraron a la vez, apuntando con sus armas al asfalto vacío.

—¿Adónde coño ha ido? —dijo Igor, mirando a un Stefan igualmente desconcertado.

—Joder, no puede haber ido muy lejos —respondió Stefan.

***

En cuanto Danny golpeó el suelo, su instinto de supervivencia se disparó. Luchó contra el shock y el dolor y gateó rápidamente bajo

el coche, agradeciendo la elevada altura del todoterreno. Se quedó inmóvil cuando las puertas se abrieron y unos pies tocaron el asfalto a ambos lados. Tan pronto como se movieron hacia la parte trasera del coche, Danny salió gateando por delante y se incorporó en una dolorosa posición agazapada. Asomó la cabeza por un lateral y vio a Igor de espaldas, mirando la carretera vacía detrás del coche. Impulsándose hacia delante, Danny recorrió la longitud del coche en dos zancadas. Abrió su mano, balanceó el brazo y atrapó la cabeza de Igor como un guante de béisbol atrapa una pelota, estrellándola con fuerza contra el lateral del Mercedes.

Mientras el impacto retumbaba y la cabeza de Igor rebotaba contra la carrocería, Danny ejecutó una patada giratoria hacia atrás, quitándole el arma de la mano al sorprendido Stefan. Con la adrenalina a tope, Danny no sentía el dolor de los moratones por el impacto con el coche. Lanzó una combinación relámpago de puñetazos, terminando con un golpe demoledor en la cara de Stefan, dejándolo tirado en el suelo con la nariz destrozada.

Dejándolos atrás, Danny corrió hacia delante y cerró la puerta del copiloto antes de dirigirse a la puerta del conductor. Oyó gritos desde atrás mientras se deslizaba en el asiento. Más policías emergieron de detrás de los bloques de apartamentos con las armas desenfundadas mientras se acercaban. Danny metió la primera y pisó a fondo el acelerador, saliendo disparado por la carretera antes de hacer un giro con el freno de mano y dirigirse hacia la autopista.

Vamos, vamos. Tengo que salir de aquí.

Unos cientos de metros más adelante, Danny hizo chirriar los neumáticos del Mercedes en otra curva, manteniéndolo al límite de su agarre mientras se incorporaba a la carretera por la que había entrado en la urbanización. El camión del granjero había desaparecido, pero la furgoneta seguía allí, rodeada de vehículos policiales aparcados. Por suerte, estaban buscando a un hombre a pie y no habían bloqueado la salida. Subiendo una marcha, Danny pisó a fondo de nuevo, pasando como una bala junto a la furgoneta y dispersando a los agentes mientras adelantaba sus coches y furgonetas aparcados.

Justo cuando se atrevía a pensar que iba a conseguirlo, la atención de Danny se vio atraída por una figura que surgía de detrás de una furgoneta policial. Se movía como un jugador de bolos mientras deslizaba un sistema de pinchos a través de la carretera. Danny estaba demasiado cerca y viajaba demasiado rápido para evitarlo. Los neumáticos se desinflaron con una sucesión de estallidos al pasar sobre las filas de pinchos, haciendo imposible controlar el vehículo. La llanta de la rueda trasera golpeó el bordillo, lanzando el Mercedes fuera de la carretera y contra un apartamento de la planta baja, deteniéndolo en seco en una nube de polvo de hormigón, cristales y madera astillada. Danny intentó protegerse, pero su impulso contra la parada repentina fue demasiado grande. Su pecho se estrelló contra el volante y su cabeza se golpeó contra el parabrisas con un fuerte impacto. Desplomándose en el asiento del conductor, Danny miró a su alrededor, con la visión borrosa y un zumbido en los oídos. Las siluetas de personas acercándose al coche y los gritos amortiguados apenas se registraban en su mente. Vagamente fue consciente de la puerta abriéndose antes de que sus ojos se pusieran en blanco y perdiera el conocimiento.

# CATORCE

—Gracias —dijo Scott, firmando el recibo de un paquete en las puertas de entrada de su edificio.

Subió al ascensor y regresó a su planta. Tras cerrar la puerta, colocó el paquete en el escritorio de su despacho y se dirigió a la cocina para prepararse un café. Advirtió una llamada perdida de un número internacional que no reconocía y una notificación de mensaje de voz en su móvil. Scott pulsó en el mensaje de voz, activando el altavoz mientras presionaba el botón de su costosa cafetera integrada y cogía la leche para preparar el perfecto café con leche.

—Scott, soy yo, Danny. No tengo mucho tiempo. Ponte en contacto con Howard y dile que estoy en Moscú. He sido secuestrado por los Vol...

El mensaje sobresaltó a Scott, haciendo que la leche caliente se derramara sobre su mano.

—¡Maldita sea! —exclamó, mientras el pequeño recipiente de acero inoxidable resonaba contra el suelo de la cocina.

Después de poner la mano bajo el grifo de agua fría, Scott reprodujo el mensaje de nuevo. No tenía el número del alto cargo gubernamental, así que llamó al jefe de Danny, Paul Greenwood.

—Seguridad Greenwood, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió alegremente una mujer.

—Hola, querida, ¿podría hablar con Paul, por favor? Es un asunto de gran urgencia —dijo Scott, cuyo comedido carácter inglés le impedía gritar por teléfono.

—¿De parte de quién? —respondió con gran profesionalidad.

—Scott Miller.

—Espere un momento, por favor —dijo ella.

No tardó un minuto. Paul se puso al teléfono en un par de segundos.

—Scott, encantado de saludarte. ¿Qué es tan urgente? —dijo Paul con educada curiosidad.

—He recibido un mensaje de Daniel y necesito ponerme en contacto con Howard.

—De acuerdo, puedo arreglarlo. ¿Cuál era el mensaje? —dijo Paul, hablando con Scott por el teléfono de la oficina mientras tecleaba un mensaje en su móvil y lo enviaba.

—¿Qué? Eh, dijo que ha sido secuestrado y que me ponga en contacto con Howard. Ah, y que está en Moscú —dijo Scott, girando la cabeza hacia un golpe en la puerta del apartamento—. Espera, Paul, hay alguien en la puerta. ¿Paul? ¿Hola? ¿Hola?

Al no obtener respuesta de Paul, Scott dejó el teléfono y se dirigió a la puerta. Mirando por la mirilla, se sorprendió al ver a Howard al otro lado.

—Howard, ¿cómo...? —tartamudeó Scott mientras abría la puerta.

—Buenas tardes, Scott. Sea tan amable y prepáreme un café con esa maravillosa máquina suya —dijo Howard, pasando junto a Scott con una sonrisa mientras se adentraba en el apartamento.

—Eh, sí, por supuesto —dijo Scott, confundido mientras seguía a Howard hasta la cocina.

—Creo que nuestro amigo desaparecido se ha puesto en contacto —dijo Howard, señalando hacia el teléfono de Scott sobre la encimera de la cocina.

—Sí, desafortunadamente estaba abajo firmando por un paquete cuando llamó. Dejó un mensaje de voz. Mira, te lo reproduciré —dijo Scott, pulsando el botón de reproducción antes de limpiar la leche derramada e intentar prepararse otro café para él y uno nuevo para

Howard. Cuando el mensaje terminó, Howard se sentó en la barra del desayuno y cogió el teléfono de Scott.

—¿Puedo? —dijo, agitándolo hacia Scott.

—Sírvete, viejo amigo. El PIN es 2903 —dijo Scott, colocando un café a su lado.

Howard desbloqueó el teléfono y comprobó la llamada perdida y el mensaje de voz antes de tocar y reenviarlo. Dejó el teléfono de Scott y realizó una llamada en el suyo propio.

—Edward, acabo de enviarte un mensaje seguro desde el teléfono de Scott Miller.

—Sí, lo estoy reproduciendo ahora. Moscú. La parte del secuestro con el nombre cortado Vol. ¿Estamos pensando en una posible conexión con Volkov?

—Mmm, hace mucho tiempo que nadie menciona ese nombre. No tenemos nada más en lo que basarnos, así que contactemos con nuestros enlaces en Moscú y veamos qué podemos desenterrar. Además, ponte en contacto con la red móvil y consigue una ubicación para la llamada de Daniel. Volveré pronto —dijo Howard colgando.

Deslizó el teléfono de Scott hacia él y levantó la taza en señal de agradecimiento.

—De nada. ¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Scott, mirando nerviosamente a Howard.

—Adelante.

—¿Cómo es que estaba usted aquí justo cuando llamé a Paul? ¿Me está vigilando? —dijo Scott, moviéndose inquieto de un pie a otro.

Howard dio otro sorbo al café y dejó la taza, sonriendo. —En absoluto, mi buen amigo. Ya estaba aquí. Tengo un equipo abajo revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio. Estamos intentando identificar a los policías que se llevaron a Daniel.

—Oh, ya veo, por supuesto, perdón —dijo Scott, relajándose.

—No se preocupe, y gracias por el café. Ahora debo irme. Tengo un hombre que encontrar —dijo Howard, señalando el teléfono de Scott mientras apuraba su taza de café, se levantaba y se dirigía a la puerta del apartamento.

Se despidió mientras Scott lo acompañaba a la salida. Tomó el ascensor hasta el vestíbulo donde lo esperaban dos de sus hombres.

—¿Todo bien, jefe?

—Sí, vuelvo al cuartel general. Recoged todo. Suspendo la vigilancia sobre el señor Miller. Tenemos una nueva pista que seguir.

—Sí, señor.

Al salir del edificio, el coche de Howard se detuvo junto a él cuando se acercaba a la calle.

—Al cuartel general, por favor, Frank —dijo, subiendo al asiento trasero.

—Sí, señor.

# QUINCE

Danny despertó sobresaltado y se incorporó de golpe, pero el dolor cegador en su cabeza le hizo arrepentirse al instante. Después de varias respiraciones profundas, el dolor disminuyó a una pulsación constante y las estrellas en su visión se desvanecieron lo suficiente para observar su entorno. Estaba en la litera superior de una cama con estructura metálica, en una celda de tres metros cuadrados con una ventana enrejada sobre un retrete de acero inoxidable en un extremo y una pesada puerta de acero pintada de gris en el otro. Parpadeando para alejar más estrellas, Danny miró sus pantalones y chaqueta azul marino con bandas a rayas blancas y azules alrededor de los tobillos y las muñecas.

—¿Por fin despierto, inglés? —resonó una voz profunda desde abajo.

Danny se asomó por el borde para ver cómo dos piernas musculosas y gruesas salían de la litera inferior. Les siguió una cabeza de pelo largo sobre unos hombros anchos y poderosos, hasta que un hombre fornido con rasgos típicamente rusos se quedó mirándolo.

—Aclaremos una cosa, eres la última persona con quien quiero compartir celda. Harás todo lo que yo diga, maricón, y no te partiré la cara, ¿entiendes? —dijo entre dientes, apuntándole con el dedo índice desde un puño lleno de tatuajes.

La visión de Danny se aclaró y el dolor en su cabeza se atenuó. Saltó de la litera, aterrizando firmemente sobre sus pies. Totalmente inmóvil, Danny clavó la mirada de forma inquebrantable en el compañero de celda que tenía delante.

—¿Dónde estoy? —dijo con un gruñido bajo.

—Eh, pedazo de mierda, no hablas a menos que yo te lo diga. ¿Entendido? —dijo el hombre, con el rostro enfurecido, apuntando de nuevo a Danny con el dedo.

Rápido como un rayo, Danny agarró el dedo y lo dobló hacia atrás, dislocándolo por el nudillo, antes de lanzar un potente directo al estómago del hombre, dejándolo sin aire y haciéndole retroceder tambaleándose hasta caer sentado en el retrete. Permaneció allí con la cara roja, mirando su dedo con incredulidad mientras luchaba por hacer que su diafragma conmocionado pudiera aspirar algo de aire.

—Ahora escúchame tú. He tenido un día bastante jodido. ¿Vale? Ahora vas a hacer todo lo que yo te diga o la próxima vez te romperé el cuello como una ramita. ¿Entendido? —dijo Danny entre dientes mientras se inclinaba hacia el hombre, con el rostro como el granito, mirándole con ojos oscuros y peligrosos.

—Vale, vale —logró responder el hombre con un jadeo.

—Dame la mano —dijo Danny sin retroceder.

El hombre, nervioso, hizo lo que le ordenaron. Danny agarró el dedo y lo estiró hacia fuera y abajo con un fuerte chasquido, colocando el nudillo de nuevo en su sitio.

—¡Agh, joder! —gritó el hombre, sacudiendo la mano cuando Danny la soltó.

—Bien, empecemos de nuevo, ¿vale? ¿Dónde estoy?

—Prisión de Lefortovo, Moscú.

—¿Cómo te llamas?

—Leonid Turgenev —dijo Leonid, mientras su respiración comenzaba a volver a la normalidad mientras observaba a Danny con cautela.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—No, pero Sarkis y los *V* del Módulo B se pusieron muy contentos cuando oyeron que venías —dijo Leonid, frotándose el nudillo y relajándose un poco.

—¿Los V? —dijo Danny, esperando que sus sospechas sobre la respuesta no fueran a ser acertadas.

—*Mafiya*, eh, la Mafia Volkov, Sarkis Kiselyov es su cabecilla aquí dentro —dijo Leonid, con el rostro crispado mientras hablaba, seguido de un escupitajo en el suelo al mencionar el nombre de los Volkov.

—Pero los Volkov están acabados, muertos, desaparecidos —dijo Danny, retrocediendo para sentarse en el borde de la litera inferior.

—Lo estaban hasta que la hija bastarda de Yuri Volkov alcanzó la mayoría de edad y heredó el imperio de su padre. Durante los últimos dos años ha reunido a todos los contactos y hombres de Yuri y ha pagado, amenazado o asesinado para devolver a la vida el imperio de la Mafia Volkov.

—¿Y cuál es tu problema con los Volkov?

—Eh, ¿qué es problema? —dijo Leonid, con expresión confusa.

—Perdona. Tu disputa, eh, problema con los Volkov.

—Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, mi familia ha estado en guerra con los Volkov. Nosotros controlábamos el norte de la ciudad. Ellos mataban a uno de los nuestros. Nosotros matábamos a uno de los suyos, así ha sido siempre. Cuando los Volkov fueron asesinados y la finca fue quemada, tomamos el control de Moscú y las áreas circundantes y así ha sido durante cinco años. Entonces todo cambió. Annika Volkov nos atacó por sorpresa con todo el viejo equipo de Yuri Volkov, dirigido por Pasha Manolov, mercenarios contratados y un Comisario Jefe de Policía de Moscú en su nómina. No tuvimos ninguna oportunidad. Todos nuestros hombres fueron abatidos o arrestados. Mi padre y mis hermanos fueron asesinados. A mí me tendieron una emboscada los policías cuando subía a mi coche; habían plantado un arma en la guantera y me incriminaron por un asesinato, así que aquí estoy. Por eso no quería que estuvieras en la misma celda que yo, tengo que cuidarme las espaldas aquí dentro, no puedo estar haciendo de niñera de alguien más en la lista de objetivos de los V —dijo Leonid, haciendo una mueca al levantarse por el puñetazo de Danny en su estómago.

—No necesito una niñera, pero si tú me cubres las espaldas, yo cubriré las tuyas —dijo Danny, con expresión mortalmente seria

mientras extendía su mano.

Leonid le miró, frotándose el vientre mientras abría y cerraba los dedos de su mano dolorida.

—*Da*, vale. Es buena idea. ¿Cuál es, eh, tu problema con los Volkov? —dijo Leonid, ignorando el dolor mientras estrechaba la mano de Danny.

—Hace cinco años los Volkov intentaron tomar el control de Londres. Mataron a mi tía y secuestraron a mi primo, luego pusieron precio a mi cabeza, así que los maté a todos —dijo Danny, con el rostro inexpresivo y la voz calmada.

El rostro de Leonid se descompuso mientras asimilaba las palabras de Danny. —Hostia puta, oímos los rumores de que los ingleses los habían expulsado y matado, pero nunca lo supimos con certeza. ¿Cómo acabaste aquí?

—Me drogaron y secuestraron en Londres. Lo siguiente que sé es que estoy aquí —dijo Danny, tocándose el doloroso moretón en la cara.

—No te mataron por alguna razón, probablemente la misma por la que me enviaron aquí.

—¿Y cuál es esa? —dijo Danny, con su interés despertado.

Leonid se levantó la camisa para mostrar una multitud de cicatrices que revelaban cortes, puñaladas y quemaduras. —La venganza de Annika Volkov. Los V reciben dinero por hacerme daño de cualquier forma posible, pero no se les permite matarme. En la enfermería me curan y luego los V me devuelven directamente allí, es un infierno viviente constante. Ahora quítate de mi cama —continuó, manteniendo la mirada durante un par de segundos antes de romper en una amplia sonrisa.

Danny le devolvió la sonrisa. —Quizás sea hora de equilibrar la balanza —dijo, levantándose de la cama de Leonid y saltando de nuevo a la litera superior.

# DIECISÉIS

Los hombres en las puertas de hierro permitieron a Karl y Ustin entrar en el amplio camino de grava que conducía hasta la mansión Volkov. Aparcaron junto a las numerosas furgonetas de los constructores, pertenecientes a los cristaleros, pintores y fontaneros que aún trabajaban en las etapas finales de la obra. Annika había estado decidida a construir la mansión en el lugar de la antigua finca familiar de los Volkov, una declaración desafiante para todos de que la destrucción de la antigua propiedad por Danny Pearson la noche en que mató al cabeza de familia, Sebastian Volkov, y al padre de Annika, no significaba el fin del poder de los Volkov sobre Moscú.

—No digas ninguna estupidez, Ustin, déjame hablar a mí, ¿vale? —dijo Karl, sintiéndose nervioso después de haber sido convocado a la finca por Annika, pero contento de tener la protección de su hermano.

—Vete a la mierda, Karl, no soy un puto idiota —le espetó Ustin malhumorado.

Ambos guardaron silencio cuando la puerta principal se abrió y la formidable figura de Pasha salió. Los miró fijamente con el ceño fruncido en un gesto de desaprobación. Se dio la vuelta sin hablar y entró en la casa, sabiendo que los dos le seguirían de cerca. Al entrar en la cocina, se hizo a un lado, dejando que Karl y Ustin pasaran a la habitación. Se quedaron completamente inmóviles al

ver a Annika al otro lado de la estancia. Un fuerte taconeo resonó en el suelo de mármol mientras caminaba con sus tacones de aguja, dándoles la espalda, comprobando las grandes puertas plegables mientras un grupo de cristaleros nerviosos continuaba instalándolas. Se detuvo en seco y giró sobre sus talones para enfrentarse a Karl y Ustin. Su largo cabello rubio recogido en una tensa coleta se agitó cuando sus ojos azul hielo se fijaron en los dos hombres.

—Dejadnos —dijo bruscamente.

Los instaladores de ventanas levantaron la vista, sin estar seguros de a quién se dirigía. Pasha dio un paso adelante de forma amenazadora, inclinando la cabeza hacia un lado para indicarles que se largaran, lo que hicieron apresuradamente.

—Bien —dijo fríamente.

Los dos hombres permanecieron aturdidos, sin saber qué se suponía que debían decir.

—Permitidme que os ayude. ¿Cuándo pensabais contarme que lo perdisteis y que tuvisteis que recurrir al comisario de policía para recuperarlo? —dijo ella, con voz directa e inexpresiva.

—Hubo un problema con la caja. Pensé que lo mejor era usar todos los recursos para recuperarlo —dijo Karl disculpándose.

—¿Qué problema? —respondió Annika, mientras sus tacones resonaban en el mármol al caminar de un lado a otro.

—No fue culpa nuestra. El jodido Ivan lo metió en la caja equivocada. Se fue con el granjero mientras nosotros teníamos una puta cabra —soltó Ustin antes de que Karl pudiera responder.

Una de las manos de Pasha, del tamaño de una pala, estaba en la nuca de Ustin antes de que pudiera decir algo más. Con una fuerza tremenda, Pasha empujó la cabeza de Ustin hacia abajo, estrellándola contra el borde de la encimera de mármol blanco de la barra de desayuno de la cocina con un golpe espeluznante. Agarrando el pelo de Ustin, Pasha levantó su cabeza y la estrelló de nuevo. Lo hizo una y otra vez, cada vez más rápido. Una mancha carmesí apareció en la superficie blanca hasta que el cráneo de Ustin se fracturó y la mancha se convirtió en un charco que se extendía antes de que Pasha dejara caer el cuerpo inerte de Ustin al suelo.

—¿Te gustaría explicar eso de nuevo, Karl? —dijo Annika, sin mostrar ningún signo de conmoción o emoción ante la ferocidad del ataque de Pasha.

—Es cierto. De alguna manera salió de la caja marcada y se intercambió con una de las cabras. Tal vez en el avión, no lo sé. Tú seguías en el aire, así que tuve que usar todos los recursos que pude para recuperarlo —dijo Karl sin expresión.

La habitación quedó en silencio mientras Annika mantenía su mirada. Una gota de sudor corrió por el rostro de Karl mientras Annika metía la mano en su bolso.

—Vale, te creo —dijo Annika sacando su teléfono, zanjando el tema mientras se dirigía con paso firme hacia la salida.

Mientras Pasha negaba con la cabeza, Karl dejó escapar un suspiro de alivio.

—Deshaste de eso, Karl, y limpia mi nueva cocina —dijo Annika al salir de la habitación.

—Tu desastre, hermano. No voy a ayudarte —dijo Pasha, caminando tras ella, dejando a Karl solo con el cuerpo de Ustin.

—Te dije que mantuvieras la boca cerrada, maldito idiota —murmuró a la sangrienta masa en el suelo.

Annika salió de la mansión hacia el coche. Ivan abrió la puerta trasera para ella, cerrándola después de que se deslizara con elegancia en el interior. Se movió alrededor y se sentó en el asiento del conductor mientras Pasha se sentaba a su lado en el asiento delantero.

—Llévanos a la prisión, Ivan. Quiero ver cómo se está adaptando nuestro invitado —dijo Annika, estirando el dobladillo de su vestido mientras se relajaba en la parte trasera.

—Sí, jefa —dijo Ivan, conduciendo suavemente hacia la puerta, asintiendo a los guardias mientras estos las abrían y los veían pasar.

# DIECISIETE

—¿Cómo vamos, Edward? —dijo Howard al entrar en una de las salas de incidentes del edificio del SIS.

—Ah, buenos días, Howard —respondió Edward mientras escribía algo en una de las varias pizarras blancas—. Bueno, sabemos dónde estuvo hace 24 horas. La información de su móvil situó su llamada en una urbanización del distrito de Kapotnya en Moscú, aquí —dijo Edward, moviéndose hacia otra pizarra y señalando una zona circular en un mapa satelital.

—¿Algo más?

—Sí, espera. Tim, ¿puedes poner ese vídeo en la pantalla principal, por favor? —le dijo Edward a uno de los agentes que tecleaba en un terminal de ordenador detrás de ellos.

—Sí, ahora mismo.

El gran televisor de pantalla plana en la pared cobró vida con un vídeo tembloroso, obviamente filmado con un teléfono desde la ventana de un apartamento. Estaba grabado mirando a través de una carretera hacia el pasadizo entre dos bloques de apartamentos de hormigón gris. Dos policías rusos corrieron hacia el pasadizo cuando Danny apareció en el extremo más alejado, todavía con los pantalones cortos y la camiseta que llevaba frente al apartamento de Scott. Corrió a toda velocidad antes de impulsarse contra la pared para patear a uno de los policías que se acercaban, dejándolo hecho un ovillo en el suelo, y luego atacando al otro policía agarrándolo por

los testículos para quitarle el arma. Edward y Howard observaron en silencioso asombro cómo Danny se deshacía de otros dos policías antes de ser atropellado por un coche, y aun así logró derribar a los dos ocupantes armados antes de marcharse conduciendo.

—Siempre he sabido que era bueno, pero hasta que no le ves en acción, es difícil apreciar lo bueno que es realmente —dijo Edward, haciendo un gesto a Tim para que pausara el vídeo.

—Ciertamente, por eso debemos recuperarle. ¿Podemos volver al coche, por favor? —dijo Howard, dirigiéndose a Tim.

El vídeo retrocedió hasta antes de que Danny entrara, antes de que apartara de una patada el arma de Stefan, antes de estrellar la cabeza de Igor contra el techo del coche, hasta donde los dos hombres salieron del vehículo.

—Detente ahí, por favor. Un poco atrás, eso es.

El fotograma congelado mostraba bastante claramente las caras de Stefan e Igor mientras salían y se dirigían hacia la parte trasera del coche.

—Mejora las imágenes y pásalas por el ordenador, por favor. Veamos si podemos conseguir algunos nombres. ¿De dónde salió el vídeo?

—De una publicación en Facebook de un chaval de uno de los apartamentos —dijo Edward.

—Muy bien. ¿Alguna novedad sobre quién le secuestró fuera del apartamento de Scott?

—Todavía estamos buscando la furgoneta antidisturbios. Pero conseguimos algunas imágenes de las cámaras de seguridad del vestíbulo del edificio de Scott. No son muy buenas, pero por lo que podemos ver, la unidad de policía armada era real. Como no hay autorización para el arresto, estamos revisando los horarios de turnos para ver dónde estaban todos los miembros de las unidades armadas de la Policía Metropolitana en ese momento. También estamos comprobando los registros del armero para ver quién retiró armas —dijo Edward con su habitual método sistemático.

—Excelente. ¿Algo sobre el Superintendente Jefe Crawford y nuestro Ministro de Defensa, el señor Bullman? —dijo Howard, mirando su reloj.

—Nada aún.

—De acuerdo, mantenme informado. Me voy a Moscú —dijo Howard, girándose para marcharse.

—¿Solo? —dijo Edward, arqueando las cejas.

—No, me llevo a Tomas Trent y a John Ball conmigo. Tengo una reunión bastante delicada con un homólogo ruso a la que asistir. Puede que él pueda arrojar algo de luz sobre todo este asunto —dijo Howard, saliendo de la habitación sin esperar respuesta.

Subiendo a su coche con chófer, hizo que Frank le llevara a su oficina gubernamental, conocida solo por unos pocos selectos.

—Espera aquí, solo tardaré unos minutos, Frank —dijo, bajándose del coche y dirigiéndose hacia la sólida puerta de entrada.

Miró hacia la cámara montada sobre la entrada. La cerradura zumbó para dejarle entrar antes de que tuviera oportunidad de bajar la mirada. Subiendo las escaleras a un ritmo enérgico, entró en la oficina y se colocó entre los analistas, mirando la pantalla principal.

—¿Alguna novedad, Martin?

—Nada nuevo, jefe. El ministro apenas ha estado en la oficina, William ha estado indagando en sus finanzas buscando anomalías, pero nada por ahora.

—Gracias, Martin. Voy a estar fuera de la ciudad un tiempo. Avísame si encontráis algo, y poned a Edward Jenkins en copia de cualquier progreso —dijo Howard, girando sobre sus talones para marcharse—. Solo comunicaciones encriptadas, por favor, Martin.

—De acuerdo, jefe —gritó Martin mientras Howard abandonaba la oficina.

# DIECIOCHO

Annika entró con seguridad en el área de recepción de la prisión, pasó junto a la fila de visitantes que esperaban y se coló delante de un hombre justo cuando éste avanzaba hacia el mostrador.

—Eh, señora, ponte al final de la cola —dijo él, extendiendo la mano para agarrarla del hombro.

La garra de Pasha atrapó su muñeca y le dobló el brazo hacia atrás.

—No toques a la señora —le dijo inclinándose hacia él, con el rostro duro y lleno de amenaza.

—Vale, vale —dijo el hombre, intimidado por la agresividad de Pasha.

—Annika Volkov, vengo a ver al director —dijo ella, golpeando con sus uñas perfectamente manicuradas el mostrador de formica.

—Pase directamente. Alguien la acompañará dentro —respondió la recepcionista, accionando el timbre para desbloquear la puerta de seguridad.

Pasaron a una amplia sala con mesas de inspección para registrar bolsos, y marcas en el suelo donde las personas debían colocarse para los cacheos corporales. Dos funcionarios de prisiones se interpusieron delante de Annika y Pasha, deteniendo su avance.

—Bolsos y efectos personales sobre la mesa, por favor, y luego colóquense en la marca azul —dijo uno de ellos moviéndose detrás

del mostrador, listo para registrar el bolso de Annika.

Annika pasó directamente junto a él, dirigiéndose a la puerta de entrada de la prisión, con Pasha siguiéndola de cerca.

—¡Eh, vuelva aquí, bolsos y efectos personales en la mesa y colóquese en la marca azul! —gritó el hombre mientras su compañero se movía rápidamente para bloquear la puerta.

Pasha se puso delante de Annika, su cuerpo tenso y su rostro endurecido.

La puerta de entrada tras ellos se abrió de golpe cuando otro hombre uniformado salió apresuradamente. —¡Eh, tranquilo, Pavel, está bien, déjalos pasar! —gritó, haciéndoles señas a Annika y Pasha para que se acercaran.

—Por aquí, por favor, señorita Volkov —dijo, abriendo el camino.

—Gracias, señor Lebedev. Confío en que haya recibido su pago y todo esté preparado —dijo Annika, caminando lentamente por el pasillo, obligando a Lebedev a reducir la velocidad y escuchar cada una de sus palabras.

—Sí, sí, Sarkis está esperando para darle la bienvenida cuando vayan al comedor —dijo Alek Lebedev en voz baja, mirando nerviosamente a lo largo del pasillo para asegurarse de que nadie estuviese escuchando.

—Muy bien. Esperaré un informe completo.

—Sí, por supuesto, señorita Volkov.

Caminaron en silencio, deteniéndose aquí y allá para desbloquear las diversas puertas metálicas pesadas y rejas hasta que llegaron al despacho del director.

—Adelante —gritó Boris Oblonski desde dentro después de que Alek llamara.

—Ah, señorita Volkov, qué placer volver a verla. Venga, tome asiento. ¿Puedo ofrecerle algo, té, café? —dijo sonriendo, mientras sus ojos seguían nerviosamente a Pasha cuando entró detrás de Annika y permaneció de pie junto a la puerta.

—No —dijo Annika fríamente.

Avanzó en el incómodo silencio que siguió, alisó su vestido y se sentó en la silla al otro lado del escritorio de Boris.

—Déjanos, por favor, Alek —dijo Boris, observándolo salir y cerrar la puerta tras él.

Annika permaneció en silencio mientras lo miraba fijamente como un halcón a su presa. Sudando nerviosamente, Boris pareció encogerse en su silla mientras esperaba a que Annika hablase.

—Gracias por acomodar a nuestro invitado, señor Oblonski. Su bienestar es de gran importancia para mí. Quiero que sufra mucho aquí dentro, pero no debe morir —dijo ella. Como si fuera una señal, Pasha dio un paso al frente, con una expresión amenazadora en su rostro.

—Eh, yo, por supuesto. Vigilaré las cosas personalmente —tartamudeó Boris, mirando de reojo a Pasha.

—Perfecto, ¿la señora Oblonski está disfrutando de la nueva casa?

—Sí, ambos estamos muy contentos allí —dijo Boris, relajándose un poco.

—Es un placer para mí —dijo ella, levantándose para marcharse.

—Lo siento, sí, gracias —dijo Boris, rodeando el escritorio para acompañarla a la salida.

No quería disgustar a su más generosa benefactora del fondo de caridad para la rehabilitación de presos, un fondo que había pagado su nueva casa.

—Adiós, Director, y recuerde, no debe morir, no hasta que yo lo diga —dijo Annika, con el sonido de sus tacones repiqueteando en el duro suelo mientras salía de la oficina, caminando deliberadamente despacio hacia Alek, que esperaba junto a la verja de salida cerrada.

Pasha se giró lentamente, mirando a Boris con desprecio al salir.

Desconcertado, Boris volvió a su escritorio, se desplomó en la silla y abrió el cajón inferior. Sacó una botella de vodka con mano temblorosa y se sirvió un pequeño trago. Se lo bebió de un golpe, dio un suspiro de alivio y luego se sirvió otro.

# DIECINUEVE

—¿A qué demonios viene tanto grito? —dijo Danny, apartándose de la imagen amoratada en negro y púrpura que se reflejaba en el panel de acero pulido que hacía las veces de espejo en la pared de la celda. Un funcionario de prisiones enfadado estaba gritando desde la zona común fuera de su celda.

—Es la hora de cenar. Ven, vamos —dijo Leonid, pasando a su lado.

—Mmm, un filete con patatas no estaría nada mal —comentó Danny, siguiendo a Leonid y al resto de presos que se dirigían hacia el comedor.

—Mantente cerca de mí, haz lo que yo haga y siéntate donde yo me siente —dijo Leonid en voz baja por encima del hombro.

Entraron en un gran salón con mesas metálicas para ocho personas y bancos atornillados al suelo en líneas rectas. Danny se movió detrás de Leonid, con la mirada fija hacia adelante, en dirección a la zona de servicio al frente de la cola. Su concentración estaba en su visión periférica mientras notaba cómo los ojos le seguían por toda la sala. Imitando a Leonid, Danny cogió una bandeja de plástico con seis compartimentos y un endeble cubierto de plástico, una mezcla entre cuchara y tenedor, deliberadamente demasiado frágil para causar daño a nadie y apenas lo suficientemente resistente para comer. Deslizó la bandeja por el riel de acero inoxidable frente a los camareros donde un tipo gordo y

calvo al que le faltaba el dedo meñique le tiró sin ceremonia unas patatas de aspecto grisáceo y algo que vagamente se parecía a un estofado. Manteniéndose cerca de Leonid, Danny caminó con confianza hacia un banco. Un tipo delgado con gafas levantó la mirada, asintió y dijo algo en ruso a Leonid, quien se sentó a su lado. Danny se sentó enfrente, todavía muy consciente de la tensión que su presencia estaba causando en el comedor.

—¿Así que este es él? —dijo el tipo de las gafas, sonriendo a Danny.

—Sí, es él, pero tendrás que hablar en inglés. No sabe nada de ruso —dijo Leonid, haciendo una mueca mientras se metía un bocado de estofado en la boca.

Un tipo grande con las facciones de Leonid dejó caer su bandeja en el banco con una mano vendada y se sentó junto a Danny. Sonrió, haciendo que la cicatriz en la comisura de su boca se arrugara hacia arriba hasta su mejilla. Tensándose, listo para bloquear y moverse, Danny le miró con ojos oscuros y amenazadores.

—Eh, tranquilo, es mi primo Valerik, y este es Filip —dijo Leonid antes de decirles algo en ruso a ambos.

—Es un honor conocer al hombre que mató a Yuri Volkov —dijo Valerik, dando una palmada en la espalda a Danny.

Danny le respondió con un asentimiento y siguió comiendo. La comida era asquerosa, pero los viejos hábitos del SAS estaban surgiendo: come y bebe cuando puedas, el cuerpo necesita combustible para luchar. El lenguaje corporal de Leonid cambió. Se puso tenso y su atención estaba en otro lugar, mirando algo detrás de Danny.

—Sarkis acaba de pasarle algo a uno de sus hombres. Se está levantando, viene hacia aquí —susurró Leonid a Danny.

—Tipo bajo, algo en la mano derecha —respondió Danny, con los ojos entrecerrados, fijos en el reflejo del hombre que se aproximaba en las gafas de Filip.

—Da.

Danny agarró los lados de la bandeja de plástico. Tensó los músculos, preparado para moverse, su mente calculando los pasos

del hombre antes del ataque. Si les habían dicho que no lo mataran, sería una puñalada baja en el lado derecho.

Tres, dos, uno.

Girando rápidamente en el banco, Danny levantó la bandeja como un escudo improvisado, salpicando estofado y patatas por todo el suelo mientras la cuchilla de afeitar fundida en el extremo de un cepillo de dientes del hombre golpeaba contra el plástico duro antes de arrastrarse ruidosamente al retirarla para otro ataque. Para entonces, Danny ya estaba de pie. Apartó el cuchillo de una patada mientras levantaba la bandeja de plástico. Con un potente empujón, Danny golpeó la parte posterior de la bandeja contra la cara del hombre antes de darle un cabezazo a través de ella, partiendo la bandeja por la mitad al hacer contacto con el puente de la nariz del otro. Su atacante cayó como un árbol talado, con los ojos en blanco mientras la sangre brotaba de su nariz rota. Danny permaneció allí de pie, con la salsa goteando por su cara, mirando desafiante al hombre que había pasado el cuchillo a su atacante. Valerik pateó el cuchillo improvisado bajo la mesa hacia Leonid, quien lo cubrió con el pie.

—Siéntate, inglés, siéntate. Filip, la bandeja —susurró, tirando de Danny hacia el banco mientras Filip deslizaba su bandeja.

—Coge el cuchillo y vete, rápido —dijo Leonid a Filip, quien inmediatamente se agachó, deslizó el cuchillo de debajo del pie de Leonid y se lo metió en el calcetín antes de escabullirse cuando los funcionarios de prisiones se dieron cuenta del hombre en el suelo.

Golpeando con su porra la mesa metálica, el oficial le gritó a Danny: —Tú, ¿qué ha pasado aquí?

Cuando no recibió ni siquiera un parpadeo como respuesta, el guardia levantó su porra para golpearle. La mano de Danny salió disparada, atrapando la porra con un agarre de acero.

—Oye, dale un respiro, ¿eh? El hombre no habla nada de ruso —dijo Leonid apresuradamente, con las manos levantadas para apaciguar al guardia.

Danny lo miró fijamente uno o dos segundos antes de soltar la porra del guardia.

—¿Qué le ha pasado a este? —dijo, ignorando a Danny y señalando al tipo inconsciente en el suelo que estaba siendo atendido por el otro guardia.

—El muy imbécil resbaló con este puto estofado asqueroso. Se golpeó la cabeza contra el banco al caer —dijo Valerik, inclinándose alrededor de Danny para sonreírle al guardia.

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa mientras el guardia miraba de un hombre a otro.

—Volved a vuestras celdas —dijo finalmente con brusquedad.

Se levantaron. Valerik dio un golpecito en el brazo de Danny y asintió para que los siguiera. Al salir del comedor, Danny captó la mirada de odio de Sarkis desde el otro lado de la sala. Mantuvieron el contacto visual hasta que Danny pasó por la puerta y se dirigió de vuelta a su módulo.

# VEINTE

—Entonces, ¿cuál es el plan, jefe? —dijo Tom, disfrutando del asiento de primera clase y de las bebidas gratuitas servidas por la atractiva azafata de British Airways.

—El plan es un término muy flexible ahora mismo, Tomás. Una vez que nos hayamos registrado en el hotel, me gustaría que tú y John echéis un vistazo por la zona donde Daniel fue visto por última vez. Yo tengo una reunión con un viejo conocido que podría ayudarnos —dijo Howard, dando un sorbo a su whisky con hielo.

—¿Uno de los nuestros?

—No, definitivamente uno de los suyos. Muy importante en la antigua KGB. Creo que no tiene un título formal estos días —dijo Howard con una sonrisa irónica.

—Oh, un ruso, Howard —dijo Tom, devolviéndole la sonrisa.

—Algo así —respondió Howard mientras el avión se inclinaba para iniciar su descenso hacia el Aeropuerto Internacional de Sheremetyevo.

Aterrizaron y pasaron la aduana. Howard tomó la iniciativa, dirigiéndose directamente al mostrador de Avis para alquilar un coche. Mientras Tom esperaba con John, vio cómo Howard entregaba un carné de conducir y un pasaporte para el alquiler del vehículo con el nombre de Bernard White. Se preguntó brevemente si ese sería el nombre real del agente gubernamental, pero decidió que era muy poco probable. Howard condujo hábilmente por Moscú

sin ayuda de navegador ni indicaciones, obviamente familiarizado con la ciudad, aunque Tom y John sabían que era mejor no preguntar por qué. Después de registrarse en el Hotel Metropol, justo al lado de la famosa Plaza Roja de Moscú, Howard les dio a Tom y John las llaves del coche y los envió a inspeccionar el complejo residencial del distrito de Kapotnya.

Al volverse, Howard entró de nuevo en el vestíbulo del hotel. Pasó por recepción y la zona de sofás mientras se dirigía al bar del hotel. Se detuvo junto a un hombre sentado en uno de los cómodos sofás, con la cabeza oculta tras un periódico.

—Buenas tardes, Lem, ¿te apetece una copa? —dijo Howard alegremente.

La parte superior del periódico se dobló para revelar a un hombre de cabello plateado con rasgos típicamente rusos y penetrantes ojos azul cielo. —Pensé que nunca lo preguntarías. Me alegra verte de nuevo, David, ¿o es Howard en estos días? —dijo, con una amplia sonrisa extendida por su rostro.

—Así es, pero ¿qué hay en un nombre, amigo mío? —dijo Howard, mientras el hombre se levantaba y le estrechaba la mano antes de abrazarlo.

—Cuánta razón. Ahora, ¿qué hay de esa copa? Me intriga saber qué es tan importante como para que vueles hasta Moscú —dijo Lem, siguiendo a Howard hasta una zona de asientos apartada de miradas indiscretas.

—¿Qué les puedo servir? —dijo una bonita camarera cuando estuvieron acomodados.

—Vodka con hielo —dijo Lem con una sonrisa.

—Ginebra con tónica, por favor —dijo Howard en un ruso perfecto.

—Los años han sido benévolos contigo, amigo mío. Tienes buen aspecto —dijo Lem, haciendo una charla trivial hasta que la camarera regresó con sus bebidas.

—Lo mismo digo. El FSB te ha sentado bien —dijo Howard, haciendo una pausa en la conversación mientras la camarera colocaba las bebidas sobre la mesa.

—No juguemos a esto. Sabes que yo no soy más del FSB de lo que tú eres del MI6. ¿Cuál es el propósito de tu visita? —dijo Lem en cuanto se marchó la camarera, dejando de sonreír mientras su rostro adoptaba una expresión seria.

—De acuerdo, iré al grano. Tengo a un hombre desaparecido en Moscú.

—¿Un espía? —dijo Lem, sin rodeos.

—No, fue secuestrado en Londres y traído aquí. El último contacto fue desde una urbanización en el distrito de Kapotnya. Mira, encontramos unas imágenes de una transmisión de Facebook —dijo Howard, tocando su teléfono antes de pasarle el vídeo de Danny.

Lem lo vio en silencio, con el ceño fruncido por la concentración.

—Es bueno, muy bueno.

—Lo es, y quiero recuperarlo —dijo Howard, recuperando el teléfono.

—¿Tienes alguna idea de quién lo secuestró y por qué?

—Hace cinco años ambos tuvimos un problema con una familia no muy lejos de aquí. Tú me proporcionaste información y yo me ocupé del asunto. Para ser precisos, el hombre del vídeo se ocupó de ello —dijo Howard, dando un sorbo a su gin-tonic.

—Los Volkov. He estado oyendo rumores sobre su regreso. La hija de Yuri, Annika, ha estado reviviendo el imperio de su padre. El del vídeo que recibe el golpe contra el coche es Igor Popova. Le conozco —dijo Lem, mirando a Howard.

—¿Me ayudarás a encontrar a mi hombre?

—Te debo lo de hace cinco años. Saldaré mi deuda. Pero tú y los dos hombres que vinieron contigo debéis mantener un perfil bajo. Moscú es un lugar muy corrupto y los Volkov están muy bien conectados. Envíame lo que sepas a mi buzón privado. Haré lo que pueda —dijo Lem, apurando su bebida antes de levantarse para marcharse.

—Gracias, viejo amigo —dijo Howard, poniéndose en pie para estrechar la mano de Lem antes de que este saliera del bar.

# VEINTIUNO

Sentado fuera de la celda en el área común mientras Valerik y Filip jugaban al ajedrez, Leonid le dio un codazo a Danny y asintió con la cabeza hacia el extremo opuesto del módulo.

—Ese es Alek Lebedev, el alcaide. Vigílalo, es mala noticia — susurró.

—¿Uno de los de Volkov? —susurró Danny como respuesta.

—Sí, seguro que está en su nómina.

Danny observó al hombre al otro extremo de la sala. Era un tipo grande, en forma, más o menos del tamaño de Leonid, con un color de pelo similar cortado al estilo militar.

—¿Cuánto crees que mide? —preguntó Danny con curiosidad.

—Eh, ¿qué? No sé, 180, 190 quizás, ¿por qué?

Danny hizo una pausa mientras hacía los cálculos mentalmente. —Mmm, 1,83 a 1,88. Bastante cerca —murmuró Danny, más para sí mismo que para los demás—. Solo estoy repasando opciones —dijo finalmente.

—¿Opciones? ¿Qué coño quieres decir con opciones? —dijo Leonid. Al otro lado de la mesa, Valerik se detuvo a medio movimiento para mirarlo.

La sirena sonó una vez para señalar el momento del encierro e interrumpió la conversación. Los presos se levantaron y se arrastraron hacia sus celdas. Siguiendo su ejemplo, Danny se levantó y siguió a Leonid hacia su celda. Acababa de entrar cuando recibió

un fuerte golpe en los riñones. Mientras caía sobre una rodilla, más golpes le cruzaron la espalda. Danny se retorció para levantar el brazo en defensa, solo para sentir la dura porra metálica golpeándole el antebrazo.

—Annika Volkov te manda recuerdos —dijo Alek Lebedev en un inglés quebrado.

Golpeó a Danny unas cuantas veces más, alcanzándolo en un lado de la cabeza, enviándolo al suelo con destellos bailando frente a su visión.

—Quédate donde estás, Turgenev, a menos que quieras lo mismo —dijo Alek, apuntando con la porra a Leonid mientras retrocedía fuera de la celda, cerrando de golpe la pesada puerta tras él y cerrándola para la noche.

Girándose sobre la espalda en el suelo, Danny respiró pesadamente mientras esperaba a que el dolor disminuyera.

—Cabrón. ¿Estás bien, inglés? —dijo Leonid, maldiciendo en ruso hacia la puerta cerrada.

Sujetándose el costado, Danny se levantó lentamente del suelo y se sentó en la cama. Se tocó el lado de la cabeza con la otra mano, apartándola para ver sangre en las yemas de sus dedos.

—Se va a arrepentir de esto —dijo finalmente, con el rostro acerado y los ojos oscuros y amenazantes.

—Sí, buena suerte con eso —dijo Leonid, humedeciendo un trozo de papel higiénico y entregándoselo a Danny.

—Gracias —dijo Danny, presionando sobre la sangre que manaba a través de su desaliñada mata de pelo castaño ondulado.

—Así es como vivimos aquí. Solo intentas sobrevivir —dijo Leonid, encogiéndose de hombros.

—No por mucho tiempo, Leonid. Aún no lo tengo del todo claro, pero vamos a salir de aquí, y entonces les haré pagar.

# VEINTIDÓS

El teléfono sonó en el despacho del Ministro de Defensa mientras James Bullman recogía sus cosas para marcharse. Contempló ignorarlo, pero el miedo a perderse algo importante pudo más que él.

—James Bullman —ladró al teléfono.

—James, soy Terence —dijo el Comisario Jefe de Policía Terence Crawford.

—Ah, Terence. ¿Qué puedo hacer por ti? —dijo James, aparentando más interés del que realmente sentía.

—Es sobre tu maldito favor. Tengo a agentes del MI6 y de Asuntos Internos revisando los turnos y los perfiles del personal. Es solo un...

—Por el amor de Dios, en esta línea no, llámame a mi número privado —gritó James, colgando bruscamente antes de que Terence pudiera decir nada más.

Segundos después sonó el móvil en su bolsillo, no el que solía usar, sino el que guardaba para asuntos privados; cosas que nadie más que él debería saber jamás.

—¿Qué demonios haces llamándome por una línea no segura? —reprendió James a Terence antes de que pudiera decir palabra.

—Eh, lo siento. Con todo esto no puedo pensar con claridad. Si lo descubren, si alguno del equipo habla, estaré acabado. Estaremos

acabados —dijo Terence con voz aguda mientras hablaba rápidamente.

—Contrólate, hombre, déjame pensar. Mmm, ¿cuántos hombres participaron en la redada armada? —dijo James, tranquilo y sereno.

—Cinco, todos cuidadosamente seleccionados —dijo Terence, hablando más despacio mientras se calmaba.

—¿Cuán vulnerables estamos?

—Están revisándolo todo, turnos, registros de armas y vehículos, es solo cuestión de tiempo antes de que averigüen quiénes podrían haber estado en el lugar del secuestro —dijo Terence, con el pánico volviendo a elevarse en su voz.

—Entonces tendremos que sacarlos de la ecuación —dijo James, con voz fría y sin emoción.

—¿Qué quieres decir con sacarlos de la ecuación?

—No seas tan jodidamente ingenuo, Terence, sabes perfectamente a qué me refiero.

—No, no puedo. Esto es una locura —dijo Terence, sorprendido por la sugerencia.

—Escucha, pedazo de mierda llorón, no te importó cuando limpié tu desastre con aquella pobre chica en la universidad, ¿verdad?, y desde luego no te importó cuando te ayudé a conseguir el puesto de comisario jefe, así que haz lo que te digo y haré que esto desaparezca, ¿de acuerdo? —dijo James alzando la voz de nuevo.

La línea quedó en silencio durante un rato.

—Vale, lo siento, James —dijo finalmente Terence, derrotado.

—Pon a tus hombres de servicio mañana. Habrá una llamada de emergencia. Te enviaré los detalles por la mañana. Parecerá una redada que salió mal y nadie sospechará nada —dijo James, eligiendo ya mentalmente al activo que se encargaría de esto.

«Pero ¿qué pasa con el MI6 y—»

—Buenas noches, Terence.

—Pero—

—He dicho buenas noches, Terence —dijo James con más firmeza antes de colgar.

Guardó el móvil en el bolsillo y miró el teléfono de la oficina por el que el superintendente jefe le había llamado inicialmente.

Tendrá que irse.

Frunciendo el ceño, miró alrededor de la oficina antes de agacharse y abrir el cajón del escritorio. Sacó un gran sobre de Manila. Al abrirlo, extrajo las imágenes de las cámaras de seguridad que mostraban sus indiscreciones en el burdel londinense de los Volkov hacía ya tantos años. Inclinando el sobre, sacudió el pendrive que contenía las grabaciones de vídeo sobre el escritorio y lo hizo girar entre sus dedos.

Al menos por fin estoy libre del chantaje de esa zorra.

Metiendo el contenido de nuevo en el sobre, se puso la chaqueta, guardó el sobre en el bolsillo interior y se marchó.

***

No muy lejos de allí, en la oficina londinense de Howard, Martin, William y Brian trabajaban frenéticamente en sus ordenadores, separando las múltiples pistas de audio de los micrófonos ocultos y las escuchas telefónicas en la oficina del ministro. Mejoraron el audio y transcribieron la parte de la conversación entre John Bullman y Terence Crawford, enviándola luego a los buzones encriptados de Howard y Edward.

—Poneos en contacto con el proveedor telefónico del Superintendente Jefe y averiguad qué número llamó cuando Bullman contestó al móvil. Quiero conocer ese número en menos de una hora para poder pincharlo —dijo Martin a los demás.

—Ya estoy en ello —respondió William.

—El jefe va a querer que nos volquemos a fondo, seguro —dijo Brian, viendo la respuesta de Howard segundos después.

«Poned a todos sobre Bullman y Crawford. Quiero saber cada movimiento que hagan, quiénes son los miembros del equipo de Crawford y dónde van a llevar a cabo su pequeña operación de limpieza».

—Luz verde, chicos, despertadlos a todos. Necesitamos ojos y oídos sobre estos tipos para ayer. Martin, ¿puedes organizar dos unidades móviles técnicas? Tú y yo iremos móviles tras cada objetivo

y mantendremos el contacto con William desde aquí, ¿vale? —dijo Brian, consultando la lista de recursos y cogiendo el teléfono.

—Sí, me ocupo —gritó Martin desde el otro lado de la sala, mientras la emoción de una operación en directo electrizaba la oficina.

***

Al salir del ascensor, James Bullman se dirigió al mostrador de seguridad en el vestíbulo.

—Disculpe.

—Sí, señor —dijo el guardia de seguridad, levantando la vista de sus monitores.

—¿Han barrido mi oficina esta semana?

—Eh, déjeme ver —dijo, consultando el registro—. Lo hicieron el martes por la mañana, señor.

—Mmm, ¿podría hacer que lo volvieran a hacer, por favor, eh...?

—Nigel, señor.

—Nigel, gracias. Si hay algún problema, infórmeme directamente —dijo Bullman, girándose para pasar por el detector de metales y marcharse.

—Sí, señor. Me ocuparé de ello inmediatamente —dijo Nigel, hablando a la espalda de Bullman mientras este salía por las puertas de entrada.

# VEINTITRÉS

Danny pasó de estar dormido a despertarse con el corazón desbocado en una fracción de segundo. Algo iba mal. Miró hacia sus pies y vio la puerta de la celda completamente abierta. La tenue iluminación nocturna del área común exterior se colaba en la celda, justo lo suficiente para iluminarla con una luz amarillenta grisácea. Girándose hacia un lado, Danny se dejó caer sobre la punta de los pies y rodó sobre sus talones mientras doblaba las rodillas, aterrizando sin hacer ruido alguno. Dio un toque en el hombro a Leonid, tapándole la boca con la mano cuando se despertó sobresaltado. Poniendo un dedo sobre sus labios, Danny retiró la mano de la boca de Leonid y señaló hacia la puerta abierta de la celda.

***

En el extremo más alejado del módulo, el alcaide de la prisión, Alek Lebedev, desbloqueó la puerta enrejada antes de darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás. Segundos después, Sarkis Kiselyov y dos hombres caminaron con cautela hasta la reja y la abrieron despacio. Sosteniendo fundas de almohada cargadas con pesadas pastillas de jabón, se deslizaron silenciosamente hacia el área común, pasando

junto a las celdas cerradas en la tenue luz, deteniéndose justo antes de llegar a la celda abierta de Danny y Leonid.

—¿Dónde diablos está Sasha? Se supone que debería estar vigilando —susurró Sarkis, mirando alrededor—. Da igual. Venid, lo hacemos ahora.

Los tres hombres envolvieron la parte superior de las fundas de almohada alrededor de sus nudillos, acortando la distancia hasta las duras pastillas de jabón en el otro extremo, facilitando su uso como porras. Se movieron silenciosamente hacia la puerta de la celda y miraron hacia la litera superior. Una sonrisa malévola cruzó el rostro de Sarkis al ver a Danny moviéndose bajo las mantas en la penumbra amarillenta. Siguiendo su ejemplo, entraron tan rápido como pudieron y descargaron las fundas de almohada contra la carne blanda, golpeando brutalmente el cuerpo con las pastillas de jabón como si fueran martillos. El cuerpo en la cama se sacudió y rodó, escapándosele un grito ahogado desde debajo de las mantas.

Sarkis levantó la mano para que los otros se detuvieran, y luego retiró las mantas de un tirón. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Sasha retorciéndose de dolor en la litera, con los brazos atados a la espalda con las mangas de su camiseta y la boca amordazada con un par de calcetines. Antes de que pudieran darse la vuelta, Danny y Leonid entraron volando por la puerta de la celda. Con la velocidad de su movimiento hacia adelante amplificando la potencia de su puñetazo, Danny golpeó a Sarkis en el lado de la cabeza con un impacto devastador. Sarkis voló contra la pared del fondo y se deslizó hasta caer sobre el inodoro de acero inoxidable, inconsciente. Detrás de él, Leonid dio un puñetazo en los riñones a uno de los hombres, agarrando al otro por el cuello mientras el primero caía, asfixiándolo hasta derribarlo.

El hombre golpeado se recuperó rápidamente. Se levantó de un salto y balanceó salvajemente su funda de almohada cargada hasta golpear a Danny en la nuca. Volviéndose lentamente, el rostro de Danny se contorsionó en una mueca acerada, sus ojos oscuros invisibles en la penumbra. El hombre se marchitó instantáneamente ante la amenaza que tenía delante, soltando la funda de almohada y levantando las palmas frente a él en un intento de apaciguarlo. Sin

suerte. Estallando desde las sombras en una rabia incontrolable, Danny destrozó al hombre con una fulminante combinación de puñetazos, continuando martilleándolo con golpes mientras yacía en el suelo semiconsciente.

—Eh, Danny, para —dijo Leonid, elevando la voz tanto como se atrevía—. Para, no lo mates, joder, nos meterán a los dos en aislamiento por asesinato.

Cuando Danny no se detuvo, Leonid lo agarró por el cuello y lo apartó. Todavía enfurecido, Danny giró con los puños levantados, listo para golpear. Su rostro se suavizó en el último momento cuando lo reconoció. Bajó los puños mientras observaban a los hombres inconscientes y retorciéndose a su alrededor. Para entonces, el ruido había despertado a otros presos del módulo y los gritos y golpes en las puertas de las celdas iban en aumento.

—Tenemos que movernos. Los guardias estarán aquí en cualquier momento —dijo Leonid, agarrando al hombre inconsciente por las piernas.

***

Corriendo hacia la reja antes que los guardias, Alek Lebedev fingió desbloquearla antes de abrirla para los seis guardias penitenciarios que se acercaban detrás de él. Todas las luces del módulo se encendieron cuando lo alcanzaron.

—Seguidme —dijo Alek, corriendo hacia la celda de Danny y Leonid.

Se detuvo en seco, confundido al ver a Sarkis y a uno de sus hombres inconscientes encima de la mesa de ping-pong en el área común. Los otros dos hombres de Sarkis se retorcían de dolor en el suelo junto a ellos. Alek miró hacia la puerta cerrada de la celda de Danny y Leonid. Titubeó durante unos segundos, sin saber qué hacer. Recomponiéndose, se acercó a la puerta de la celda, introdujo sus llaves y fingió desbloquearla mientras obstaculizaba la vista a los guardias que estaban detrás de él. Sacando su porra, Alek se colocó a un lado, listo para entrar mientras uno de los guardias abría la

puerta. Se detuvo anticlimáticamente al ver a Danny y Leonid acostados en sus literas. Asomaron las cabezas y miraron con pasividad a Alek mientras se incorporaban con cara de recién despertados. Haciendo un pésimo trabajo ocultando su ira, Alek salió de la celda, cerrando de golpe y bloqueando la puerta tras él. Desde dentro, Danny y Leonid podían oírle gritando a los guardias que llevaran a los prisioneros a la enfermería y despertaran al médico. Después de unos minutos, el ruido fuera de su celda se apagó y la dura luz fluorescente protegida por una jaula metálica en el techo se apagó, dejándolos nuevamente en la oscuridad.

—Oye, inglés, ¿cuál es ese plan tuyo para sacarnos de aquí?

# VEINTICUATRO

St John's Wood en Londres, James Bullman respondía a los últimos correos electrónicos urgentes antes de dar por terminada la noche. Su teléfono sonó justo cuando enviaba la última respuesta.

—James Bullman —ladró.

—Disculpe la molestia, señor Ministro, soy Nigel, de seguridad.

—Sí, Nigel.

—Hemos realizado una inspección en su despacho, señor, y me temo que hemos encontrado tres dispositivos. ¿Desea que contacte con Scotland Yard?

—No, está bien. Forma parte de una iniciativa de seguridad. Buen trabajo, Nigel, lo has hecho muy bien. Eh, deja los dispositivos donde están, yo mismo los desactivaré por la mañana —dijo James, mintiendo con la soltura propia de un político experimentado.

—Muy bien, señor, gracias —dijo Nigel, rebosante de orgullo por el inusual cumplido.

—Sí, sí, buenas noches, Nigel —dijo James, impaciente por quitarse al hombre de encima.

—Buenas noches, señor —contestó Nigel, colgando por fin.

Esto lo cambia todo. ¿Qué le dije a Terence? ¿Qué dije exactamente?

James se concentró en rememorar la conversación desde el momento en que sonó el teléfono de la oficina hasta la charla en su

móvil privado.

Nada que pueda comprometerse. No mencioné nombres ni lugares. No, estoy a salvo, pero los planes de mañana requieren un cambio.

Sacó la pequeña agenda negra del bolsillo de su chaqueta, la abrió y cogió su móvil privado. Cuando comenzaba a hacer una llamada, se detuvo a mitad de marcar y se quedó mirándolo pensativo. Agarrándolo con las dos manos lo golpeó contra el borde del escritorio, partiéndolo en dos. Después de tirarlo a la papelera, abrió el cajón del escritorio y sacó un teléfono de prepago nuevo, aún en su embalaje de plástico, junto a su pistola Smith & Wesson M&P 9. Lo abrió y marcó un número de la agenda.

—Diga —respondió la voz al otro lado.

—Soy yo. Los planes han cambiado. Tengo nuevos objetivos —dijo James, mientras una sonrisa se extendía por su rostro ante su propia brillantez.

—Te escucho —llegó la respuesta tranquila y monótona.

# VEINTICINCO

—Buenos días, caballeros —dijo Howard, que ya estaba en la mesa del desayuno tomando su café mientras leía el periódico ruso Kommersant, con un pastelito a medio comer frente a él.

—¿Algo interesante, jefe? —dijo Tom, tomando asiento.

—Mmm, los residentes cercanos a una instalación gubernamental en las afueras de la ciudad se quejan de dolores de cabeza y náuseas después de algún tipo de emergencia en el recinto. Varios muertos y más heridos fueron llevados al hospital con múltiples hemorragias y fallos orgánicos. Los rumores sobre una prueba fallida de un arma de pulso han sido rotundamente desmentidos. Muy intrigante, sin duda. En fin, ¿qué tal os fue ayer a vosotros dos? —dijo Howard, doblando cuidadosamente su periódico y dejándolo sobre la mesa.

—Bueno, encontramos el coche en el que Danny se marchó —dijo Tom, mirando hacia la cúpula de vidrieras que cubría el techo del amplio, ornamentado y centenario comedor.

—Un trabajo excelente, caballeros. ¿Algún rastro de nuestro amigo desaparecido?

—No te emociones demasiado, jefe. Estaba empotrado en la fachada de un bloque de pisos cuando entramos en la urbanización. Ni rastro de Danny, y bastante sangre seca en el salpicadero —dijo

John, mirando con el ceño fruncido el bufé del desayuno y los platos de porcelana.

—¿Algo más? —dijo Howard, sonriendo al ver a los dos observando la selección de opciones de desayuno ruso disponibles.

—Eh, sí. Fuimos a ver al chaval que grabó el vídeo. Resulta que habla un inglés excelente y le encanta Reino Unido, tenía pósteres de los Beatles en la pared y todo. En fin, le dijimos que éramos periodistas haciendo un reportaje sobre las redes sociales y los jóvenes rusos. El chaval se emocionó cuando le preguntamos por el vídeo y empezó a enseñarnos un montón de contenido en redes sociales suyo y de sus colegas sobre la brutalidad de la mafia, asesinatos y negocios incendiados. Nos contó que ha habido una gran guerra territorial entre la familia Turgenev y la familia Volkov. Por lo visto, los Volkov salieron victoriosos. En cuanto a la policía, dijo: «Policía no buena, la mafia es dueña de la policía».

—Bueno, al menos eso confirma nuestros temores. Nuestro único problema ahora es si sigue vivo y dónde está —dijo Howard, haciendo un gesto a una camarera para que trajera más café.

—¿Puede ayudarnos el Howard ruso con eso? —dijo Tom, haciendo una pausa para pedir café para él y para John además del pedido de Howard.

—Sí, Tomás, eso espero —dijo Howard, con un leve gesto de diversión en su rostro por el uso de «Howard ruso».

—Bien. Ahora, me muero de hambre, indícame dónde está el desayuno inglés completo —respondió Tom.

—Me temo que hay pasteles, tortitas, caviar y salmón, o una selección de carnes frías —dijo Howard, señalando con un gesto el bufé.

—Joder, no es que esto sea precisamente unas vacaciones, ¿verdad? —dijo Tom, dirigiéndose hacia las tortitas.

—¿Qué quieres que hagamos hoy, jefe? —preguntó John, señalando los pasteles mientras Tom le llenaba un plato.

—Nada. Esperaremos a tener noticias de mi contacto. Tú y Tom id a hacer algo de turismo, la Plaza Roja está a un corto paseo de aquí.

—¿Y qué vas a hacer tú, jefe?

—El equipo de Londres tiene una pista sobre el grupo de policías armados que capturaron a Daniel fuera de Scott's. Parece que los responsables van a intentar silenciarlos en alguna redada amañada que saldrá mal. Así que cuando el Reino Unido despierte dentro de una hora más o menos, estaré en videoconferencia con el cuartel general durante el tiempo que haga falta —dijo Howard, comprobando en su reloj la hora británica.

—Aquí tienes —dijo Tom, dejando en la mesa un plato cargado de tortitas y pasteles, para disgusto de los refinados comensales sentados en la mesa de enfrente, que comían pequeñas porciones de caviar y salmón.

—Ah, y chicos, intentad no meteros en líos mientras estáis por ahí fuera —dijo Howard con tono seco.

# VEINTISÉIS

El resto de la noche había transcurrido tranquila después del fallido ataque de Sarkis y los V. Los guardias separaron los bloques de la prisión durante el desayuno, duplicando el personal por si surgían problemas entre los grupos. Danny buscó con la mirada pero no pudo ver a Sarkis ni a ninguno de sus hombres.

—Leonid dice que tienes un plan...

—Un plan descabellado —interrumpió Leonid.

—Un plan descabellado para salir de aquí —dijo Valerik en voz baja.

—Aquí no, hablaremos luego en el patio —dijo Danny, echando una mirada cautelosa a los ojos inquietos y cabezas que se giraban en la mesa de al lado.

Valerik se dio la vuelta y les lanzó una mirada fulminante de advertencia, haciéndoles volver a sus platos con la cabeza agachada.

—Que les jodan, no son nada —gruñó.

—Aquí no, primo, escucha a Danny, hablamos después —dijo Leonid, agarrándole del brazo.

—Vale, vale, hablamos después —dijo Valerik, volviendo a su gachas de aspecto grisáceo.

El resto del desayuno transcurrió en silencio. Se levantaron y se separaron hacia sus respectivos bloques donde esperaron hasta que finalmente sonó la sirena y los guardias los condujeron al patio de

ejercicios. Danny tomó nota mental de todas las puertas y portones que llevaban al patio, tratando de reconstruir un plano de la prisión en su cabeza a partir de sus movimientos entre el bloque, el comedor y el patio. También observó en qué dirección se marchaban los guardias cuando terminaban su turno, contando los minutos hasta que eran reemplazados por el siguiente turno.

El patio estaba situado justo en el centro de la prisión, rodeado por tres lados por los muros de los bloques C, D y E. Un muro de cinco metros coronado con grandes espirales de alambre de cuchillas abarcaba el cuarto lado. Cuatro aros toscos de baloncesto sin red estaban colocados a distancias iguales en ambos extremos del patio asfaltado. Los miembros de las bandas jugaban alrededor de su propio aro, mientras que los demás de su grupo se sentaban en los bancos detrás de ellos, lanzando miradas de odio a una banda rival en posición de espejo al otro lado.

Danny divisó inmediatamente a Sarkis y los V en el lado opuesto, sentados en unas escaleras de hormigón de tres niveles, con Sarkis en el nivel superior. Sasha y los dos tipos que habían atacado su celda estaban sentados junto a él, mientras que otros nueve V ocupaban los dos escalones inferiores, completando la pirámide de poder. Los cuatro hombres del nivel superior fijaron su mirada en Danny y Leonid, observándolos con rostros magullados y golpeados. Sarkis los miraba con un ojo lleno de odio; el otro estaba negro-púrpura e hinchado. Para sorpresa de Leonid, Danny les dedicó una amplia sonrisa y un guiño antes de darse la vuelta.

—Estás loco de remate. Sarkis parece a punto de estallar —dijo Leonid, siguiendo las miradas de los V por encima del hombro de Danny.

Continuó observando unos segundos más, solo para asegurarse de que Sarkis no se acercaba para atacarles. Cuando vio que se quedaban quietos, Leonid se dio la vuelta y se sentó en un conjunto idéntico de escalones de hormigón en su lado del patio. Un minuto después, Valerik y Filip entraron en el patio y se acercaron para sentarse a ambos lados de ellos.

—Bueno, ¿cuál es ese plan? —dijo Valerik, inclinándose con voz baja.

—Él —dijo Danny, mirando directamente hacia Alek Lebedev mientras patrullaba en el lado opuesto del patio. Se detuvo junto a Sarkis y le dijo algo antes de dirigirle una mirada de reojo a Danny y continuar su ronda.

—¿Qué quieres decir con él? —preguntó Valerik, confundido.

—¿A qué distancia está el hospital más cercano de la prisión? —dijo Danny.

—Eh, no lo sé. El hospital general está a un kilómetro y medio aproximadamente, ¿por qué?

—Si un guardia y un preso resultaran gravemente heridos, ¿qué pasaría? —preguntó Danny, siguiendo con la mirada a Alek Lebedev mientras charlaba con otro guardia en el rincón más alejado del patio.

—Llamarían a una ambulancia y te llevarían a la enfermería para esperarla. Luego irías al hospital —dijo Valerik, mientras Leonid negaba con la cabeza.

—Lo cual, estando a kilómetro y medio, significaría que llegaría en menos de cinco minutos, ¿verdad?

—Verdad.

—Y se llevarían al preso directamente de aquí al hospital —dijo Danny, girándose para mirar a Valerik.

—Ah, ya sé lo que estás pensando. No funcionaría. Estarías esposado a la camilla y mandarían un guardia contigo.

—Sí, pero no esposarían al guardia herido, ¿verdad? —dijo Danny, esbozando una sonrisa.

—No lo entiendo. ¿Cómo va a ayudarte esto? —dijo Valerik, frunciendo el ceño.

—Tú le cortas el pelo a Leonid, le pones el uniforme del guardia y le cubres la cara de sangre como si estuviera malherido. Nadie lo cuestionaría, tiene la misma altura que el guardia, el mismo color de pelo, la misma constitución. En cuanto estemos en la ambulancia, Leonid se encarga del otro guardia, me quita las esposas y nos largamos de allí —dijo Danny, cuya confianza hacía que el plan de fuga pareciera convincente.

—¿Lo ves, Valerik? Te lo dije, es un plan descabellado. Harían que el médico te examinara antes de llamar a la ambulancia, y

habría al menos cuatro guardias más cuando se active la alarma —dijo Leonid, aún negando con la cabeza.

—Mmm, tiene razón. Una vez que suene la alarma, alguno de los otros guardias seguro que se da cuenta de que Leonid no es el guardia —dijo Valerik, frunciendo el ceño.

—Vale, vale, olvidemos eso entonces. ¿Qué entra y sale de esta prisión? —dijo Danny, su mente ya repasando posibilidades.

—Eh, suministros de comida, pero los registran al entrar y salir. Los guardias, obviamente, y un camión de la basura viene todos los martes para los contenedores —dijo Valerik, estrujándose el cerebro para pensar en opciones.

—Un camión de basura, ¿y si pudiéramos meternos ahí? No pueden registrarlo —dijo Danny, poniéndose serio de nuevo.

—Qué va, Valerik y yo trabajamos en las cocinas. Lo hemos visto entrar y salir. Vuelcan los contenedores y luego pulsan el botón para la compactadora hidráulica mientras los guardias observan. Acabarías aplastado —dijo Leonid, descartando la idea.

—Pero podríamos detener la compactadora con algo, un soporte o una barra de hierro —dijo Danny, dándole vueltas a la idea en su mente.

—Sí, podría funcionar. El camión saldría directamente de aquí. Pero seguirías atrapado en la parte trasera del camión de basura. Podrías ser aplastado por la siguiente carga, o asfixiarte —dijo Valerik, negando con la cabeza.

—Mmm, necesitaríamos a alguien en el camión de la basura para que eso funcionara. Vale, ¿alguna otra idea? —dijo Danny ante las caras inexpresivas.

# VEINTISIETE

Una de las nueve pantallas cobró vida cuando el portátil de Howard se conectó al enlace encriptado de su base en Londres.

—Buenos días, jefe —dijo William, tecleando en su propia estación de trabajo mientras hablaba a través del auricular.

—Buenos días, William. ¿Cuál es la situación? —preguntó Howard, deseando ponerse al día lo antes posible.

—Vale, déjame ver —dijo William, tecleando rápidamente en su teclado—. Compartiendo pantalla ahora mismo. Esta es una solicitud de cambio de turno de anoche. Reúne a cinco miembros de una unidad de respuesta armada. Cuatro de ellos no estaban trabajando la mañana del secuestro de Danny y están en nuestra lista para averiguar su paradero en ese momento.

—¿Quién solicitó el cambio de turno? —dijo Howard, sabiendo ya la respuesta.

—El Superintendente Jefe Terence Crawford, señor —respondió William.

—Mmm, ¿y qué hay del quinto miembro?

—Ahí es donde se pone interesante. No encontramos armas registradas de salida durante el secuestro de Danny, y empezábamos a pensar que los secuestradores no eran policías en absoluto. Eso fue hasta que comprobé el paradero del quinto hombre el día en cuestión. Estaba sustituyendo al encargado de la armería que estaba

de baja por enfermedad ese día —dijo William, quitando la pantalla compartida para mostrar de nuevo el rostro de Howard.

—Qué conveniente. ¿Dónde están los equipos?

—Tenemos un equipo listo para detener a los hombres cuando salgan de New Scotland Yard una vez que se haya realizado la llamada. Brian está en una furgoneta técnica, preparado para asegurar el lugar de la matanza. Estamos pensando en algún tipo de trampa explosiva con un artefacto improvisado para eliminar a los cinco hombres, posiblemente un francotirador para acabar con los supervivientes —dijo William, recibiendo un gesto de aprobación de Brian en una transmisión de cámara en una de las otras pantallas.

—Excelente, ¿y qué hay de nuestro estimado Ministro de Defensa, el señor Bullman?

—Martin está en la otra furgoneta técnica con un equipo de seguimiento vigilando a James Bullman. Nada interesante que informar por ahora.

—Vale, tendremos que sacar los micrófonos de su oficina cuanto antes; cuando su pequeño plan para eliminar al equipo de respuesta armada salga mal, estará en guardia y hará registrar la oficina —dijo Howard, pensando en voz alta más que dando la orden.

—Ya está hecho, jefe. Lionel entrará con el equipo de limpieza de madrugada para retirarlos.

—Qué previsor por tu parte, William. Bien hecho. Hablaremos cuando regrese. Creo que podría ser oportuna una revisión de tu nivel salarial —dijo Howard con una sonrisa.

—Sí, jefe, gracias. Oh, espera, la llamada está entrando ahora. Unidad armada para atender, disparos reportados en una antigua fábrica de zapatos en Lewisham. Equipo Alfa, adelante, adelante, interceptad ahora a la respuesta armada. Brian, te he enviado la dirección. La misión está en marcha.

—Afirmativo, estamos en camino, tiempo estimado de llegada 15 minutos —llegó la voz de Brian por encima del rugido de la furgoneta técnica.

—Te estoy conectando ahora a las cámaras en directo, jefe —dijo William, entusiasmado por la emoción operativa.

Observaron cómo varias cámaras de vehículos y cámaras corporales mostraban una rápida conducción por las abarrotadas calles de Londres, y hombres armados con armadura táctica negra rebotando mientras los vehículos giraban bruscamente.

—El equipo de respuesta armada ha sido detenido. Los chicos los están escoltando al edificio del SIS para interrogarlos —llegó una voz desde el ordenador de William.

—Gracias, Simon. Edward Jenkins os está esperando.

Los siguientes cinco minutos pasaron volando en un tenso silencio. Los vehículos alcanzaron su destino y frenaron bruscamente frente a la vieja fábrica abandonada, con los vehículos delantero y trasero girando de lado a través de la carretera para bloquear el paso a cualquier transeúnte.

Observaron cómo el equipo se colocaba a ambos lados de la puerta de entrada, dejando pasar a otros dos con un pesado ariete. Hicieron falta un par de golpes antes de que la madera alrededor del marco de la puerta se partiera en dos y la puerta se abriera hacia dentro violentamente. Manteniéndose atrás, los otros miembros del equipo entraron rápidamente en el edificio, con sus subfusiles Heckler & Koch MP5 alzados y listos mientras se movían por el interior en formación cerrada, entrando en las habitaciones con cuidado mientras buscaban cables trampa o placas de presión, cualquier cosa que pudiera indicar un detonador de IED. Después de diez minutos no encontraron nada y comenzaron a salir de nuevo.

—El lugar está limpio —llegó la voz de Brian desde la furgoneta técnica.

—Vale, terminad —dijo William, encogiéndose de hombros hacia Howard a través de la cámara.

—No me gusta esto, William, no me gusta ni un pelo. Alguien nos está tomando por tontos —dijo Howard, con el ceño fruncido mientras miraba más allá de William en la transmisión de la cámara. Dos figuras habían entrado en la habitación justo fuera del enfoque de la webcam. El rostro de Howard se descompuso, sus ojos se abrieron de par en par mientras se acercaban y sus imágenes se hacían más claras—. Corre, William, sal de ahí ahora, corre.

Antes de que tuviera oportunidad de moverse, la figura central levantó su Glock con silenciador en su mano enguantada y disparó dos veces, una en la parte posterior de la cabeza de William, la otra en el centro de su espalda. La bala salió por el pecho de William, rociando la webcam con sangre, dejando a Howard mirando una imagen teñida de rojo de los hombres con pasamontañas.

—Permitidme aseguraros, caballeros, que no hay lugar en esta Tierra donde no os encuentre a vosotros y a vuestro jefe —dijo Howard, con voz tranquila pero mortalmente seria.

Desde su habitación de hotel en El Metropol en Moscú, la última visión de Howard de la sala de control fue una pistola apuntando y un destello cuando la webcam fue destruida de un disparo.

—Jesús, ¿has oído a ese tipo? —dijo uno de los invasores enmascarados.

—Cierra el pico y borra todos los discos duros y servidores de respaldo. El jefe quiere que se eliminen los archivos de audio de sus conversaciones —dijo el pistolero, empujando el cuerpo desplomado de William fuera de su silla hacia el suelo. Ocupó el lugar de William y comenzó a teclear furiosamente en el teclado.

—Date prisa, tenemos que salir de aquí en cinco minutos —dijo, colocando una pequeña caja de plástico sobre el escritorio a su lado.

# VEINTIOCHO

Terence Crawford estrechó manos y sonrió educadamente mientras se marchaba de la reunión. Bajando las escaleras, sus entrañas daban volteretas. Comprobó nerviosamente su teléfono en busca de mensajes mientras se dirigía hacia su coche aparcado.

¿Por qué no me han avisado de que hay agentes caídos? Ya debería haber ocurrido. Maldito seas, James, por involucrarme en tu tormenta de mierda.

Pulsó el botón de desbloqueo en la llave del coche mientras se acercaba. Los intermitentes parpadearon con un doble pitido mientras las puertas se desbloqueaban. Deslizándose en el asiento del conductor, Terence se abrochó el cinturón y metió la llave en el contacto. Estaba a punto de girarla cuando una risa baja le hizo sobresaltarse. Se dio la vuelta mientras la risa se convertía en una carcajada maniática. Un hombre de Oriente Medio con barba y pelo largo le devolvió la mirada desde el asiento trasero con pupilas dilatadas y perdidas. Los ojos de Terence se abrieron de par en par al reconocer el chaleco suicida que llevaba puesto el joven. Sus bolsillos estaban llenos de explosivos conectados en cadena con cables de bolsillo a bolsillo. Mientras la risa se convertía en murmullos incoherentes, los ojos de Terence se dirigieron rápidamente a las manos del hombre, buscando en pánico el habitual detonador presionado. Sorprendido y confundido al no ver

ninguno, Terence alcanzó la manilla de la puerta presa del pánico. El sonido de un móvil en el chaleco del hombre, seguido por una luz cegadora, le impidió salir. Terence nunca escuchó la explosión que hizo añicos las ventanas del edificio de oficinas adyacente. El hombre, Terence y el coche quedaron destruidos en una enorme bola de fuego. Cincuenta metros más abajo, un hombre colgó su móvil, giró el contacto de su BMW y se alejó suavemente, dejando atrás las alarmas de los coches y los transeúntes que gritaban.

***

Al otro lado de Londres, James Bullman había salido a dar un paseo a media mañana. Pasó por la Abadía de Westminster en dirección al río y aminoró el paso cuando pasó por las Casas del Parlamento, fingiendo mirar el Big Ben cubierto de andamios. Sabía que le seguían; lo había sabido desde que salió de su casa esa mañana. Retomando su paseo, cruzó la calle y entró en el Caffè Nero para tomar un café. Pidió un café con leche y esperó pacientemente mientras la máquina de café burbujeaba y echaba vapor ruidosamente. Llevándolo a la mesita con la papelera, el azúcar y los removedores, James se situó junto a otro cliente mientras abría los sobrecitos de azúcar y los vertía en su bebida. El cliente que estaba a su lado puso la tapa a su café y se giró acercándose a James.

—Misión cumplida —dijo en voz baja antes de salir por la puerta. La boca de James se curvó en una sonrisa mientras colocaba la tapa en su café y salía de la tienda. Notando a su seguidor por el rabillo del ojo, se dirigió al malecón y dio un tranquilo paseo por el Támesis antes de regresar a su oficina.

# VEINTINUEVE

En las afueras de Moscú, el Mercedes 4x4 condujo en silencio hasta el distrito de Perovo. Unos niños en bicicleta lo siguieron con la mirada mientras pasaba, intentando ver a los ocupantes a través de los cristales tintados. Bajaron del bordillo y pedalearon alejándose de un coche sin ruedas apoyado sobre bloques de cemento. Pedaleando tan rápido como pudieron, atravesaron el descuidado y oxidado parque infantil en medio del complejo, usando el atajo para alcanzar el coche mientras recorría la urbanización. Se detuvo frente a un bloque de apartamentos de diez plantas y se quedó allí, con el motor en marcha y dos estelas de vapor flotando desde los tubos de escape. Los niños aceleraron hacia él, derrapando con sus bicicletas hasta detenerse en la acera de enfrente. Miraron con rostros duros mientras el motor se detenía y la puerta se abría. El coche se balanceó cuando el formidable Pasha salió, lanzándoles una mirada de advertencia.

—Eh, señor, bonito coche. Denos 2000 rublos y nos aseguraremos de que no le pase nada —gritó el chico mayor, mientras los otros hacían todo lo posible por parecer amenazadores.

—Largaos, mocosos —gruñó Pasha, apartando su chaqueta a un lado para mostrar el Desert Eagle del calibre 50 que llevaba en su funda de hombro.

—Pasha, espera —dijo Annika, saliendo con elegancia de la parte trasera del coche con un traje pantalón azul marino. Miró a los

chicos con fríos ojos azul hielo—. Tú, chico, ¿cómo te llamas?

—¿Quién quiere saberlo? —dijo el chico mayor, con la barbilla levantada mientras sostenía su mirada con desafiante seguridad.

Los chicos más jóvenes de la pandilla retrocedieron, divididos entre su lealtad al mayor y el miedo que les hacía querer salir corriendo.

—Annika Volkov, eso es quién —respondió ella, cruzando la calle hacia él, con los tacones de sus Christian Louboutin repiqueteando en el asfalto.

La confianza del chico flaqueó. Ella podía ver el miedo arrastrándose detrás de su mirada desafiante.

—Vamos, chico, dime tu nombre o haré que Pasha te lo saque a golpes —dijo, sin ningún atisbo de emoción en su voz.

—Lo siento, soy Adrian, señorita Volkov —dijo él, con voz un poco temblorosa.

—¿Cuántos años tienes, Adrian?

—Catorce, señorita —dijo mientras ella se colocaba a pocos centímetros, envolviendo al chico con su caro perfume.

Ella abrió su bolso y sacó un grueso fajo de billetes. Separó un par de billetes de 5000 rublos y los lanzó hacia Adrian entre sus dedos.

—Cuida del coche, Adrian —dijo, con el más leve atisbo de sonrisa cruzando su rostro antes de girarse y entrar con paso decidido en el bloque de apartamentos. Pasha miró fijamente a los chicos antes de escupir en el suelo y darse la vuelta lentamente para seguir a Annika dentro. Ella caminó por el pasillo, su cuerpo moviéndose con toda la gracia de una modelo de pasarela. Girando sobre sus tacones frente al apartamento 23, se hizo a un lado y se quedó inmóvil para que Pasha golpeara la puerta con su pesado puño.

—Vale, vale, ya voy, no me arranques la puerta de los goz... —La expresión de Alek Lebedev se descompuso al abrir la puerta y encontrar el espacio ocupado por un Pasha de aspecto enfurecido—. Eh, Pasha, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo Alek, retrocediendo hacia el diminuto apartamento para evitar a Pasha mientras este avanzaba directamente hacia él.

Al entrar en el salón, Pasha se movió hacia un lado. La menuda figura de Annika apareció a la vista, su amenazadora presencia la hacía parecer tres metros más alta.

—Señor Lebedev, ¿no dejé claras mis instrucciones respecto al destino del señor Pearson? —dijo ella, taladrándolo con sus ojos azul hielo.

—Sí, sí lo hiciste, pero Pearson está resultando más difícil de manejar de lo previsto. Yo...

Pasha avanzó sacando la gran pistola Desert Eagle de su funda. Presionó el cañón contra la frente de Alek.

—No te pago por problemas. Te pago para que hagas de la vida de las personas que pongo en tu prisión un infierno, y ahora mismo, esa persona es el señor Pearson. Si no puedes hacer esta pequeña cosa que te pido, no me sirves para nada —dijo Annika, su rostro sin emoción, sus fríos ojos sin perdón.

—Lo-lo-lo haré —tartamudeó Alek, con los ojos desorbitados y la mente presa del pánico.

—Dispárale, Pasha.

—No, no, no, sufrirá, lo prometo, por favor no —chilló Alek, con los ojos llorosos fijos en el dedo de Pasha tensándose sobre el gatillo.

La pistola hizo un fuerte clic cuando el martillo golpeó una recámara vacía. A Alek se le aflojaron las piernas. Perdió el control de su vejiga mientras caía al suelo, extendiéndose una mancha oscura alrededor de su entrepierna.

—Haga sufrir al señor Pearson, señor Lebedev, o la próxima vez habrá una bala en la recámara —dijo Annika, girando sobre sus talones y dirigiéndose a la salida del apartamento.

Pasha miró a Alek con asco. Solo para reforzar las palabras de Annika, tiró de la corredera hacia atrás y cargó una bala antes de girarse deliberadamente despacio y seguir a Annika fuera del apartamento. Cuando salieron del edificio, Adrian y su pandilla de chicos estaban alrededor del coche, vigilándolo con orgullo.

—¿Te gustaría ganar más dinero del que puedas soñar, Adrian? —le dijo Annika mientras Pasha le abría la puerta trasera del coche.

—Sí, señorita Volkov, haré lo que sea —respondió Adrian sin pensárselo dos veces.

—Bien. Tú y tus chicos trabajáis para mí ahora. Uno de mis hombres estará aquí mañana por la mañana. Te dará un teléfono. Cuando llamemos, contestas. A cualquier hora, de día o de noche, contestas, ¿vale? Tú y tus chicos entregaréis paquetes y haréis recados para mí. Si lo hacéis bien, recibiréis dinero. Si me decepcionas, responderás ante Pasha —dijo Annika, manteniendo su intensa mirada para reforzar sus palabras.

—Sí, señorita Volkov, gracias. Mañana estaremos aquí, gracias.

Annika hizo un pequeño gesto de asentimiento y se deslizó en la parte trasera del coche. Pasha cerró la puerta y gruñó a los chicos: —Ahora largaos —les espetó.

No necesitaron que se lo dijeran dos veces. Girando sus bicicletas, pedalearon alejándose a través del deteriorado parque infantil.

Pasha sonrió para sí mismo cuando se hubieron marchado. Rodeó el coche y se sentó en el asiento del conductor.

—¿Adónde vamos? —preguntó por encima del hombro.

—Al Café Pushkin, he quedado con un viejo amigo para comer.

Accionando el encendido, Pasha puso en marcha el potente coche con suavidad.

# TREINTA

Howard salió del ascensor y atravesó el vestíbulo del hotel. Su rostro estaba serio mientras caminaba.

—Lem —dijo Howard al pasar junto al hombre sentado en el sofá de recepción, con la cabeza oculta tras un periódico.

Bajando el periódico, Lem frunció el ceño ante el sombrío saludo de Howard. Se levantó y siguió a Howard hasta la zona de asientos al fondo del bar.

—Un whisky grande con hielo —pidió Howard a la misma camarera joven y guapa.

—Vodka con hielo —dijo Lem, esperando a que ella se alejara antes de dirigirse a él—. Veo problemas en tu cara, amigo mío.

—Sí, me temo que debo regresar a Londres esta misma noche —respondió Howard, esbozando una sonrisa cuando la camarera regresó con las bebidas.

—Debe ser algo bastante serio para alejarte de aquí —comentó Lem, con el hábito propio de los servicios de inteligencia de pescar respuestas.

—Lo es, y está relacionado con Annika Volkov y el secuestro de Daniel. Simplemente no sé cómo todavía.

Hubo una pausa de incómodo silencio hasta que finalmente Lem habló.

—Mmm, serio, sin duda. Tengo noticias sobre tu hombre.

—¿Sigue vivo? —preguntó Howard, mirando a Lem directamente a los ojos, con rostro inexpresivo pero voz sombría.

—Creo que sí. Mis contactos me dicen que la policía afirma que tu hombre, detenido en el distrito de Kapotnya, es Dank Kaslov, un asesino convicto que lleva seis meses fugado. Lo han llevado a la Prisión de Lefortovo —explicó Lem, dando un gran trago a su vodka.

—¿Puedes sacarlo?

—Es complicado. Alguien se ha tomado muchas molestias para meterlo allí. Han cambiado toda la identificación de Kaslov, huellas dactilares, grupo sanguíneo y registros dentales para que coincidan con los de tu hombre. Si me involucro, surgirán preguntas. Si saliera a la luz que hace cinco años hice un trato contigo para que este hombre matara a los Volkov, bueno, digamos que tu amigo no será el único en acabar en la Prisión de Lefortovo.

—Lo siento, Lem, ya te he causado suficientes molestias —dijo Howard, hundiéndose aún más su ánimo.

—Vamos, vamos, amigo mío, no he dicho que no vaya a ayudarte. Solo he dicho que es complicado —dijo Lem, con una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Continúa —dijo Howard, de repente interesado.

—Tengo un contacto que puede ayudarte a hacer llegar un mensaje a tu hombre.

—¿Y por qué querría ayudarnos? —preguntó Howard.

—Porque los Volkov mataron a muchos miembros de su familia y metieron a su hijo en la Prisión de Lefortovo. Podrías dejar aquí a tu pequeño séquito mientras regresas a Londres, y yo organizaré un encuentro.

—Sí, podría hacerlo —dijo Howard, sin sorprenderse de que Lem hubiera comprobado si estaba allí solo.

—Excelente, ahora anímate, amigo mío, tomemos otra copa —dijo Lem, levantando la mano y chasqueando los dedos para llamar a la camarera.

—¿Y cómo se llama este contacto?

—Kristof Turgenev, es de la mafia rusa, pero te ayudará. Annika Volkov le disparó en su coche y luego le prendió fuego, dejándolo

por muerto —explicó Lem, apurando el resto de su vodka mientras la camarera traía su pedido.

—Gracias —dijo Howard en perfecto ruso a la camarera.

—De nada, señor —respondió ella con una agradable sonrisa.

—¿Y el encuentro?

—Ten a tus hombres en la entrada en una hora. Haré que los recojan y los lleven hasta él —dijo Lem, brindando con Howard—. Nostrovia.

—Nostrovia —respondió Howard, devolviendo el brindis.

# TREINTA Y UNO

Sentados en el área común fuera de su celda, Danny, Leonid y Valerik vieron a Filip acercándose apresuradamente hacia ellos. Se sentó a su lado y miró nerviosamente a su alrededor buscando guardias antes de hablar rápidamente en ruso.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Danny.

—En inglés, Filip, en inglés —dijo Valerik, asintiendo con la cabeza hacia Danny.

—Eh, perdón. Lo conseguí, conseguí el mapa.

—Shhh —dijo Leonid, mientras los cuatro hombres recorrían con la mirada el largo pasillo de tres plantas que servía también como área común.

Había un guardia en el extremo superior y otro encima de ellos en la pasarela del tercer piso que recorría el exterior de las celdas. Esperaron pacientemente hasta que se alejó, sus ojos deseando que siguiera avanzando. Cuando lo hizo, volvieron a centrar su atención en Filip.

—Enséñanoslo —dijo Valerik.

Filip sacó un fajo de papel doblado. Desdobló uno y se lo pasó. Danny miró para ver parte de un mapa detallado de la prisión dibujado a mano, con habitaciones, verjas y puertas cerradas, todo marcado a lápiz.

—¿Dónde lo has conseguido? —dijo Danny.

—Hay un viejo en el Ala D, lleva aquí años. Conoce el lugar al dedillo. Está en cuatro trozos de papel porque es todo lo que tenía, pero es bueno —dijo Filip, sonriendo.

—Lo has hecho bien, Filip —dijo Leonid.

—El director viene —dijo Danny, observando a Alek Lebedev que se dirigía directamente hacia ellos.

—Coge el mapa y vete —le dijo Leonid a Filip.

Metiendo el mapa en el bolsillo de su pantalón, Filip se escabulló dando la espalda al director que se acercaba.

—Vosotros tres, servicio de lavandería —gritó Lebedev, golpeando su porra sobre la superficie metálica de la mesa atornillada al suelo para enfatizar.

Cuando ninguno de los tres hombres se inmutó siquiera, el rostro de Lebedev se sonrojó con una mezcla de ira y frustración.

—Vamos, servicio de lavandería —le dijo Valerik a Danny en inglés, mientras él y Leonid se levantaban lentamente, mirando a Lebedev con desprecio.

Siguieron a Lebedev hasta la puerta enrejada en la parte superior del bloque de celdas y esperaron mientras la desbloqueaba, la abría y les hacía pasar, cerrándola de golpe tras ellos.

Mientras pasaban por varias puertas cerradas más, Leonid no pudo evitar caminar muy cerca detrás de Lebedev, evaluando su estatura y complexión. Satisfecho con la comparación, giró la cabeza y le guiñó un ojo a Danny.

Llegaron a una puerta con un guardia fuera. Le dio a Lebedev una mirada y un asentimiento que a Danny no le gustó, todo nervioso, con los ojos yendo de Lebedev a ellos. Desbloqueó la puerta y la abrió para que siguieran a Lebedev al interior. La habitación era grande, con una fila de secadoras industriales zumbando a un lado y una fila de grandes lavadoras a lo largo de la otra pared. Cinco reclusos se movían por el centro, trabajando en planchas de vapor antes de doblar y cargar uniformes de prisión, sábanas y mantas en jaulas de acero con ruedas en la parte inferior. Danny reconoció a tres de ellos como miembros de V. Por los gruñidos y la tensión corporal de Leonid y Valerik, ellos también los habían notado.

Lebedev apuntó con su porra a cada uno de ellos, señalando una plancha de vapor y un montón de ropa esperando para cada uno. Se acercó a un guardia en el extremo de la sala y habló en voz baja en su oído antes de salir de la lavandería. Los pelos de la nuca de Danny se erizaron al ver la misma mirada nerviosa que había visto en el guardia cuando entraron. Con sus sentidos en alerta, Danny comenzó la tarea repetitiva de planchar sábanas y cargar las jaulas.

Trabajaron durante veinte minutos, la tensión nunca abandonó la habitación mientras el guardia y otros reclusos continuaban lanzando miradas fugaces en su dirección. Mirando hacia un lado cuando una ráfaga de aire caliente le golpeó, Danny vio a dos reclusos que no reconocía abrir la puerta de la gran secadora a su lado. El guardia se acercó a ellos mientras sacaban la pesada ropa a un carro de lavandería. Les dijo algo al oído y luego abandonó la lavandería mientras ellos le seguían. Esto dejó a los tres miembros de la banda de Volkov merodeando alrededor de un carro de ropa, con su lenguaje corporal tenso.

—Estate preparado, algo está pasando —dijo Danny, inclinándose hacia Leonid que estaba en la plancha de vapor frente a él.

Leonid repitió el mensaje a Valerik mientras Danny se volvía hacia la puerta de entrada. Sus temores se confirmaron: la puerta había quedado abierta y el guardia había desaparecido.

—Cabrones.

Danny se volvió hacia el origen del gruñido de Valerik. Tres V habían sacado barras de metal y un cuchillo de cocina de debajo de las mantas en su carro de lavandería. Instintivamente, Danny giró la cabeza hacia la puerta, justo a tiempo para ver a Sarkis Kiselyov y dos de sus hombres entrando en la lavandería, con barras de metal en las manos y un cuchillo de pescado en la de Sarkis. Sin pensarlo dos veces, Danny agarró una manta y la enrolló alrededor de su antebrazo para crear una protección gruesa y acolchada. Zambulléndose de nuevo en el carro de lavandería, Danny sacó una sábana y la retorció hasta convertirla en una cuerda. Envolviendo los extremos alrededor de cada muñeca, la tensó con fuerza. Detrás de Danny, Valerik y Leonid agarraron una jaula de lino y cargaron contra los hombres al fondo de la habitación, con los dientes

apretados y la furia de quienes habían crecido en los barrios controlados por las bandas de Moscú escrita en sus rostros.

Dejándolos a lo suyo, Danny se apartó del estrépito y traqueteo cuando Valerik golpeó a dos de los hombres con la jaula, centrando su atención en Sarkis y sus dos hombres mientras se desplegaban para atacarle desde todos los flancos. Vacilaron durante un segundo, desconcertados al ver a Danny completamente inmóvil, con las rodillas ligeramente flexionadas, los brazos extendidos frente a él y los nudillos blancos mientras agarraba la cuerda improvisada.

Con el rostro duro como el granito, los ojos oscuros y penetrantes de Danny se fijaron en Sarkis en el centro, mientras su cerebro mantenía controlados a los dos hombres en su visión periférica que se acercaban desde ambos lados. El tipo de la izquierda fue el primero en lanzarse, cargando contra Danny con la pesada barra de hierro levantada sobre su cabeza. Pivotando, Danny alzó su antebrazo con la manta enrollada. Cuando la barra de hierro golpeó desde arriba, la pierna de Danny ya estaba en movimiento, pateando al tipo en los testículos con tal fuerza que sus pies abandonaron el suelo. Percibiendo al tipo de la derecha, Danny giró, echando la cabeza hacia atrás y separando las muñecas mientras el hombre descargaba la barra metálica hacia donde había estado su cabeza una fracción de segundo antes. Con toda su fuerza ya comprometida en el golpe, el brazo del tipo bajó sobre la cuerda improvisada entre las manos de Danny. Girando la cuerda, Danny atrapó una muñeca antes de girar alrededor de la otra. Con los brazos del tipo inmovilizados en la cuerda, Danny tiró de él hacia delante, propinándole un cabezazo en el puente de la nariz cuando se acercó. Al soltarlo, el hombre aturdido se sentó en el borde de una secadora gigante, agarrándose a la puerta abierta para mantener el equilibrio.

Captando un destello de acero por el rabillo del ojo, Danny retrocedió justo a tiempo para ver el cuchillo de pescado pasar frente a sus ojos. Saltando hacia atrás, Danny dio una patada, empujando al tipo aturdido por el cabezazo a través de la abertura y dentro de la secadora. Cerrando la puerta de golpe, Danny pulsó el botón de ENCENDIDO mientras se oían gritos ahogados y golpes

tumultuosos. Sarkis gritó e insultó a su otro hombre mientras este sacudía la cabeza y se acercaba cojeando hacia la salida, respirando pesadamente mientras se sujetaba la entrepierna.

Sarkis se agachó y recogió la barra de hierro caída con su mano libre. Desenrollando la sábana de sus muñecas, Danny la arrojó al suelo y recogió la barra de hierro del hombre en la secadora. Mientras Danny y Sarkis se rodeaban mutuamente alrededor de la prensa de vapor, echó un vistazo al extremo de la habitación. Uno de los hombres de Sarkis intentaba arrastrarse hacia la salida, mientras Valerik molía a golpes a su compañero. El tercer tipo huía de Leonid, recogiendo a su compañero que se arrastraba por el camino. Aprovechando la mirada de Danny, Sarkis le lanzó una puñalada a través de la prensa de vapor. El afilado cuchillo de pescado rasgó su camiseta, hundiendo la punta en la carne blanda del costado de Danny. Antes de que la hoja penetrara más profundamente, Danny golpeó el dorso de la mano de Sarkis con la barra metálica, rompiéndole los huesos y haciendo que soltara el cuchillo.

Rápido como un rayo, Danny se estiró hacia delante y agarró el pelo de Sarkis, empujando su cabeza contra la superficie plana antes de bajar de golpe la tapa de la prensa de vapor sobre su cara. Manteniéndolo allí con todo el peso de su cuerpo, Sarkis dejó escapar un grito agónico mientras el vapor ardiente le ampollaba la piel. Finalmente, Danny soltó la prensa, dejando que Sarkis cayera hacia atrás. Se agarró la cara ampollada y despellejada con manos temblorosas antes de ponerse en pie y salir tambaleándose por la puerta.

—Déjale ir, Valerik. Su muerte sería difícil de explicar. Dile que se lleve a su amigo —dijo Danny, abriendo la secadora para dejar salir al tipo.

Cayó al suelo jadeando por aire, con las manos ampolladas de intentar protegerse del tambor caliente de la secadora. Intentó ponerse en pie y fracasó, vomitando en el suelo, con la mente aún confusa por dar vueltas y más vueltas. Cojeando, el tipo al que Valerik había estado golpeando le ayudó a levantarse y se arrastró hacia la salida, observando a Danny con cautela con el ojo que no tenía completamente hinchado.

—Eh, estás sangrando —dijo Leonid, con gesto preocupado.

—Está bien, solo es una herida superficial. Parece peor de lo que es —dijo Danny, quitándose la camisa.

Cogió la sábana y se la enrolló alrededor de la cintura, después agarró una camisa nueva de prisión de una jaula metálica y se la puso por encima.

—Menuda panda de cobardes, ¿eh? —dijo Valerik, volviendo a su habitual sonrisa.

—Rápido, tenemos que limpiar este sitio —dijo Danny.

Unos minutos después, Alek Lebedev entró precipitadamente con otros tres guardias, porras en alto, esperando ver a Danny y los demás retorciéndose de dolor en el suelo. Se detuvo en seco al ver a los tres hombres planchando y doblando sábanas tranquilamente antes de cargar las jaulas. Un destello de miedo cruzó su rostro que palidecía antes de que la ira ocupara su lugar. Solo estuvo allí durante un segundo, pero Danny lo captó.

Está jodido porque la ha cagado otra vez.

—Vosotros tres, de vuelta a vuestras celdas —gritó en ruso.

Danny se mantuvo desafiante, fulminando con la mirada a Lebedev mientras este se acercaba y ponía su cara a escasos centímetros de la de Danny.

—De vuelta a celda, hombre muerto —dijo en un inglés defectuoso.

# TREINTA Y DOS

—Menuda mierda es esto. Danny está en una prisión de máxima seguridad, el jefe se ha largado a Londres porque un capullo ha entrado en el cuartel general y ha matado a William, y aquí estamos los dos como un par de imbéciles esperando a que nos recoja la mafia moscovita —se quejó John mientras él y Tom esperaban frente al Hotel Metropol a su contacto.

—Es lo que firmamos, Jonny —murmuró Tom.

—Yo no, colega. Pensaba que todo sería coches rápidos y mujeres fáciles —respondió John, consiguiendo soltar una risilla.

—Hemos tenido los coches rápidos.

—Sí, pero normalmente hay algún tipo colgando de la ventanilla disparándonos. Espera, atento —dijo John, señalando con la cabeza hacia un Range Rover con los cristales tintados que se detenía frente al hotel.

—¿Por qué estos tíos siempre llevan un Range Rover? —comentó Tom mientras la ventanilla delantera bajaba.

—Eh, chicos de James Bond, subid atrás, ¿da? Os llevamos con Kristof —dijo el conductor en un inglés rudimentario, con unas gafas de sol oscuras ligeramente torcidas sobre su nariz plana y rota, y un diente de oro que brillaba bajo la luz del sol mientras sonreía ampliamente.

—Allá vamos —murmuró Tom.

Intercambiaron una mirada, luego abrieron la puerta trasera del coche y subieron. En cuanto la puerta se cerró, se vieron lanzados hacia atrás en sus asientos cuando el coche aceleró. Una copia exacta del conductor, sin la nariz rota, se giró en el asiento del copiloto para mirarlos, con una gran Magnum en la mano.

—Bienvenidos a Moscú, agentes secretos. Soy Pyotr. El jefe está deseando conoceros a vosotros y a ese hombre que mató a los Volkov —dijo Pyotr, sonriendo y agitando la pistola en su mano como si hubiera olvidado que la llevaba.

Tom simplemente asintió en señal de reconocimiento a Pyotr mientras intentaba seguir la ruta que tomaban. Salieron de una calle lateral para pasar junto a la colorida Catedral de San Basilio cerca de la Plaza Roja, con sus brillantes cúpulas de colores como caramelo resplandeciendo bajo el sol. De allí cruzaron el río Moskva antes de zigzaguear por callejuelas y finalmente detenerse frente a un bar sin ningún rasgo distintivo. Pyotr salió primero, sin esforzarse en ocultar su arma. Abrió la puerta trasera y les hizo señas a Tom y John para que lo siguieran al interior. Los guio a través del bar y hacia la parte trasera sin que el personal ni los clientes pestañearan.

—Es seguro. Familia. Todos somos familia aquí —dijo Pyotr cuando notó que Tom miraba a su alrededor.

Continuaron por una estrecha escalera hasta un rellano. Pyotr se detuvo frente a una puerta y llamó.

—Adelante —respondió alguien en ruso.

Cuando se abrió la puerta, Tom pudo ver a un anciano de pelo plateado con una cicatriz de quemadura en un lado de la cara que terminaba en medio de su corte de pelo militar, justo por encima de su oreja ausente. Su rostro estaba arrugado y duro como la piedra, pero sus ojos azul oscuro ardían con juventud mientras se levantaba de su asiento.

—Venid, sentaos, sentaos, sois bienvenidos. Pyotr, ve a buscar bebida y comida, da —dijo, despidiendo a Pyotr con un gesto mientras volvía a sentarse—. Soy Kristof Turgenev. Debo disculparme por el entorno modesto. Cuando vuestro amigo mató a los Volkov hace cinco años, nosotros tomamos el control y dirigimos la ciudad. Eso fue hasta que Annika Volkov alcanzó la mayoría de

edad. Hizo un trato con las otras familias y nos expulsó, matando a muchos de los nuestros y pagando a sus contactos en la policía y el departamento de justicia para que metieran a mi hijo Valerik y a mi sobrino Leonid en la prisión de Lefortovo, condenados a sufrir eternamente a manos de sus hombres. Creen que estoy muerto, por eso nos reunimos aquí, en un lugar seguro —dijo Kristof señalando su cara marcada.

—¿Y Danny está definitivamente en la prisión de Lefortovo? —preguntó Tom.

—Lem dice que sí, lo tienen como un asesino buscado, Dank Kaslov.

—¿Y puedes hacerle llegar un mensaje?

—Da. He... persuadido a un guardia para que le lleve un teléfono a Valerik. Él encontrará a vuestro hombre —dijo Kristof con una sonrisa. Se giró y dio unas palmaditas a un perro tumbado a su lado —. No te preocupes, chico, pronto volverás con tu dueño.

La puerta se abrió y Pyotr entró con una bandeja de vasos y hielo y una botella de vodka. Dos mujeres le seguían con pelmeni y un cuenco de crema agria, y pirozhki rellenos de carne y queso.

—Siéntate, Pyotr —dijo Kristof, llenando los vasos con una generosa cantidad de vodka—. Bebed. Por los nuevos amigos —dijo alzando su vaso—. Nostrovia.

—Nostrovia —respondieron todos.

—Ahora comed, comed —dijo Kristof, dando una palmada en el hombro a Tom.

Una hora y una cantidad considerable de vodka después, Pyotr los llevó de vuelta al coche y los condujo al Hotel Metropol.

—Os llamaremos en cuanto tengamos noticias, ¿vale? —dijo Pyotr mientras se bajaban.

—Gracias, Pyotr —dijo Tom.

—De nada. Adiós, señor Bond —dijo Pyotr con una gran sonrisa.

El coche arrancó a toda velocidad, dejando a Tom y a John de pie en el mismo lugar en el que habían estado un par de horas antes, solo que esta vez se sentían un poco peor.

—Joder, ¿qué acaba de pasar? Me da vueltas la cabeza —dijo John.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tom, caminando hacia el hotel mientras el portero les abría la puerta de entrada.

—¿Te apetece otra copa? —sonrió John.

—Eh, vale.

# TREINTA Y TRES

Al salir del control de pasaportes en la terminal 2 de Heathrow, el rápido repiqueteo de las ruedas de su maleta sobre el suelo del edificio reflejaba las ansias de Howard por cruzar las puertas de salida. Miró a su izquierda y vio a su chófer, Frank, de pie junto a su Audi Q7 en la zona de recogida. Dos policías se alejaban de él, frustrados por haber sido invalidados cuando intentaron hacerle circular, tras mostrarles Frank su identificación de seguridad nacional.

—¿Buen vuelo, señor? —dijo Frank, abriendo la puerta trasera para Howard.

—Desgraciadamente, no encuentro nada bueno en todo lo ocurrido estos últimos días. Al cuartel general, Frank, tan rápido como puedas, por favor —respondió Howard, desprovisto de su habitual talante jovial.

—Por supuesto, señor —contestó Frank, cerrando la puerta antes de rodear el vehículo hacia el lado del conductor.

Tardaron una hora en llegar al cuartel general mientras la tarde daba paso al lento arrastre de la hora punta en la capital. Finalmente Frank aparcó junto al discreto edificio.

—Vete a casa, Frank, voy a estar aquí un buen rato.

—Muy bien, señor —respondió Frank. Esperó hasta que su jefe miró hacia la cámara y le dejaron entrar antes de incorporarse al denso tráfico.

Todas las miradas se dirigieron a Howard cuando entró en la oficina, rostros afligidos por la pérdida de un miembro del equipo y una visible incomodidad por no saber qué decir. Por encima de la emoción, el siempre profesional Edward Jenkins se acercó y le tendió la mano a modo de saludo.

—Lamento lo de su hombre.

—Gracias, Edward, y gracias por intervenir con su equipo forense —dijo Howard, mirando el puesto de trabajo de William, limpio y estéril con su ordenador y silla reemplazados y las baldosas manchadas de sangre cambiadas, sin ningún rastro del hombre que había perdido la vida.

—No hay problema, aunque no tenemos mucho con lo que trabajar. Ni huellas, bala estándar de 9 mm y salieron del edificio a pie, presumiblemente atravesando hasta la calle Cannock donde no hay cobertura de cámaras de seguridad. Aunque dejaron esto —dijo Edward, cogiendo la pequeña caja de plástico y entregándosela a Howard.

Howard abrió la tapa, su rostro crispándose en una inusual muestra de ira al ver los tres micrófonos ocultos de la oficina de Bullman. Solo duró unos segundos antes de que Howard volviera a su habitual control sereno.

—Martin, sé tan amable de organizar café para todos, lo de siempre para Edward y para mí —dijo con una sonrisa.

—Sí, jefe —dijo Martin, recorriendo la sala para tomar nota de los pedidos de todos.

—Explícame lo que sabemos —dijo Howard, volviéndose hacia Edward.

—Sabemos que nuestro Ministro de Defensa está detrás del secuestro de Daniel, aunque todavía no entiendo cuál es su conexión con Annika Volkov. No puede ser dinero; Bullman heredó millones del patrimonio familiar cuando sus padres fallecieron, y su salario supera las 150.000 libras al año.

—Mmm, seguiré investigando. Volvamos a Victor y Yuri Volkov. Quizás haya alguna conexión por ahí. ¿Qué hay de Terence Crawford y su pequeño grupo de hombres?

—Los restos del dispositivo que hizo explotar el coche del Jefe sugieren un chaleco llevado por el segundo hombre, identificado como Malik Osman, un joven palestino con creencias extremistas y toda una serie de problemas mentales documentados.

—Qué oportuno. No me lo trago ni por un segundo. Los atentados suicidas se producen en eventos o reuniones, en lugares donde va a ocurrir un acontecimiento planificado o conocido. No en la parte trasera del coche de un solo hombre aparcado en una ubicación no planificada. ¿Qué hay del equipo de respuesta armada? —dijo Howard, todavía haciendo girar la pequeña caja de micrófonos entre sus manos.

—Saben cómo funciona, a los diez minutos ya estaban suplicando por llegar a un acuerdo. Crawford seleccionó personalmente a cada uno de ellos antes de ser Jefe. Su excepcional índice de resultados siempre se le atribuía a él, lo que ayudó a impulsar su carrera hasta la cima. Resulta que algunos de sus arrestos y redadas antidroga están vinculados a pagos e información de traficantes rivales que querían eliminar la competencia. Crawford los envió a por Daniel y les dijo que lo entregaran a dos rusos en la furgoneta antidisturbios robada. Encontramos la furgoneta esta mañana, ha sido compactada en un cubo en un desguace de Slough —dijo Edward, cogiendo uno de los cafés que Martin traía al regresar.

—Gracias, Martin —dijo Howard, tomando el otro—. ¿Alguna novedad con el otro teléfono de Bullman?

—Eh, sí y no. Conseguimos un número y una lista de llamadas del proveedor de servicios. Pero es listo, nunca envía mensajes y tiene el buzón de voz desactivado, así que no pudimos obtener nada de eso. El teléfono dejó de funcionar el día que instalaste el micrófono en su oficina, no se ha encendido desde entonces.

—Gracias, Edward. Sé que esto no es realmente tu cometido, pero agradezco tu ayuda y la del MI6 —dijo Howard, haciendo una pausa para dar un trago al café antes de caminar al frente de la sala para dirigirse a su equipo—. Bien, atención todos, estamos entristecidos por la pérdida de nuestro amigo y colega, William. Lo que ha ocurrido aquí es una atrocidad. Os aseguro que, con vuestra

ayuda, pretendo encontrar a los perpetradores y hacerles rendir cuentas por su asesinato. Pongámonos a trabajar.

El silencio contenido se transformó en un zumbido de actividad mientras la gente volvía a sus ordenadores y hablaba por teléfono.

—Brian —dijo Howard, acercándose a su escritorio.

—Sí, jefe.

—Retrocede cinco o seis años y consígueme todo lo que tengamos sobre Victor y Yuri Volkov, y cualquier vínculo que puedas encontrar entre ellos y James Bullman.

—Me pongo a ello, jefe.

—Martin.

—Sí, jefe.

—Bullman se ha deshecho del móvil desechable. Ve con Edward y consigue la lista de números que tiene del proveedor de servicios, tanto entrantes como salientes. Compruébalos todos, por favor.

—Vale —dijo Martin, girándose hacia Edward.

—Ah, y haz una triangulación de la oficina y el domicilio de Bullman, todos los proveedores. Comprueba si hay alguna actividad telefónica aparte de su móvil conocido en esas dos ubicaciones. Si tiene un nuevo móvil desechable, quiero saberlo —dijo Howard, con la mente en pleno modo operativo mientras caminaba de un lado a otro.

—Lionel —dijo, dirigiéndose rápidamente a su escritorio.

—Sí.

—Consígueme una lista de todos los activos conocidos utilizados por nosotros y el Ministerio de Defensa, específicamente aquellos encargados por Bullman que están en el Reino Unido y que podrían haber estado en Londres en el momento del asesinato de William.

—Sí, jefe.

—¿Alguna noticia de Daniel? —preguntó Edward, terminando su café y cogiendo su chaqueta del respaldo de una silla.

—Eh, sí. Está dentro de una prisión de Moscú. Annika Volkov tiene mucha influencia en Moscú. Lo tiene bajo la falsa identidad de un asesino ruso.

—Bueno, al menos está vivo —dijo Edward.

—Sí, por el momento. Tengo a Tom y a John todavía allí intentando hacerle llegar un mensaje.

—¿Alguna idea de cómo lo va a sacar?

—Ninguna en absoluto, pero conociendo a Daniel, la respuesta se presentará tarde o temprano.

—Esperemos que así sea. Tengo que volver a la oficina ahora.

—Sí, por supuesto, vete, y gracias de nuevo, Edward —dijo Howard, estrechando la mano de Edward antes de que este se diera la vuelta y saliera.

—Bien, caballeros, vamos a conseguir resultados —dijo, volviéndose hacia su equipo.

# TREINTA Y CUATRO

En el edificio del Ministerio de Defensa en Whitehall, el Ministro de Defensa estaba sentado en su despacho recién barrido y libre de micrófonos ocultos. Se encontraba realizando las tareas rutinarias diarias, revisando contratos gubernamentales, cambios en la política exterior y amenazas al país que habían sido elevadas o rebajadas de nivel, cuando sonó el teléfono.

—James Bullman —dijo con tono áspero.

—Soy Larry Whistle, señor.

—Sí, Larry, ¿qué tienes para mí? —dijo James, suavizando un poco su tono.

—Su hombre ha regresado de Moscú, señor. He subido la transmisión de audio a su portal seguro.

—Gracias, Larry. Recuerda, esto es una situación de categoría uno. Nadie debe saber de esto —dijo James.

—Por supuesto, señor —dijo Larry, asintiendo rápidamente.

—Bien, bien, y Larry, ese ascenso que has estado buscando, si haces un buen trabajo con esto, es tuyo.

—Eh, sí, señor, gracias, señor —dijo Larry emocionado, mientras James ponía los ojos en blanco y colgaba el teléfono.

Abrió su portátil e inició sesión en el portal seguro. Larry ya había desaparecido de su mente mientras enchufaba unos auriculares y reproducía el archivo de audio. Recostándose en su silla, escuchó la

llegada de Howard al cuartel general mientras Edward Jenkins le saludaba.

¿Te atreves a poner micrófonos en mi despacho? Pues bien, ese juego lo pueden jugar dos, Howard.

Se quedó escuchando, frunciendo el ceño cuando Howard declaró que sabía quién estaba detrás del secuestro de Daniel Pearson.

Puede que lo sepas, colega, pero nunca encontrarás las pruebas para difundir esa opinión, ni para relacionarme con Annika Volkov.

Mientras seguía escuchando, sonrió para sí mismo cuando discutían sobre el atentado suicida contra el Superintendente Jefe de Policía Terence Crawford.

Créetelo o no, me da igual, Howard, no tienes nada.

Cuando escuchó la parte sobre la triangulación de señales móviles para encontrar su nuevo teléfono, James lo sacó de su bolsillo, extrajo la tarjeta SIM y la partió, antes de retorcer el barato móvil hasta romperlo en dos. Sacó un sobre acolchado de su escritorio y metió dentro los trozos del teléfono y la SIM; se desharía de ellos de camino a casa. Cuando Howard y Edward pasaron al tema del seguimiento de los agentes que habían irrumpido en el cuartel general y matado a William, su rostro se ensombreció.

Eso sí podría causar un problema. Quizás tenga que ocuparme de ello.

Al terminar la grabación, James cerró sesión en el portal seguro y apagó el portátil. Abriendo su maletín, colocó dentro el portátil y el sobre acolchado antes de abandonar la oficina.

# TREINTA Y CINCO

—Eh, Ramón, ¿cuánto tiempo te queda, tío? —dijo Valerik, tumbado en su litera mirando al fondo del catre de su compañero de celda encima de él.

—Once semanas, tres días y siete horas, no es que esté contando ni nada —dijo Ramón desde arriba.

—Pronto pasará, amigo mío. ¿Qué vas a hacer cuando salgas?

—Alejarme lo más posible de esta ciudad podrida —fue la respuesta tajante de Ramón.

—¿Adónde ir—

Ambos hombres enmudecieron, asomando sus cabezas al oír que la puerta de la celda se desbloqueaba y abría. Uno de los guardias, Taavi Putin, entró. Parecía inusualmente nervioso mientras sus ojos iban de Ramón a Valerik.

—Tú, sal y espera en el pasillo, ahora —dijo, señalando con su porra a Ramón para enfatizar su orden.

Mientras Ramón saltaba abajo, Valerik giró las piernas fuera de la cama y se sentó tenso, esperando la paliza que suponía que vendría. Tan pronto como Ramón salió, Taavi cerró la puerta de la celda de golpe, cortando la mirada apologética de impotencia de Ramón por no poder ayudar a su amigo. Valerik miró a Taavi desafiante mientras se acercaba. Para su sorpresa, en lugar de golpearlo con la porra, metió la mano en su bolsillo, sacó algo envuelto en una bolsa

de plástico y lo arrojó en su regazo. Valerik la abrió para ver un teléfono móvil básico con dos baterías de repuesto.

—Dile a tu padre que he hecho lo que pidió. Dejad en paz a mi mujer, y quiero que me devuelvan mi perro. Ileso, ¿me oyes? —dijo Taavi, con la voz quebrada mientras hablaba y lágrimas acumulándose en sus ojos. Se las secó con la manga, abrió la puerta y salió, ignorando a Ramón al pasar junto a él.

—Joder, pensé que la habías liado, ¿qué coño le pasaba? —dijo Ramón, deteniéndose en seco al ver a Valerik encendiendo el teléfono móvil.

—Oye, Ramón, vigila si vienen guardias.

—Vale —dijo Ramón, asintiendo mientras se apoyaba en el marco de la puerta, escaneando el largo bloque de celdas y sus tres pisos superiores.

Valerik pulsó el botón de llamada junto al número guardado en el teléfono. Pareció tardar un tiempo angustiosamente largo en conectarse y empezar a sonar.

—¿Valerik, eres tú?

—Papá, sí, soy yo —dijo Valerik, dejándose llevar por la emoción a pesar de su imagen de tipo duro.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Esos cabrones no te han hecho daño?

—No, papá, estoy bien, es bueno hablar contigo.

—Lo mismo digo. Tengo algo que necesito que hagas —dijo Kristof.

—Lo que sea, papá, ¿qué necesitas? —dijo Valerik, con los ojos fijos en Ramón por si tenía que cortar y esconder el teléfono rápidamente.

—Necesito que encuentres a alguien ahí dentro, un inglés. Lo tienen como Dank Kaslov. Su verdadero nombre es Daniel Pearson. Este hombre es importante, Valerik. Es el hombre que mató a Yuri y al viejo Sebastian Volkov.

—Lo conozco, papá, está en una celda con Leonid, pero ¿cómo sabes de él?

—Sus amigos de Inglaterra lo están buscando, amigos del gobierno, mierdas de agentes secretos. Su jefe conoce a ese viejo

loco de la KGB, Lem Vassiliev —dijo Kristof, contento de hablar con su hijo de nuevo.

—Oye, papá, tenemos un plan para salir de aquí, pero necesito tu ayuda.

—Lo que sea. Cuéntame, Valerik —dijo Kristof, con voz emocionada ante la perspectiva de sacar a su hijo.

—Necesito que secuestres un camión de basura.

# TREINTA Y SEIS

Sudando nerviosamente mientras conducía hacia el distrito de Perovo en dirección a su bloque de apartamentos, los ojos de Alek Lebedev se desviaban hacia el retrovisor para comprobar si le seguían. Suspiró aliviado al ver la carretera vacía detrás de él y no el Mercedes 4x4 con las ventanillas tintadas de Annika Volkov pegado a su parachoques trasero.

Maldito sea ese imbécil de Sarkis y sus hombres. ¿Por qué no pudieron simplemente encargarse de ese maldito inglés? Annika me echará la culpa de esto.

Un grupo de chicos salió disparado del deteriorado parque frente a él, obligándole a volver su atención a la carretera y haciéndole frenar bruscamente mientras saltaban con sus bicicletas hacia la acera opuesta, las deslizaban hasta detenerse y le miraban amenazadoramente.

Pequeños cabrones, ¿por qué no están en el colegio? A ese con la cazadora cara de cuero y el móvil nuevo ya le he visto antes por aquí. Normalmente va hecho unos zorros. Me pregunto a quién habrá robado para conseguir el dinero.

Se detuvo al final de la calle para tener una buena vista de la entrada a su bloque de apartamentos. Ni rastro del Mercedes o de Pasha esperándole. Comprobando el retrovisor, seguía sin haber coches, solo la imagen del chico con la cazadora. Estaba hablando por teléfono mientras los otros daban vueltas a su alrededor.

Vale, solo voy a coger algo de ropa y dinero y me quedaré en casa de mi hermana un tiempo.

Conduciendo hasta la entrada, Alek se bajó. Echó un último vistazo alrededor mientras cerraba el coche. Los chicos habían vuelto a cruzar la calle con sus bicicletas y daban vueltas en el parque de enfrente. El chico de la cazadora de cuero se había bajado de la bicicleta y permanecía de pie mirando hacia Alek, con el teléfono pegado a la oreja. Ligeramente inquieto, Alek entró y se dirigió a su apartamento. Sus dedos temblaban mientras hacía sonar las llaves en la cerradura y abría la puerta. Una vez dentro, no se entretuvo. Sacando una bolsa grande de debajo de la cama, Alek fue de cajón en cajón seleccionando la ropa que necesitaría para un par de semanas en casa de su hermana. Cerrando la cremallera de la bolsa, miró por la ventana, comprobando cada extremo de la calle en busca de señales del coche de Annika. Aliviado al ver que no había peligro, cogió la bolsa y se dirigió a la puerta. Al abrirla, retrocedió sobresaltado al encontrar al chico de la cazadora de cuero bloqueándole el paso.

—Lárgate, chaval, tengo prisa —dijo Alek, pasando junto a Adrian mientras se apresuraba hacia la salida.

—¡Eh, Alek! —gritó el chico, deteniéndole cuando se acercaba a la salida. Sorprendido al oír su nombre, Alek se volvió para mirar al chico—. La señorita Volkov dice que le has fallado por última vez —dijo Adrian, mirando a Alek a través de la mira de una pistola Glock 17.

—¿Qué? Oye, chaval, no, espera, puedo explicarlo. Por favor, no dispares —balbuceó Alek, con los ojos como platos y el corazón latiendo desbocado en su pecho.

Adrian apretó el gatillo, abriendo un agujero en medio del pecho de Alek y derribándolo. Quedó tendido boca arriba, con la sangre extendiéndose por su uniforme de guardián mientras miraba fijamente la luz amarilla del techo hasta que se desvaneció en la oscuridad.

Adrian deslizó la pistola de vuelta en su cazadora y sacó del bolsillo el teléfono que Annika le había dado. Hizo una foto del cuerpo de Alek y la envió. Mientras salía del apartamento y

regresaba con su pandilla al parque, el móvil vibró con una respuesta.

LO HAS HECHO BIEN, Adrian.

Ahora eres un verdadero miembro de la Mafia Volkov.

# TREINTA Y SIETE

Tom se despertó primero. Se incorporó en la cama y permaneció allí un rato, intentando disipar la niebla del alcohol de su cabeza. Compartía habitación doble con John, que roncaba sonoramente en la cama individual junto a la suya. Su móvil vibró sobre la mesita de noche, bailando con cada zumbido.

—¿Diga?

—Eh, James Bond, espabila. Hemos contactado con tu hombre —dijo la animada voz de Kristof.

—Genial, ¿está bien?

—Da, está bien. Escucha, estoy enviando a Pyotr a recogeros. Tenemos un plan para sacar a tu amigo y a mi hijo y sobrino. Hablamos cuando lleguéis —dijo Kristof, colgando antes de que Tom pudiera responder.

Tom bajó el teléfono, tomándose un segundo para que las palabras de Kristof atravesaran la resaca. Cuando lo hicieron, saltó de la cama y lanzó una almohada a la cabeza de John, deteniendo los ronquidos con un despertar brusco y sobresaltado.

—¿Qué coño está pasando? —gruñó John mientras se frotaba los ojos.

—Todo, tío. Kristof acaba de llamar. Han contactado con Danny y están planeando una fuga, va a enviar a Pyotr para recogernos —dijo Tom, dirigiéndose al baño.

—Genial, espero que el cabrón no nos envenene con más de ese maldito vodka —dijo John, dándose palmadas en las mejillas para despejarse.

Veinte minutos después estaban frente al hotel, con una sensación de déjà vu cuando el Range Rover con cristales tintados se detuvo junto a ellos. La ventanilla bajó y el mismo conductor les sonrió, con sus gafas oscuras ligeramente torcidas sobre su nariz plana y rota, y su diente de oro todavía brillando bajo la luz del sol.

—Vamos, tipos duros, entrad, entrad —dijo, haciéndoles señas. Se metieron en la parte trasera del coche que, como el día anterior, arrancó en cuanto la puerta se cerró.

—Eh, chicos, es un buen día, ¿da? Kristof nos está esperando. Necesitaréis esto —dijo Pyotr, pasándoles un par de pasamontañas.

—Oye, Pyotr, ¿qué coño está pasando? —dijo Tom sosteniendo el pasamontañas en alto.

—No es gran cosa, inglés. Vamos a robar un camión de basura, eso es todo. Kristof os explicará todo —dijo Pyotr, encontrando muy divertidas sus miradas desconcertadas.

Condujeron durante unos veinte minutos hasta un polígono industrial a las afueras de la ciudad antes de entrar. Treinta metros más adelante, un BMW X7 parpadeó sus luces dos veces. El conductor devolvió la señal y luego se bajó el pasamontañas sobre la cabeza.

—Vamos, ponéoslos —dijo Pyotr, bajándose el suyo y sacando su Magnum de la chaqueta.

Tom miró a John, se encogió de hombros y se puso el pasamontañas. —Pyotr, ¿qué coño estamos haciendo aquí? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, robamos camión de basura, se necesita para la fuga de mañana. El depósito está allí, el camión vendrá pronto —dijo Pyotr, señalando un conjunto de grandes edificios industriales más allá de un muro alto al final de la calle.

Como si fuera una señal, un camión de basura azul salió de las puertas de entrada. Giró y avanzó lentamente hacia ellos. El conductor hizo un destello al BMW y comenzó a avanzar despacio. Cuando el camión estaba a cincuenta metros, pisó el acelerador y se

lanzó hacia delante antes de frenar de golpe y cruzar el coche en la carretera delante del camión. El BMW hizo lo mismo desde atrás, atrapando el camión entre los dos vehículos.

El conductor y Pyotr salieron corriendo del coche, agitando sus armas y gritando algo en ruso a los aterrorizados basureros. Estos se bajaron de la cabina y se apartaron a un lado de la carretera mientras Pyotr seguía gritándoles. Dos hombres con pasamontañas se apearon de la parte trasera del BMW, corrieron hacia la cabina del camión, se subieron y revolucionaron el motor mientras metían una marcha. Tras una última amenaza con su arma a los basureros, Pyotr y el conductor volvieron al coche y dieron marcha atrás a toda velocidad, girando y metiendo una marcha para regresar por donde habían venido. El camión de basura y el BMW los seguían de cerca.

—Ja, fácil, ¿eh? —dijo Pyotr, satisfecho consigo mismo mientras se quitaba el pasamontañas.

—Sí, enhorabuena, te has hecho con un camión de basura —dijo Tom con sarcasmo mientras se quitaba la máscara.

Continuaron en convoy durante unos kilómetros más antes de girar hacia un gran garaje y aparcar en la entrada, junto al BMW. El camión de basura continuó a través de las altas puertas enrollables, desapareciendo en el interior del garaje.

—Venid, vamos dentro —dijo Pyotr, saliendo del coche.

Le siguieron hasta el interior de la nave para ver a Kristof bajando de la cabina del camión con el pasamontañas aún en la mano. Les sonrió mientras se acercaba y abrazaba a ambos.

—Os estaréis preguntando qué coño está pasando, ¿verdad? Venid a la oficina, os lo contaré —dijo Kristof, haciéndoles un gesto para que entraran en la pequeña cabina en la esquina de la nave.

Siguieron a Kristof al interior. Él tomó asiento detrás del escritorio de la oficina, así que Tom y John se sentaron en una fila de sillas metálicas destinadas a los clientes que esperaban.

—Vuestro hombre es bueno. Está compartiendo celda con mi sobrino, ¿vale? Van a escapar mañana escondiéndose en los cubos de basura de la cocina. Nosotros llegaremos a la hora programada, los volcaremos en la parte trasera del camión de basura y saldremos directamente de la prisión. Mi hijo dice que tiene un mapa de la

cárcel. El camión de basura entra por las puertas principales hacia el patio central. Una vez dentro, los guardias abrirán una segunda puerta para que podamos dar marcha atrás hasta un patio en la parte trasera de las cocinas y los cubos de basura —explicó Kristof, mientras la cicatriz de la quemadura se arrugaba al sonreír entusiasmado.

—¿Cómo van a llegar desde sus celdas hasta los cubos? —preguntó John.

—El guardia que utilizamos para dejar el teléfono desbloqueará las puertas de la cocina.

—Tenéis a su perro, ¿verdad? —dijo Tom, recordando al perro de su última reunión.

—Jaja, no, devolvimos al perro, no paraba de mear por todas partes.

—Entonces, ¿cómo le estáis convenciendo para que lo haga?

—Cuando devolvemos perro, lo cambiamos por la mujer. Ella no mea por todas partes —dijo Kristof, volviendo a sonreír ampliamente.

—Vale, entonces ¿por qué no secuestramos el camión de camino a la prisión? —preguntó Tom, desconcertado.

—Tenemos que, eh, ¿cómo se dice?, cambiar, eh, modificar las placas compactadoras para que no les aplasten cuando vaciemos los cubos en la parte trasera. Caerán en el receptáculo con la basura y se deslizarán por debajo del compactador hasta la zona de almacenamiento vacía en la parte delantera del camión. Detendremos el camión real de camino a la prisión y conduciremos este en su lugar. Es buen plan, ¿da?

—Eh, sí, me parece bien. ¿A qué hora vamos? —dijo Tom, mirando a John, que asintió en señal de aprobación.

—El camión de basura llega a la prisión a las 7:00 de la mañana. Saldremos de aquí a las seis, detendremos el verdadero camión de basura y conduciremos hasta la prisión.

# TREINTA Y OCHO

—Entonces el chico mató a Lebedev —dijo Pasha, siguiendo a Annika por la cocina recién terminada hasta el enorme salón de la reconstruida finca de los Volkov.

—Sí, será un buen soldado raso, leal a mí —respondió ella sin girarse, con la mirada fija en los tres hombres que luchaban por instalar un enorme televisor de cien pulgadas en la pared.

—No pensaba que el pequeño cabrón fuera capaz —replicó Pasha, lanzando una mirada amenazadora a uno de los técnicos por atreverse a mirar en su dirección.

—Quizá sea mejor juez de carácter que tú —dijo Annika, girándose para dedicarle una sonrisa petulante.

—Quizá deberíamos preguntarle a Pearson sobre eso —gruñó Pasha en respuesta.

Annika giró sobre sus talones, sus ojos azul hielo atravesando a Pasha mientras su menudo cuerpo parecía crecer con su ira.

—Por muy leal que hayas sido con mi familia, no te pases de la raya, Pasha.

—Mis disculpas —dijo Pasha con sarcasmo. Aunque en secreto deseaba deshacerse de Annika y tomar el control, ella era una Volkov y, como tal, estaba protegida por algunas de las familias mafiosas más importantes de Rusia. Matar a Annika sería firmar su propia sentencia de muerte.

El destello de ira en el rostro de Annika desapareció tan rápido como había llegado. Giró de nuevo sobre sus talones y centró su atención en los hombres que se apartaban del televisor recién montado, secándose el sudor de la frente.

—Está demasiado bajo. Lo quiero cinco centímetros más arriba. Quitadlo y volved a colocarlo —ordenó, sin dejar lugar a dudas—. Vamos, Pasha —dijo, ignorando por completo a los hombres mientras salía de la habitación.

—¿Adónde vamos?

—Estoy harta del señor Pearson y de esa escoria de los Turgenev. Se acabaron los juegos. Es hora de acabar con ellos como los perros que son. Vamos a la prisión a ver al director. Haremos que los trasladen a otra cárcel.

—¿De qué servirá eso?

—Nunca llegarán a su destino, Pasha. Tú detendrás el transporte y los traerás aquí. Después, voy a verte torturarlos hasta que decida matarlos.

—Traeré el coche —dijo Pasha sonriendo. Por fin podría hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

# TREINTA Y NUEVE

Danny yacía en su litera superior, mirando a la luz de la luna la pintura descascarillada del techo, mientras el reloj interno de su cabeza le decía que eran alrededor de las 4:00 de la madrugada. Unas pocas horas más hasta que el guardia, Taavi, abriera la puerta de la celda y las verjas de la cocina. Valerik le había contado que su padre, Kristof, tenía como rehén a la esposa de Taavi para obligarle a hacer lo que pedían. Danny no era un gran admirador del secuestro y la extorsión, pero resultaba difícil adoptar una postura moral cuando uno está atrapado en una prisión rusa.

—Céñete al plan, un plan simple. Los planes simples funcionan mejor; menos piezas móviles que puedan fallar. Llegar a la cocina. Enterrarte en los contenedores de comida de la parte trasera. A las 7:00 de la mañana, Kristof con Tom y John llegarán en el camión de basura, nos echarán en la parte de atrás y saldrán conduciendo. Simple.

—Eh, Danny, ¿estás despierto? —llegó la voz susurrada de Leonid desde la litera de abajo.

—Sí.

—No puedo dormir. ¿Y si registran el contenedor?

—No lo harán. El contenedor vuelca en el camión de basura y la compactadora aplasta los desechos, eso es lo que debería pasar, eso es lo que pensarán que ha pasado. A menos que tu tío no detenga

al verdadero camión de basura, entonces nos aplastarán hasta morir —dijo Danny, en un susurro.

—Un pensamiento alegre, gracias —dijo Leonid, aún más despierto que hace un minuto.

—Oye, es tu tío, yo nunca he conocido al tipo.

—Kristof es un gran hombre. Si dice que estará aquí, estará aquí.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse, ¿verdad? —dijo Danny.

La celda quedó en silencio mientras ambos hombres yacían perdidos en sus pensamientos.

***

—¡Eh, las seis en punto, vamos, vamos! —gritó Kristof.

Vestidos con monos azules y chalecos de alta visibilidad, Tom y John subieron a los asientos traseros de la cabina. Kristof saltó al asiento del conductor mientras Pyotr se sentaba en el del copiloto.

—Eh, ¿estáis listos, chicos? Vamos a buscar a vuestro amigo, ¿eh? —dijo Pyotr por encima del ruido del gran motor diésel.

—Vale, vamos —dijo Kristof a Tom y John antes de bajar la ventanilla y gritar a los demás en ruso. Se metieron en el Range Rover y el BMW y salieron del garaje delante del camión, arrancando por la carretera antes de desaparecer por la esquina.

—No os preocupéis, detendrán el camión. Los alcanzaremos en unos minutos —gritó Kristof a Tom y John en la parte de atrás.

***

A las seis, Danny oyó el eco de pasos, seguido del ruido metálico de la puerta de la celda al abrirse. Cuando se abrió, apareció el rostro demacrado y desvelado de Taavi Putin. Retrocedió sin mirarles a los ojos para revelar a Valerik de pie detrás de él. En cuanto Danny y Leonid saltaron de sus literas y salieron al área común, Taavi cerró la puerta de su celda y la bloqueó. Caminó delante de ellos,

dirigiéndose nerviosamente hacia la verja al final del bloque. Leonid dio una palmada en la espalda a Valerik mientras los tres hombres se escabullían tras Taavi.

Taavi repitió el proceso, abriendo y cerrando las verjas y puertas mientras Danny y los otros dos avanzaban. Caminando unos pasos por delante mientras Taavi cerraba la verja tras ellos, Danny se quedó helado al oír a lo lejos el sonido de unas llaves tintineando y una verja abriéndose en algún lugar por un pasillo a su izquierda.

—Atrás, atrás, viene alguien —susurró Danny, empujando a Valerik y Leonid fuera de la vista y contra Taavi.

—Taavi, viene alguien —repitió Leonid en ruso.

—Eh, mierda, joder, aquí dentro —dijo Taavi, con los ojos abiertos de pánico y las manos temblorosas mientras repasaba su gran manojo de llaves, tratando desesperadamente de encontrar la que abría la puerta junto a ellos.

—Dile que se dé prisa. Si aparecen por esa esquina, tendré que neutralizarlos antes de que den la alarma —susurró Danny a Leonid, mientras los ecos de pasos acercándose sonaban cada vez más cerca.

Danny ignoró el sonido de Leonid apresurando a Taavi en ruso. Se colocó cerca de la esquina del pasillo y se quedó con los músculos tensos, rodillas flexionadas y puño preparado, concentrándose en los pasos que se aproximaban mientras se tensaba, acumulando toda su energía lista para su única oportunidad de asestar un golpe definitivo.

Ahí vienen, quince metros, doce, diez.

Un toque en su hombro y movimiento detrás de él hicieron que Danny retrocediera silenciosamente y saltara a través de la puerta abierta. Taavi cerró la puerta metálica con una lentitud agónica para que no retumbara con el ruido habitual que estaban acostumbrados a oír cada mañana, mediodía y noche. En su lugar, produjo el más leve de los clics cuando los pasos sonaron fuera, y luego se detuvieron.

Pasaron segundos en silencio. Danny podía oír la sangre corriendo en sus oídos mientras su corazón latía con fuerza. Taavi estaba pálido y parecía a punto de sufrir un infarto. Mientras Danny

se preparaba para precipitarse hacia la puerta si esta se abría, los pasos se alejaron, desvaneciéndose hasta que oyeron el estrépito de una verja siendo abierta más adelante. Suspirando aliviados, volvieron al pasillo y siguieron a Taavi hasta que finalmente entraron en la cocina. Taavi desbloqueó la puerta hacia el patio, levantando la mano para detener a los hombres mientras comprobaba que no hubiera nadie.

—Vale, está despejado, id —dijo, apartándose.

Danny y Leonid fueron primero, Taavi agarrando el brazo de Valerik cuando pasaba.

—Hice lo que pediste, ¿no? Devolverás a mi mujer ilesa —dijo con una mirada suplicante en los ojos.

—Lo has hecho bien, Taavi. Tu mujer estará bien. Tienes mi palabra —dijo Valerik, mirándole a los ojos.

Taavi asintió y lo soltó, cerrando la puerta tras ellos y saliendo de la cocina para volver a sus rondas antes de que sus compañeros de trabajo notaran su ausencia. Ya en el patio, Danny levantó la pesada tapa de los grandes contenedores industriales. El hedor de comida podrida era abrumador.

—Joder, apesta que te cagas —dijo Valerik, cubriéndose la nariz y la boca con el brazo.

—No hay tiempo para pensarlo. Vosotros dos meteos en ese antes de que venga alguien. Enterraos bien y quedaos quietos. Yo cerraré la tapa y me meteré en este —dijo Danny, con los ojos escrutando el patio en busca de guardias.

—Ah, joder —dijo Valerik, saltando por encima del borde, haciendo una mueca al aterrizar entre las bolsas de basura y alguna sustancia indefinible de comida podrida. Leonid saltó al otro lado del contenedor y los dos hombres se hundieron, con arcadas por el olor mientras se cubrían las cabezas.

—Bien, ni un ruido —dijo Danny, bajando la tapa. Se movió hacia el otro contenedor, echó un último vistazo alrededor antes de lanzarse dentro por el lateral. Movió las bolsas y la basura podrida hasta que estaba hundido hasta la cintura en ella, luego bajó la tapa y se enterró en la oscuridad.

Joder, cómo apesta. Si paso demasiado tiempo aquí voy a vomitar.

# CUARENTA

—Eh, Kristof, es como en los viejos tiempos, ¿eh? —dijo Pyotr, emocionado.

—Da, como en los viejos tiempos.

Kristof condujo el camión de la basura con cuidado durante unos veinte minutos, respetando los límites de velocidad, los cruces y los semáforos. Finalmente giró por una tranquila calle lateral donde el otro camión de basura estaba aparcado entre el BMW y el Range Rover. Kristof bajó la ventanilla al ponerse a su lado. Uno de sus hombres le entregó la documentación del camión auténtico y asintió mientras Kristof la cogía y se la pasaba a Pyotr antes de continuar. Al pasar, Tom pudo ver a los hombres de Kristof apuntando con sus armas a las caras de los aterrorizados basureros a través de las puertas abiertas de la cabina.

Las sonrisas y las bromas desaparecieron mientras se dirigían hacia la prisión en un tenso silencio. La cárcel no era difícil de localizar con su alto muro de ladrillos y los imponentes bloques de celdas de tres plantas que se alzaban detrás. Giraron hacia el camino de acceso, atravesando unas puertas metálicas azules abiertas hasta un aparcamiento situado fuera del muro de la prisión. Justo enfrente de ellos había dos enormes puertas rojas de entrada. Al detenerse frente a ellas, Kristof bajó la ventanilla ante los dos guardias que se acercaban. Entregó la documentación del verdadero camión de

basura con una sonrisa despreocupada y se reclinó mientras la comprobaban.

—Vale, abrid —dijo el hombre por la radio antes de devolverle la documentación a Kristof—. Entrad en el patio y bajad del camión.

Las enormes puertas rojas crujieron y chasquearon mientras se abrían lentamente hacia fuera. Kristof hizo un pequeño gesto con la mano al hombre y condujo cuidadosamente a través de la estrecha apertura, estacionando en el espacio que le indicaba un guardia.

—Seguidnos y no digáis nada —dijo Kristof en voz baja por encima del hombro a Tom y John. Apagó el motor, y todos se bajaron del camión y se colocaron a un lado. Los guardias realizaron un registro rutinario sin mucho entusiasmo en busca de armas, drogas o contrabando en la cabina, mientras Tom observaba cómo una furgoneta de transporte penitenciario entraba en el patio y aparcaba en el lado opuesto. El conductor y el acompañante se bajaron y abrieron la parte trasera, listos para que subieran los presos. Se dirigieron hacia una puerta metálica y esperaron a que les abrieran, riendo y bromeando con uno de los guardias antes de desaparecer en el interior. Mirando hacia atrás cuando los guardias salieron del camión, imitaron a Kristof y levantaron los brazos mientras los guardias los cacheaban en busca de armas o drogas.

—Bien, dad la vuelta y retroceded por aquella puerta. Los contenedores están alineados junto a las cocinas —dijo el guardia, dándoles la espalda y hablando por su radio.

Cuando Kristof arrancó el camión, la puerta se abrió delante de ellos. Dio la vuelta al camión y retrocedió con cuidado hacia los contenedores industriales situados en un patio más pequeño junto a las cocinas. Los dos guardias de la prisión siguieron el protocolo, escoltando el camión por ambos lados mientras retrocedía. La tensión y la sensación de estar atrapados crecían por segundos dentro de la cabina mientras se acercaban a los contenedores.

—Vosotros dos quedaos aquí. Pyotr y yo cargaremos los contenedores —dijo Kristof, poniendo el freno de mano. Tom y John asintieron mientras él y Pyotr bajaban de la cabina.

***

AHOGANDO UNA TOS DE ARCADAS, Danny yacía en la pestilencia, escuchando el sonido del camión de la basura que se acercaba. En cualquier momento esperaba que la tapa se abriera de golpe y los brazos de los guardias lo agarraran. En su lugar, sintió cómo el contenedor se movía y rodaba por el patio de hormigón antes de chocar contra los brazos elevadores del camión de la basura. Un segundo después escuchó el ruido de los pistones hidráulicos y sintió cómo el contenedor se elevaba en el aire. Tomando una respiración tan profunda como pudo sin vomitar, Danny se preparó mientras el contenedor se inclinaba boca abajo y caía en la caja trasera del camión de la basura bajo una cascada de basura pútrida.

Recordando lo que Valerik había dicho, Danny se tumbó y rodó hacia la parte delantera del camión, deslizándose bajo el compactador modificado que hacía todos los ruidos correctos sin comprimir la basura y a él mismo en un desastre sangriento. Se sentó en la oscuridad escuchando el sonido del contenedor exterior al caer ruidosamente. Momentos después oyó el sonido del siguiente contenedor chocando contra el elevador hidráulico, seguido del ensordecedor ruido de la basura cayendo en la caja de residuos. Algo blando rodó hacia Danny. Extendió la mano en la oscuridad y agarró la tela de un uniforme de prisión, tirando del cuerpo para sacarlo de la basura hacia él. Cuando Danny lo soltó, un segundo cuerpo rodó hacia él. Se pudo oír un ruido de arcadas en la oscuridad mientras Valerik o Leonid se ahogaban por el hedor.

—Silencio, aguanta —susurró Valerik en la oscuridad.

Se deslizaron hacia atrás hasta sentir sus hombros tocando la pared metálica en la parte delantera del camión de basura. El ruido de la hidráulica al soltar el contenedor vacío se detuvo, dejando solo el sonido del motor diésel en ralentí, mientras la tensión en la parte trasera bloqueaba cualquier pensamiento sobre el hedor en el que estaban sentados. Contuvieron la respiración al oír el traqueteo del contenedor alejándose, seguido del golpe de las puertas de la cabina

al cerrarse y el rugido del gran motor diésel cuando el camión arrancó.

# CUARENTA Y UNO

—Buenos días, traigo los documentos de traslado de tres presos: Valerik Turgenev, Dank Kaslov y Leonid Turgenev —dijo el conductor de la furgoneta de transporte penitenciario mientras entregaba su documentación al guardia en el mostrador de registro.

Hojeó los documentos, comprobando los nombres sin demasiado interés antes de coger la radio. —Eh, Demi, ¿podéis tú y Oleg traer a Valerik y Leonid Turgenev y a Dank Kaslov aquí para el transporte penitenciario?

—Vamos para allá —llegó la entrecortada respuesta de Demi por la radio.

***

—Vamos, vamos —murmuró Kristof entre dientes, mientras sus ojos iban de los guardias apostados a ambos lados de la cabina hasta la verja que se abría con una lentitud exasperante.

Finalmente se abrió por completo. Los dos guardias caminaron delante del camión de basura antes de darse la vuelta y levantar las manos para que Kristof se detuviera.

—Joder, nos han descubierto —dijo Pyotr, mirando a Kristof con cara de pánico.

—Mantén la calma, Pyotr —dijo Kristof, bajando la ventanilla para el guardia que lo miraba desde abajo.

—Solo un momento, no podemos tener las puertas interior y exterior abiertas al mismo tiempo —dijo, girando la cabeza para observar cómo la puerta interior se cerraba y se bloqueaba—. Vale, avanza hasta la línea blanca y espera a que se encienda la luz verde cuando las puertas exteriores estén completamente abiertas.

—De acuerdo, gracias —respondió Kristof con naturalidad. Subió la ventanilla e hizo lo que le habían indicado, deteniendo el camión en la línea blanca. Después de un par de minutos que parecieron horas, las puertas exteriores comenzaron a abrirse lentamente, ofreciendo una visión del aparcamiento de la prisión y de la inminente libertad.

***

—Oye, Oleg, saca a Valerik de la 103. Yo me ocupo de estos dos —dijo Demi, seleccionando la llave de la celda en el manojo encadenado a su cinturón e introduciéndola en la cerradura—. Eh, dormilones, levantaos. Os cambian de prisión —gritó mientras abría la puerta de la celda. Permaneció en el umbral unos segundos, intentando comprender por qué no había nadie en la celda.

—Demi, eh, Demi, Valerik no está. Demi —llegó la voz angustiada de Oleg.

—¡Haz sonar la alarma, bloquea la prisión, YA! —gritó Demi, sacando la radio de su cinturón.

***

La puerta exterior se abrió los últimos centímetros, activando la luz verde frente a ellos. Kristof soltó el freno de mano y movió el camión de basura lentamente hacia delante. Apenas había sobrepasado la línea blanca cuando empezaron a sonar las sirenas. Los guardias en

el patio comenzaron a gritar y la luz frente a ellos se puso roja mientras las puertas exteriores empezaban a cerrarse.

—¡Joder, agarraos! —gritó Kristof, pisando a fondo el acelerador, haciendo que el camión se lanzara hacia delante.

—Mierda, no vamos a conseguirlo —dijo Pyotr, mirando fijamente el espacio cada vez más estrecho entre las puertas.

—Vamos a conseguirlo —gruñó Kristof con los dientes apretados. Tom y John se sujetaron contra los asientos que tenían delante.

En la parte trasera del camión, Danny, Valerik y Leonid cayeron unos encima de otros cuando el vehículo se lanzó hacia delante. Oyeron la sirena sonando fuera, seguida de un fuerte estruendo metálico y un horrible y ensordecedor chirrido metálico a ambos lados del camión mientras se abría paso a través de las puertas que se cerraban y salía al aparcamiento de la prisión. Kristof metió una marcha más y continuó acelerando, alejándose de la prisión por la carretera de acceso.

—Pyotr, llama a los chicos, que vayan al garaje, tenemos que abandonar este camión y largarnos de aquí antes de que la policía monte controles en las carreteras —gritó Kristof, girando el camión hacia la carretera exterior con demasiada brusquedad para la velocidad a la que iban.

El camión se inclinó peligrosamente. Sus neumáticos traseros perdieron tracción, deslizando la parte trasera contra los coches aparcados, raspando y aplastando las puertas, y haciendo añicos las ventanas antes de que los neumáticos recuperaran el agarre y el camión se enderezara.

—¡Me cago en todo! —gritó Leonid mientras daba una voltereta en la oscuridad y se estrellaba contra el lado opuesto del camión. Un segundo después Danny y Valerik se unieron a él con gruñidos y gemidos en la oscuridad.

# CUARENTA Y DOS

Aparcados en la carretera, un poco más abajo de la prisión, Pasha y Karl esperaban en su coche. Tres de sus hombres permanecían sentados en otro vehículo detrás de ellos.

—¿Dónde están? —dijo Karl con impaciencia.

—La furgoneta de transporte no debería tardar —dijo Pasha, comprobando su pistola mientras esperaba.

—¿Y los dos guardias saben lo que tienen que hacer?

—Sí, se les ha pagado bien. Les seguimos, les obligamos a detenerse y nos llevamos a los prisioneros, luego tú les das unos cuantos golpes en la cabeza para que parezca convincente ante la policía —dijo Pasha, introduciendo una bala en la recámara y deslizando la pistola en su funda de hombro.

—¿Qué es eso? —dijo Karl.

Pasha bajó la ventanilla al oír las alarmas de la prisión. «¿Qué coño está pasando?», dijo, mientras el sonido de metal arañando metal y el rugido de un motor diésel ahogaban el aullido de las sirenas.

—No lo sé. Espera. Algo viene —dijo Karl, divisando la parte superior del camión de basura que se movía rápidamente por encima del muro que bordeaba la carretera de acceso.

Ambos miraron sorprendidos cómo el camión de basura salía disparado del camino de acceso a la prisión, deslizándose lateralmente y destrozando una fila de coches aparcados antes de

enderezarse y dirigirse hacia ellos. Al levantar la vista cuando el camión pasó, los ojos de Pasha se cruzaron con los de Kristof Turgenev en el asiento del conductor, ambos con la cara inexpresiva por la inesperada sorpresa de verse.

—¿Qué? Mierda, ese es Kristof Turgenev —dijo Pasha, arrancando el coche.

—Pensaba que lo habías matado. ¿Qué hace en un camión de basura?

—Pues no está recogiendo la puta basura, ¿verdad, idiota? Está vivo y debe haber encontrado una forma de sacar a Valerik y a Leonid, quizás incluso al inglés —dijo Pasha, dando la vuelta con el coche.

—¿Y qué pasa con el transporte de la prisión?

—Escucha las alarmas, hermano, la prisión está en estado de alerta, nadie entra ni sale —dijo Pasha, deteniéndose junto al coche que estaba aparcado detrás de ellos—. Seguidnos. Kristof Turgenev va en ese camión de basura.

Pisando a fondo el potente coche, Pasha salió en persecución de Kristof. El segundo coche dio la vuelta rápidamente y les siguió de cerca. Pasha giró a la izquierda por donde habían visto el camión por última vez, y lo volvió a divisar a medio kilómetro carretera arriba, con una nube de humos diésel saliendo del tubo de escape mientras Kristof forzaba el motor al máximo en cada marcha. Mientras acortaban distancias, el número de Annika Volkov apareció en la pantalla del coche, sonando el timbre con fuerza por los altavoces.

—Sí —contestó Pasha bruscamente.

—El director de la prisión acaba de llamar, los primos Turgenev y Pearson se han escapado en un camión de basura —gritó ella, sin intentar ocultar su ira.

—Lo sé. Kristof Turgenev sigue vivo; está conduciendo el maldito camión de basura. Los estamos persiguiendo ahora.

—¿Qué? Eso no puede ser, yo le vi arder —dijo Annika haciendo una pausa para pensar—. Date prisa, Pasha, la policía está en camino. Esto es demasiado grande para que el comisionado lo oculte. Si los atrapan, tendrán que arrestarlos y devolverlos a la prisión. No quiero que esto suceda. Tienes mi permiso para

matarlos, Pasha. No me importa cómo lo hagas. Solo mátalos y asegúrate de que Kristof Turgenev se quede muerto esta vez —dijo Annika, recuperando algo de compostura.

—Sí, jefa —respondió Pasha, con una sonrisa extendiéndose por su rostro mientras Annika colgaba—. Por fin podemos dejar los malditos juegos y hacer nuestro trabajo.

***

—Que se joda ese bastardo de Pasha. Ahí viene. Aguantad, voy a intentar librarme de él —dijo Kristof a Pyotr en ruso.

—Eh, ¿qué ha dicho? —dijo Tom, inclinándose hacia Pyotr.

—Eh, el mano derecha de Annika Volkov, Pasha, nos está persiguiendo, no es bueno.

Con la mirada fija en el coche de Pasha que les pisaba los talones por el retrovisor, Kristof giró a la derecha y luego frenó bruscamente hasta detenerse. Metiendo el camión en marcha atrás, Kristof pisó el acelerador, ganando velocidad mientras retrocedía hacia el cruce. Un par de segundos después, Pasha apareció a toda velocidad por la esquina, con los ojos abiertos como platos al ver el dentado mecanismo elevador en la parte trasera del camión de basura abalanzándose sobre él. Se oyó un chirrido y una bocanada de humo de los neumáticos bloqueados sobre el asfalto cuando Pasha pisó los frenos.

Sin carretera y sin tiempo, el coche de Pasha golpeó la parte trasera del camión, destrozando su parte delantera mientras los paneles metálicos blandos del coche se arrugaban contra el sólido mecanismo elevador. Pasha y Karl desaparecieron momentáneamente tras los airbags que estallaron, la sorpresa y el impacto sobrecargaron temporalmente sus sentidos mientras el camión pasaba a primera marcha y se alejaba.

En ese mismo instante, el segundo coche apareció volando por la esquina. El conductor vio el coche de Pasha delante de ellos y entró en pánico, tirando del volante y pisando los frenos. Envió el coche derrapando lateralmente contra la parte trasera del coche de Pasha.

—Ábrete, cabrón, joder, ábrete —gritó Pasha, pateando furiosamente la puerta atascada hasta que crujió y se abrió.

Karl intentó abrir su puerta, pero estaba completamente bloqueada. Se dio por vencido después de unas cuantas patadas y se deslizó por el lado de Pasha para salir.

—¡Echad marcha atrás, vamos, MOVEOS, se está escapando! —bramó Pasha al conductor del otro coche.

Después de un par de intentos, consiguieron separar los paneles metálicos destrozados para que Pasha y Karl pudieran entrar y así continuar por la carretera en busca del camión de basura.

—¿Dónde coño se ha metido? —dijo Karl, mirando las calles laterales mientras pasaban.

—Joder, joder, joder, sigue buscando. No puede estar lejos —gritó Pasha frustrado.

# CUARENTA Y TRES

—¿Siguen persiguiéndonos? —preguntó Tom a Kristof.

—No, creo que los hemos despistado.

—Oigo sirenas —dijo John, bajando la ventanilla para escuchar mejor.

—Tranquilo, aún están lejos. Llegaremos al garaje en un minuto —dijo Kristof, comprobando los espejos mientras hablaba.

La tensión aumentaba con el sonido de las sirenas de policía. Cuando giraron hacia el garaje, parecían estar solo a unas pocas calles de distancia. El Mercedes y el BMW estaban aparcados como antes, los hombres de Kristof observando desde dentro mientras él conducía el camión de basura a través de la gran puerta enrollable, bajándola en cuanto entraron. Seleccionando una palanca en la consola para el equipo elevador, Kristof abrió la sección trasera del camión y saltó de la cabina. Los demás hicieron lo mismo y se apresuraron hacia la parte trasera para ver a Danny, Valerik y Leonid caer al suelo, con las caras y las manos cubiertas de suciedad y la ropa manchada de basura maloliente.

—Venga, Tom, John, venid aquí y dadnos un abrazo —dijo Danny, sonriendo a través de la porquería.

—Creo que pasamos, colega, apestas que da asco.

El olor no impidió a Kristof abrazar a su hijo y a su sobrino con lágrimas en los ojos. Se separaron después de un rato y Kristof gritó algo en ruso, haciendo que todos se movieran.

—Venid, debemos salir de aquí, no es seguro. Vamos al bar, os limpiaréis allí —dijo Pyotr, señalándoles la puerta lateral.

—Gracias, te debo una —dijo Danny, asintiendo hacia Kristof mientras pasaba junto a Valerik y Leonid.

—Hace cinco años mataste a mi peor enemigo, y en la cárcel ayudaste a mi propia sangre a sobrevivir y escapar. Estamos en paz, amigo mío, ¿de acuerdo? —dijo Kristof. Danny asintió y le siguió al exterior.

—Meteos en ese. Mikhail, tú conduces. Pyotr, date prisa, entra, nos vamos —gritó Kristof a Danny, Tom y John, y a Mikhail, antes de girarse hacia Pyotr.

Se apretujaron en la parte trasera, Tom bajando la ventanilla para disipar el hedor que impregnaba la ropa carcelaria de Danny.

—¿Qué intentas decir, Tom? —dijo Danny, sonriendo mientras se quitaba trozos de cáscara de huevo del pelo y los lanzaba por la ventana abierta.

—No intento nada, colega, es que apestas de verdad. Pero aun así me alegro de verte.

—Yo también, y Tom, gracias por venir a por mí. A ti también, John —dijo Danny, dirigiéndoles una mirada cómplice.

—Tienes que agradecérselo a Howard. En cuanto conseguimos una pista, voló directamente hasta aquí con nosotros. Él fue quien descubrió dónde estabas y nos puso en contacto con Kristof. Estaría aquí ahora si no fuera por una emergencia en casa —dijo Tom para sorpresa de Danny.

—Howard, vaya sorpresa.

—Lo que me recuerda que no tuvimos tiempo de consultarle nada de esto. Tendré que llamarle en cuanto estemos a salvo. Necesitamos salir de aquí cuanto antes —dijo Tom, callándose al ver pasar tres coches de policía frente a ellos mientras esperaban pacientemente para incorporarse a la carretera principal hacia el centro de Moscú.

—No os preocupéis, bloquearán las carreteras que salen de la ciudad, no las que entran al centro. Estaremos bien en el bar por ahora —dijo Mikhail por encima del hombro mientras giraba para seguir el coche de Kristof.

Mientras avanzaban, más coches de policía pasaron con las sirenas aullando, y el ruido de un helicóptero policial se hizo más fuerte sobre sus cabezas hasta que pasó con un estruendo, dirigiéndose hacia la prisión y las afueras de la ciudad. Poco después cruzaron el río Moskva antes de zigzaguear por las calles laterales y detenerse frente al bar. Kristof, Pyotr y Mikhail fueron los primeros en salir, con las armas preparadas, escrutando la calle en busca de problemas.

—Todo bien, entrad —dijo Mikhail, asomando la cabeza dentro del coche.

Salieron y se movieron rápidamente hacia el bar, cuyos pocos clientes, en su mayoría hombres mayores y el personal, ni siquiera pestañearon cuando pasaron detrás de la barra y hacia la parte trasera.

—¿Y ellos? —preguntó Danny mientras lo conducían escaleras arriba.

—Familia, no te preocupes, aquí estás a salvo —dijo Valerik, mirándolo con una sonrisa.

—Valerik, tú y Leonid id a limpiaros. Danny, hay otro baño arriba. Te buscaré algo de ropa —dijo Kristof cuando llegaron al rellano del primer piso. Esperó hasta que se marcharon y Tom y John estaban en la sala de estar antes de hacerle señas a Pyotr y Mikhail.

—Pyotr, dile a Mama que prepare algo de comida y bebida, luego tú y Mikhail vigilad la entrada, ¿da? Poned hombres en ambos extremos de la calle, si ven algo, y digo cualquier cosa, quiero saberlo, ¿eh? —dijo Kristof, mirándolos intensamente con sus brillantes ojos azules.

—Sí, jefe —dijeron al unísono.

—Bien. Y chicos —dijo Kristof haciendo una pausa hasta que volvieron a mirar escaleras arriba hacia él—. Lo habéis hecho muy bien hoy. No lo olvidaré.

Los dos hombres le devolvieron la sonrisa y continuaron bajando las escaleras.

# CUARENTA Y CUATRO

—¿Qué quiere decir con que los ha perdido? —dijo Annika, furiosa por el fracaso de Pasha.

—El viejo Kristof nos embistió con un camión de basura. El coche quedó destrozado —dijo Pasha, mirando tranquilamente hacia la encimera de mármol donde había matado a Ustin, antes de girarse deliberadamente con lentitud para mirar detrás de él.

—¿Qué está haciendo? —dijo Annika, caminando alrededor de la isla de la cocina.

—Solo compruebo que nadie está detrás de mí apuntándome con una pistola —dijo Pasha secamente, con el rostro mortalmente serio.

—No sea tan dramático, Pasha, simplemente encuéntrelos y mátelos —dijo Annika, tamborileando con las uñas sobre la encimera.

—Necesito más hombres. Necesito moverme por Moscú, sin dejar piedra sin remover. Kristof ha estado escondido en algún lugar de la ciudad todo este tiempo que pensábamos que estaba muerto. Alguien tiene que saber dónde está.

—Tendrá sus hombres. Ahora vaya, págueles, tortúrelos o mátelos. Me da igual. Haga lo que sea necesario para soltarles la lengua —dijo Annika, girando sobre sus talones y saliendo rápidamente de la habitación, con el sonido de sus pasos alejándose sobre el duro mármol.

Pasha esperó hasta que ya no se la podía oír. Respiró profundamente, se alisó la chaqueta del traje y salió de la mansión. Su familia había servido a los Volkov durante generaciones, su padre a Sebastian Volkov mientras gobernaba con puño de hierro, y él a Viktor y Yuri cuando lucharon y fracasaron en conquistar Londres. Fue su subestimación lo que finalmente les costó la vida. Ahora servía a Annika. La mitad del tiempo quería romperle su bonito cuello, la otra mitad quería ayudarla a crecer y tener éxito, aumentando su propia riqueza y estatus en Moscú junto con ella.

Salió al frente donde cinco coches estaban aparcados en la amplia entrada. Veinte hombres se paseaban a su alrededor, armados con pistolas y AK-47 Kalashnikov. La conversación relajada cambió en un instante ante la llegada de Pasha, dando paso a un tenso profesionalismo. Hombres duros, no ajenos a la muerte y la violencia, le devolvieron la mirada.

—Cargad, empezaremos por el Distrito de Jamóvniki. Kristof solía tener un club de striptease y bares allí —gritó Pasha, acercándose al lado del copiloto del coche más cercano y sentándose en el asiento delantero—. Vamos —le dijo a Karl, cerrando la puerta de golpe.

Los demás no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Se dirigieron rápidamente a los coches, entraron y se colocaron en fila detrás del vehículo de Pasha mientras salía por las puertas de la mansión, giraba hacia la carretera y se dirigía al centro de Moscú.

# CUARENTA Y CINCO

Tom y John estaban sentados esperando a que Danny se aseara. Sonó el teléfono de Tom. El número estaba oculto, pero tenía una idea bastante clara de quién era.

—Buenas tardes, jefe —dijo.

—Aquí todavía es por la mañana, Tomas. ¿Cómo fue tu reunión con Kristof Turgenev? ¿Pudiste avisar a Daniel? —dijo Howard, con un cansancio poco habitual en su voz.

—Eh, sí, sobre eso, él está, eh...

—Por Dios, no me digas que está muerto —dijo Howard, desanimado.

—No, no, eh, nosotros, eh, lo sacamos de la cárcel esta mañana en un camión de basura, está aquí con nosotros en casa de Kristof —dijo Tom, preparándose para el interrogatorio que estaba por venir.

—¡¿Que habéis hecho qué?! ¿No pensaste en consultármelo? ¿Te detuviste un momento a pensar en las consecuencias si os hubieran pillado? Cristo bendito, hombre, podrías haber provocado un desastre diplomático. Recuerda el incidente del Novichok en Amesbury.

—Lo siento, jefe, no había tiempo. Teníamos una pequeña ventana de oportunidad y tomé una decisión —dijo Tom, disculpándose sin mucho entusiasmo.

—Mmm, bueno, al menos no os pillaron. ¿Qué hay de Daniel, está bien? —dijo Howard, calmándose de nuevo.

—Está bien, está arriba lavándose la basura del pelo.

—De acuerdo, necesitaréis un plan de evacuación. Quedaos quietos, me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda.

—Sí, jefe, gracias —dijo Tom bajando el teléfono y mirando a John—. Eso ha ido mejor de lo esperado.

—Sí, espera a que volvamos. El jefe nos tendrá haciendo trabajos de mierda en un futuro previsible por no haberle avisado —dijo John con una sonrisa.

—No importa. Danny nos ha salvado la vida a los dos en el pasado y no hay manera de que él nos hubiera dejado pudriéndonos en esa prisión —dijo Tom, frunciendo el ceño

—De acuerdo, pero eso no evita que nos llevemos una bronca cuando volvamos a casa.

—¿Quién se va a llevar una bronca? —dijo Danny, entrando en la habitación con un aspecto considerablemente más fresco que antes.

—Ah, no es nada, solo le hemos dado las buenas noticias al jefe —dijo Tom.

—Me imagino que estaba tan encantador como siempre —dijo Danny con una sonrisa socarrona.

—Sí, está preparando una evacuación para llevarnos a casa.

—Bien, deberíais salir de Moscú lo antes posible —dijo la voz de Kristof desde detrás de ellos.

—¿Y tú? —dijo Danny, mirándole fijamente a los ojos.

—Moscú es nuestro hogar. Los Turgenev llevan décadas luchando por su control. Si no fueran los Volkov, serían otros, así es como funcionan las cosas aquí —dijo encogiéndose de hombros.

La habitación se sumió en un silencio reflexivo, antes de que Kristof esbozara una amplia sonrisa—. Pero esa batalla es para mañana. Hoy he recuperado a mi familia. Vamos a celebrarlo —dijo Kristof, saliendo por la puerta y gritando escaleras abajo en ruso.

Momentos después de que regresara, Pyotr entró llevando una gran bandeja de comida mientras una ancianita que portaba una botella de vodka Stoli y vasos parloteaba sin parar. Mientras los colocaban sobre la mesa, Valerik y Leonid entraron en la habitación.

El rostro de la anciana se iluminó al verlos. Hubo un intercambio de ruso hablado rápidamente antes de que le besaran la mejilla y ella saliera arrastrando los pies.

—Mi abuela os da las gracias por ayudarnos a regresar a casa —dijo Valerik llenando un vaso de vodka antes de bebérselo de un trago—. Ah, qué buen sabor. Venga, bebed, comed.

Mientras comían, bebían y se relajaban, Danny no pudo evitar notar que Kristof no estaba bebiendo. Se sentó cerca de la ventana, mirando la calle arriba y abajo periódicamente, intentando que no fuera obvio que lo estaba haciendo.

—¿Esperas visita? —dijo Danny, sentándose junto a él.

—Siempre —respondió con media sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con Annika Volkov? —dijo Danny sin rodeos.

—Me gustaría meterle una bala en la frente a esa zorra, pero no es tan fácil, está bien protegida. Ha reconstruido la mansión Volkov como una fortaleza y siempre está vigilada cuando sale. Pero me temo que la pregunta en este momento es ¿qué vas a hacer tú con Annika Volkov? Sabes que irá a por ti. Mataste a su familia, a su sangre. El honor familiar lo exige. No, mi amigo, ella te quiere muerto a ti mucho más que a mí.

—Lo sé, pero en casa estaré en mi terreno y serán mis reglas. No volverá a pillarme por sorpresa —dijo Danny, tensándose al pensarlo.

—Entonces métele una bala en la cabeza por mí —dijo Kristof, levantando un vaso hacia Danny—. Nostrovia.

—Nostrovia —dijo Danny, suavizando su expresión mientras devolvía el gesto.

Al otro lado de la habitación, sonó el teléfono de Tom, con el número oculto como de costumbre.

—Jefe —contestó Tom.

—Tomas, necesito que tú, John y Daniel lleguéis al Aeródromo de Novinka para mañana al mediodía. Está a unos ciento sesenta kilómetros al sur de Moscú. He organizado que una avioneta os lleve a un pequeño aeródromo a las afueras de Kiev. Desde allí podréis dirigiros al Aeropuerto Internacional de Kiev y volar a casa —dijo Howard.

—Gracias, jefe, le llamaré desde Kiev —dijo Tom.

—Sí, por favor. Ah, ¿y Tomas?

—¿Sí, jefe?

—Buen trabajo —dijo Howard, para sorpresa de Tom.

—Gracias, jefe —dijo Tom colgando.

—¿Cuál es el plan? —dijo Danny, observándole desde el otro lado de la habitación.

—El jefe nos ha conseguido transporte hacia Ucrania desde un aeródromo al sur de aquí, un lugar llamado Novinka. La recogida es mañana al mediodía. Podemos coger un vuelo desde Kiev Internacional para volver a casa.

—¿Y mi pasaporte? —dijo Danny, frunciendo el ceño.

—Está en nuestro hotel con el mío y el de John, iremos a buscarlos y haremos el check-out. ¿Podemos quedarnos aquí esta noche, Kristof?

—Da, mi casa es vuestra casa. Pyotr os llevará al hotel —dijo Kristof, asintiendo hacia Pyotr.

—Leonid y yo os llevaremos a Novinka por la mañana —dijo Valerik, interviniendo a su lado.

—Gracias —dijo Danny.

—Venid, os llevo al hotel —dijo Pyotr levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

# CUARENTA Y SEIS

Conectado al portal seguro en su portátil, James Bullman escuchaba la conversación unilateral entre Howard y Tom.

Apuntó las palabras «Aeródromo Novinka mañana al mediodía» en un bloc de notas y extendió la mano hacia el bolsillo de su chaqueta, retirándola al recordar que se había deshecho del móvil desechable debido al implacable escrutinio de Howard sobre sus asuntos de negocios. Recostándose en su silla de oficina, un pensamiento cruzó por su mente, transformando el ceño fruncido de su rostro en una sonrisa maliciosa.

Si el niño prodigio de Howard muere y encuentran a dos agentes del Servicio Secreto británico en suelo ruso llevando a cabo una misión no autorizada, Rusia exigirá explicaciones al gobierno del Reino Unido, y Howard será expulsado de su puesto más rápido de lo que sus pies puedan llevarlo. Dos pájaros de un tiro.

Tras cerrar el portátil, arrancó la página del bloc, la dobló y se la metió en el bolsillo antes de salir de su despacho. Sonrió a un colega mientras se cruzaban en el pasillo, luego se detuvo y le llamó: —Oye, Henry, ¿ha vuelto ya Barrington de vacaciones?

—Eh, no creo, hasta el lunes no —gritó Henry mientras seguía avanzando por el pasillo.

—Vale, gracias, Henry —dijo James, esperando hasta que desapareció de vista antes de volver sobre sus pasos.

Pasando de largo su propio despacho, James continuó por el pasillo, mirando a ambos lados antes de entrar en la oficina vacía de Kenneth Barrington. Cerró la puerta tras de sí y se acercó al escritorio, sacando su pequeña agenda negra del bolsillo de la chaqueta. James marcó un número en el teléfono de la oficina de Barrington. Se escuchó el tono de marcación internacional antes de que empezara a sonar.

—Vamos, zorra de hielo, contesta tu... —dijo James, irritado por el tiempo que Annika tardaba en contestar al teléfono.

—¿Sí, quién es? —dijo ella en ruso.

—Eh, hola, Annika, soy James Bullman —dijo James, adoptando automáticamente un tono de cortesía diplomática.

—Señor Bullman, qué inesperado. No pensaba que volvería a saber de usted. ¿Qué desea? —respondió Annika, en su inglés monótono y carente de emoción.

—Me enteré de su pequeño fiasco en la Prisión Lefortovo y quería ofrecerle mi apoyo.

—Si llama para regodearse, señor Bullman, debo advertirle que no lo haga —espetó ella antes de que él tuviera tiempo de terminar.

—No, no. Mi querida Annika, llamo para ayudarla —dijo James, manteniéndose cauteloso mientras disfrutaba de la ventaja que le daba su información.

—¿Ayudarme cómo? —replicó ella, cada vez más molesta por los juegos de James.

—Sé dónde estará Daniel Pearson mañana al mediodía —dijo, haciendo una pausa para saborear la sorpresa y adulación que anticipaba.

—¿Y qué quiere a cambio de esta información? —respondió Annika sin el menor indicio de ninguna de las dos reacciones, dejando a James con su ego herido.

—El señor Pearson viaja con dos agentes del Servicio Secreto inglés. Haga lo que quiera con Pearson, pero quiero que las autoridades encuentren a los dos agentes con unos documentos que estoy a punto de enviarle.

—Dígame dónde estará —dijo Annika fríamente.

—¿Tenemos un trato? —insistió James.

—Sí, tenemos un trato. Ahora dígame dónde estarán mañana al mediodía.

—Estarán en un aeródromo en Novinka, a unos ciento sesenta kilómetros al sur de Moscú. Una avioneta vendrá para llevarlos a través de la frontera hasta Ucrania —dijo James, sintiéndose algo presuntuoso.

—¿Está seguro de esto?

—Cien por cien seguro, querida.

—De acuerdo, envíeme los documentos —dijo Annika, colgando sin esperar respuesta.

Maldita zorra rusa desagradecida.

Sacando un pañuelo del bolsillo de su solapa, James limpió el teléfono y el auricular antes de escabullirse del despacho de Kenneth Barrington. Por suerte, el pasillo estaba vacío cuando James regresó a su propia oficina. Abrió su portátil y se conectó a su portal seguro.

Mmm, algunos documentos oficiales de bajo nivel y una orden de Howard para recopilar información sobre... sobre... sobre... déjame pensar, ah sí, la instalación de almacenamiento de alta seguridad al norte de la ciudad, eso servirá perfectamente.

Sonrió para sí mismo mientras compilaba los documentos antes de enviarlos a Annika Volkov. Satisfecho consigo mismo, cerró sesión y apagó su portátil. Mirando por la ventana el sol que se filtraba entre las nubes sobre el horizonte de Londres, James decidió celebrar su propia genialidad con una visita a un club muy discreto que frecuentaba ocasionalmente. Era un club para clientes con intereses muy específicos, el tipo de intereses que le habían metido a James en problemas con los Volkov en primer lugar, pero por más que intentara refrenarse de su lujuria y perversiones, al final estas podían más que él y le arrastraban de vuelta.

# CUARENTA Y SIETE

La furgoneta de la panadería Khamovniki se detuvo frente a las puertas de carga traseras. Karl salió del asiento del conductor y se dirigió a la puerta de carga, dándole un par de buenos golpes. Unos segundos después, Igor hizo sonar la cadena mientras tiraba de ella, subiendo la puerta enrollable. Desde el lado del copiloto de la furgoneta, otros dos hombres de Annika Volkov salieron y se unieron a Karl.

—¿Los habéis cogido a todos? —dijo Igor con naturalidad.

—Sí, excepto a Ruben, que nos vio cuando llegamos y salió corriendo por la parte de atrás —dijo Karl, abriendo las puertas traseras.

Cuatro hombres yacían atados como cerdos y temblando en el suelo de la furgoneta, con sacos de tela cubriendo sus cabezas. Abriendo una navaja, Karl arrastró el cuerpo más cercano hacia él y le cortó las ataduras de los pies.

—Levántate, muévete —gruñó Karl, empujándolo hacia uno de sus hombres para que lo llevara dentro.

—Por favor, no sé nada, por favor —llegó la súplica ahogada del siguiente hombre mientras Karl lo arrastraba más cerca de las puertas traseras y cortaba las ataduras de sus piernas.

Karl lanzó un puñetazo contra el saco de tela que cubría la cabeza del hombre antes de que pudiera empezar a lloriquear de nuevo. —¡Cállate, no hablas hasta que te lo digamos! —gritó Karl,

agarrando al aturdido hombre por la axila y levantándolo antes de empujarlo hacia Igor.

Repitió el proceso con los otros dos hombres antes de guiar bruscamente a los cuatro a través de la zona de carga y hacia el área de trabajo de la panadería. Empujaron a los hombres contra la pared, les quitaron las capuchas y retrocedieron, dejándolos aterrorizados y parpadeando ante la repentina intrusión de luz. Mientras la panadería entraba en foco, los hombres comenzaron a temblar físicamente al ver a Pasha de pie frente a ellos. Se había quitado la chaqueta del traje y llevaba uno de los delantales de la panadería sobre su impoluta camisa blanca. Tenía las mangas arremangadas y sus dos Glock 17 eran visibles bajo cada brazo en sus fundas de cuero negro. Manchas y salpicaduras de sangre arterial se entrecruzaban en su parte delantera, desbordando el delantal para mostrar un rojo brillante en su camisa. Tres cuerpos sangrientos y mutilados yacían a sus pies, sus rostros contorsionados en sus últimos momentos de agonía.

—Caballeros, bienvenidos. Voy a haceros una pregunta y espero por vuestro bien que me deis una mejor respuesta que vuestros predecesores —dijo Pasha, con voz tranquila pero con ojos llenos de amenaza desquiciada.

—¿Qué queréis de nosotros? Siempre hemos pagado a la señorita Volkov a tiempo —dijo uno de ellos, con voz débil y ojos suplicantes.

Karl actuó como un rayo, su golpe lateral en la sien del hombre lo derribó instantáneamente.

—Te dije que no hables hasta que te lo digamos, joder —gritó Karl, pateando al hombre caído para rematar.

—Tráelo aquí, Karl.

Levantándolo del suelo como si fuera un muñeco de trapo, Karl lo puso de pie, jadeando frente a Pasha.

—¿Dónde está Kristof Turgenev? —dijo Pasha, inclinándose hasta que su nariz casi tocaba la del hombre.

—Turgenev, yo, yo no lo sé, lo juro que no. Pensaba que estaba muerto —balbuceó el hombre.

Pasha retrocedió. Se dirigió a una máquina a su izquierda y pulsó el botón de encendido. Cuando el hombre giró la cabeza, sus ojos se abrieron de par en par al ver la rebanadora de pan industrial, con sus cuchillas vibrando ruidosamente en el centro de la superficie de acero inoxidable por donde pasaba el pan.

—¿Dónde está Turgenev? —gruñó Pasha mientras Karl empujaba al hombre hacia la máquina, que se debatía inútilmente con las manos atadas a la espalda.

—No, no lo sé, lo juro, por favor —gritó el hombre, apareciendo una mancha oscura en su entrepierna mientras se orinaba encima.

Pasha puso su mano en la espalda del hombre para igualar la de Karl. Lo estamparon contra la superficie de acero inoxidable a pocos centímetros de las cuchillas.

—Última oportunidad, ¿dónde está Turgenev?

—Lo juro por la vida de mis hijos, no lo sé. Por favor, os lo diría si lo supiera —gritó el hombre desesperado, con lágrimas rodando por sus mejillas.

Pasha hizo un gesto a Karl y ambos empujaron la cabeza del hombre hacia delante. Gritó durante un rato mientras la máquina luchaba por cortar a través del pelo, el hueso y el cerebro antes de atascarse con su cabeza medio dentro y medio rebanada, goteando sangre por el otro lado. Dejándolo allí, Pasha se giró hacia los otros.

—¿Dónde está Kristof Turgenev? —repitió con frialdad.

—No lo sé, pero oímos un rumor de que seguía vivo, en algún lugar del distrito de Zamoskvorechye, un bar o algo así —dijo uno de los otros hombres, soltando las palabras a velocidad de vértigo mientras miraba horrorizado el desastre atascado en la rebanadora de pan.

—Bien, bien, esto es progreso. ¿Alguien más quiere añadir algo? —dijo Pasha, deteniéndose al oír el sonido de su móvil sonando en el bolsillo de su chaqueta, colgada sobre el respaldo de una silla—. Disculpadme un momento —añadió, sacando el teléfono para contestar—. Sí.

—Haz que todos vuelvan aquí, Pasha. Sé dónde estará Pearson mañana —llegó la voz inexpresiva de Annika.

—Voy a Zamoskvorechye. Tengo una pista sobre Kristof —dijo Pasha con brusquedad.

—No, no irás. Volverás aquí. ¿Me oyes, Pasha? No quiero que Pearson sea alertado por ti y tus hombres armando escándalo por el distrito de Zamoskvorechye como una manada de elefantes. Una vez que nos ocupemos de Pearson, podrás cazar a esa rata de Kristof —dijo Annika con un arrebato de ira que rápidamente controló.

Pasha se quedó inmóvil con el teléfono en la oreja. Miró furioso a los tres aterrorizados hombres frente a él. Sin previo aviso, sacó su Glock 17 en un instante y vació el cargador sobre los tres.

—Vamos para allá —dijo, observando cómo se deslizaban hasta el suelo. Terminando la llamada, enfundó su pistola y se quitó el delantal, arrojándolo al suelo.

—Quemad el lugar, hemos terminado aquí —dijo mientras salía furioso de la panadería.

# CUARENTA Y OCHO

—Creo que los malditos rusos me han envenenado otra vez —dijo John, frotándose la cabeza.

—A ti y a mí —dijo Danny, levantando la vista de su café.

—¿Cuánto vodka bebimos anoche? —dijo Tom, siguiendo a John hasta el comedor de la casa de Kristof.

—Demasiado —dijo Danny mientras los otros dos se sentaban, reconfortándose con sus propios cafés cargados.

—Joder, tengo la boca como el fondo de una jaula de periquitos —dijo Tom, dando un gran trago.

Todas las cabezas giraron al oír el sonido de pasos que subían rápidamente por las escaleras desde el bar de abajo.

—Eh, dormilones, tenéis una pinta horrible, da —se rio Valerik, fresco como una rosa.

—Sí, sí, tú ríete. ¿Cuándo nos vamos? —dijo Danny, esbozando una sonrisa.

—Pronto. Leonid y mi padre están preparando los coches, ha decidido venir con nosotros —dijo Valerik, y algo en su voz hizo saltar las alarmas de Danny.

—¿Qué ocurre?

Valerik hizo una pausa, su rostro tornándose mortalmente serio. —Una panadería no muy lejos de aquí fue incendiada ayer. Encontraron ocho cuerpos dentro, atados, torturados y tiroteados. Se rumorea que fueron los hombres de Volkov buscándonos. Ya no

es seguro aquí. Os llevaremos al aeropuerto y cambiaremos de base. Bebed vuestro café. Nos vamos pronto —Valerik se dio la vuelta y salió de la habitación, evitando continuar la conversación sobre el tema, dejando a Danny y los demás mirándose inquietos a través de la mesa.

—No me parece bien dejarlos lidiar con los hombres de Annika Volkov —dijo Danny finalmente, mirándolos intensamente.

—No me mires así, Danny. Estamos en un país extranjero, te buscan, no tenemos apoyo y no tenemos plan. Volvemos a casa, y si Annika Volkov viene a por ti, estaremos preparados. ¿Vale? —dijo Tom, insistiendo en el punto.

La habitación volvió a quedar en silencio. Danny sostuvo la mirada de Tom durante unos segundos antes de apurar el resto de su café y golpear la taza vacía contra la mesa.

—Vale. Volvamos a casa —dijo finalmente, levantándose.

Tom y John lo siguieron escaleras abajo hasta el bar. Kristof estaba allí, su chaqueta apenas cubría las pistolas Makarov que llevaba en la funda. Aunque sonrió cuando se acercaron, Danny podía notar que estaba nervioso.

—¡Pyotr! —gritó por encima de su hombro.

Segundos después, Pyotr apareció a su lado con una bolsa de lona en la mano. La abrió, sacó una pistola por el cañón y se la entregó a Danny. —Solo por precaución —dijo, sacando otra pistola para Tom y luego para John.

—Bien, tenemos que irnos. Es un viaje largo. Danny, tú vas con Valerik y Leonid delante. Vosotros dos venís conmigo y Pyotr —dijo Kristof, guiándolos fuera hasta los dos Mercedes 4x4 que esperaban.

Danny asintió a Tom y John mientras los dejaba para subirse al coche delantero con Valerik y Leonid. En cuanto entró, Leonid comenzó a arrancar el coche con Kristof siguiéndolos de cerca. Danny no pasó por alto a los dos hombres de Kristof que vieron al final de la calle cuando giraron hacia la carretera principal y salieron de la ciudad.

—¿Qué tan malo es? —dijo Danny, inclinándose hacia delante para hablar con Valerik mientras conducía.

—Sin ofender, amigo, te debo una deuda de gratitud y me gusta tenerte cerca, pero creo que será mucho más seguro aquí una vez que estés en ese avión fuera de Rusia —dijo Valerik sonriendo a Danny por el espejo retrovisor.

—No me ofende —dijo Danny, observando hilera tras hilera de bloques de apartamentos grises mientras salían de Moscú.

Los suburbios dieron paso a kilómetros de espeso bosque, interrumpido por algún que otro pueblo mientras conducían por la autopista en dirección sur. Valerik se mantenía en los carriles más lentos, conduciendo con cuidado, nunca sobrepasando el límite de velocidad. Un poco más atrás, Kristof los seguía, imitándolos cuando se movían para adelantar a camiones y coches lentos.

—¿A qué distancia está el aeródromo de Novinka? —dijo Danny después de una hora más o menos.

—Eh, está a unos cuarenta minutos, no te preocupes, llegaremos con tiempo de sobra para el avión —dijo Leonid, girándose para mirar a Danny.

—¿Por qué no venís con nosotros? Tengo contactos. Podría conseguiros pasaportes y documentos. Empezar una nueva vida en el Reino Unido.

Leonid simplemente le sonrió. —No, amigo mío, créeme, si quisiéramos irnos podríamos conseguir nuestros propios papeles. Moscú es nuestro hogar. Fue el hogar de mi padre y el hogar de su padre antes que él. Hará falta más que una pobre imitación de su padre para echarnos. Nuestro día llegará, volveremos a controlar Moscú.

—Así se habla, primo —dijo Valerik, golpeando el volante con las manos.

—Vale, entendido —dijo Danny, recostándose en su asiento.

Viajaron en silencio durante bastante tiempo, cada hombre perdido en sus propios pensamientos. Finalmente apareció el cartel del aeródromo de Novinka. Se desviaron de la autopista y se adentraron en el bosque. Danny supo que estaban cerca cuando sus ojos siguieron a una pequeña avioneta monomotor que pasó por encima del coche, desapareciendo en la distancia mientras descendía bajo la línea de árboles para aterrizar.

# CUARENTA Y NUEVE

Al doblar una amplia curva, apareció ante ellos un conjunto de pequeños hangares, seguidos poco después por avionetas, la pista de aterrizaje y algunos edificios más pequeños al otro lado. Al tratarse de un pequeño aeródromo privado, no había puerta de seguridad cuando giraron por la entrada y condujeron entre la hilera de hangares. Danny pudo ver el avión que acababa de aterrizar, estaba junto a un hangar en el extremo más alejado, con las hélices aún girando pero sin rastro del piloto.

Los pelos de la nuca de Danny se erizaron mientras las alarmas sonaban en su cabeza. Giró la cabeza y vio a dos mecánicos de aviación con la espalda hacia él dentro del hangar a su derecha, con los cuellos de sus monos azules levantados y las viseras de sus gorras de béisbol bajadas sobre sus rostros. Al mirar rápidamente hacia la izquierda, Danny divisó a otros dos hombres con monos y gorras. Estaban girándose con rifles de asalto urbano ShAK12 en sus brazos.

Mierda, es una trampa mortal.

—¡Pisa a fondo! ¡Vamos, vamos! ¡Es una puta trampa! —gritó Danny, levantando el arma que Pyotr le había dado antes de que sus palabras calaran en Valerik y Leonid.

Disparó tres rondas en rápida sucesión a través de la ventanilla cerrada del coche contra los hombres mientras levantaban sus rifles.

El ruido ensordecedor en el espacio confinado hizo que Valerik serpenteara por todo el asfalto antes de pisar a fondo el acelerador.

Danny ya se estaba girando hacia la derecha cuando uno de los tipos en el hangar salió volando hacia atrás con dos balas en el centro del pecho. El otro hombre giró agarrándose el cuello mientras una de las balas de Danny le atravesaba el lateral, una fuente de sangre arterial salpicando entre sus dedos.

Concentrado en el hangar de la derecha, los ojos de Danny encontraron a los dos hombres justo cuando le apuntaban con sus rifles. Se tiró al suelo en el asiento trasero mientras ráfagas de fuego automático rasgaban el aire a su alrededor. Ruidos metálicos de impacto llenaron el ambiente mientras las balas atravesaban la fina chapa de la carrocería. Podía sentir el calor y el desplazamiento del aire cuando las balas pasaban a milímetros de su cara antes de perforar agujeros en el otro lado del coche. En el asiento delantero del pasajero, el cuerpo de Leonid se sacudió y convulsionó cuando las balas encontraron su objetivo, matándolo instantáneamente. Una bala reventó el neumático delantero, haciendo que el vehículo se deslizara lateralmente hacia el último hangar y el avión con las hélices aún girando. Luchando con el volante, Valerik logró esquivar el avión pero no pudo detener el coche a tiempo para evitar golpear la puerta del hangar con el lateral trasero. El impacto retorció sus cuerpos hacia un lado mientras el coche giraba dentro del hangar, fuera de control, deteniéndose bruscamente al chocar contra la rueda delantera de un avión almacenado.

***

Un poco más atrás, Kristof observaba cómo los hombres del hangar acribillaban el coche de su hijo.

—¡Aaaargh! ¡Morid, cabrones! —gritó a pleno pulmón.

Inclinándose hacia delante, agarró el volante con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos y lo giró bruscamente hacia la derecha, haciendo chillar los neumáticos mientras pisaba a fondo el acelerador.

—¡Eh, eh, Kristof! ¿Qué estás haciendo? —gritó Tom desde atrás.

Apuntando directamente a los pistoleros en el hangar, Kristof ignoró a Tom y mantuvo el rumbo. Para cuando los dos hombres apartaron la atención del coche de Valerik, Kristof ya estaba sobre ellos. Embistió a uno de frente, destrozándole las piernas antes de lanzarlo por encima del capó con tal fuerza que su cabeza destrozó el parabrisas con un impacto repugnante antes de desaparecer sobre el techo. Su compañero intentó desesperadamente ponerse a salvo. Logró apartar el cuerpo antes de que la parte delantera del coche le golpeara las piernas, rompiéndoselas mientras giraba violentamente. Kristof pisó los frenos con fuerza, bloqueando las ruedas sobre el suelo de hormigón pintado. Derrapó contra filas de cajas de herramientas rojas Snap On antes de estrellarse contra la pared trasera, activando la multitud de airbags del coche.

***

Abriendo la puerta de una patada, Danny salió del vehículo en un instante. Mantenía su arma firme sobre el techo del coche, cubriendo la puerta abierta del hangar. Cuando nada se movió, fue hacia la puerta del conductor e intentó abrirla. Al no conseguirlo, dejó el arma sobre el techo del coche y agarró la manilla con ambas manos, tirando con todas sus fuerzas. Se abrió con un chirrido metálico revelando el rostro aturdido y ensangrentado de Valerik parpadeando hacia él.

—¿Estás herido, Valerik? ¿Estás herido? —preguntó Danny, intentando ver si la sangre provenía del cuerpo inerte de Leonid a su lado o si el propio Valerik había sido alcanzado.

—Eh, no. No, estoy bien. Leonid —dijo, volviéndose para mirar a su primo.

—Se ha ido. Ya lo llorarás después. Si queremos salir vivos de aquí, necesito que te mantengas cerca de mí —dijo Danny, recuperando su atención.

—Sí, vale —dijo Valerik, moviéndose para salir.

—Bien. Pásame el arma de Leonid y cualquier cargador extra. Rápido, vendrán más a por nosotros —dijo Danny, evaluando la situación mientras escudriñaba los espacios entre las avionetas a su alrededor en busca de señales de más hombres armados.

—Aquí tienes —dijo Valerik, entregándole a Danny el arma de Leonid y dos cargadores.

—Gracias. Intenta llamar a tu padre y a los demás, averigua dónde están. Voy a echar un vistazo fuera del hangar —dijo Danny. Se deslizó los cargadores en los bolsillos traseros antes de dirigirse hacia las puertas, zigzagueando entre las avionetas para cubrirse, con ambas pistolas rígidamente bloqueadas frente a él.

# CINCUENTA

Más abajo en el aeródromo, pasando una hilera de hangares individuales más pequeños, Annika miraba por la ventana de la sala de control situada en lo alto de un edificio cuadrado de ladrillo.

—¿Qué está pasando, Pasha? —exigió con impaciencia.

Pasha la ignoró mientras intentaba escuchar por su auricular. —Ivan, toma la mitad de los hombres y rodea el hangar cuatro. Karl, tú llévate la otra mitad y dirigíos al hangar dos —ordenó.

—Pasha —ladró Annika, su temperamento desbordándose.

—¿Qué? —gritó Pasha, con su tolerancia hacia su siempre exigente jefa agotándose. Su grito y su mirada asesina la silenciaron, dejándolos en un impasse mientras se fulminaban con la mirada.

—Solo quisiera saber qué está ocurriendo —dijo finalmente, con voz fría y controlada de nuevo.

—Los tendremos pronto. Están divididos y atrapados en dos hangares separados —dijo Pasha, volviendo su atención a la ventana de observación y a su auricular.

Annika se quedó unos pasos detrás de él, preguntándose si la creciente beligerancia de Pasha significaba que ya no le era útil.

***

En el hangar número dos, Tom fue el primero en salir del coche, seguido de cerca por John. Manteniéndose agachado, se movió entre los armarios de herramientas y los aviones almacenados, buscando con la mirada hasta que encontró el fusil de asalto urbano ShAK12 del hombre al que habían arrollado.

—John, encuentra el otro —dijo, mirando hacia atrás y señalando al otro lado del hangar, de donde venían los gritos de dolor del pistolero con las piernas destrozadas.

—Entendido —dijo John, alejándose. Pyotr cojeó tras él, con la rodilla hinchándose después de haber roto la guantera con ella durante el choque.

Detrás de ellos, Kristof miró su teléfono que estaba sonando.

—Valerik, ¿eres tú?, ¿estás bien? —dijo, esforzándose por pronunciar las palabras lo más rápido posible.

—Sí, papá, estoy bien, pero Leonid, está muerto, papá, está muerto —dijo Valerik, emocionado por la pérdida de su primo.

—Esos malditos cabrones. ¿Y Danny? ¿Sigue vivo?

—Sí, ha ido a comprobar el exterior.

—Vale, quédate donde estás. Iremos a por vosotros —dijo Kristof, sacando su pistola y moviéndose hacia los otros.

Por encima de los gritos del hombre herido y del avión con el motor en marcha fuera del hangar de Danny, Tom oyó ruidos de vehículos y puertas cerrándose. Se deslizó detrás de un largo banco de herramientas metálico y asomó la cabeza para mirar a través de las puertas del hangar. Ocho hombres con fusiles de asalto se habían alineado detrás de dos SUV Audi al otro lado de la pista, junto a los otros hangares. Tom se escondió de nuevo tras el pesado banco metálico justo cuando abrieron fuego en una ensordecedora lluvia de metal incandescente. Tom se encogió tanto como pudo con el brazo sobre su cara mientras las balas silbaban sobre el banco de trabajo y rebotaban a su alrededor.

—¡John! —gritó Tom con todas sus fuerzas cuando cesó la ráfaga de disparos.

—Estoy bien, Pyotr ha caído —gritó John desde su posición, escondido detrás de una de las grandes vigas verticales junto a la puerta que formaban parte de la estructura del hangar.

—Kristof, ¿estás bien? —gritó Tom.

—Sí, una bala me rozó el hombro pero estoy bien.

—John, a la de tres tú vas de izquierda a derecha; yo iré de derecha a izquierda. Disparos individuales, elige bien tus objetivos, ¿vale? —gritó Tom, incorporándose en cuclillas detrás del banco de trabajo.

—Recibido —fue la respuesta a gritos de John.

—Uno. Dos. Tres.

Ambos hombres se levantaron. Tom movió su rifle por encima del banco utilizando la superficie metálica para estabilizar su puntería mientras John se deslizaba alrededor de la viga y se apoyaba en ella para estabilizarse. Como soldados entrenados y curtidos en combate, los ojos de Tom y John se fijaron en sus objetivos mientras respiraban con calma y apretaban sus gatillos simultáneamente, alcanzando a los hombres de cada extremo con un disparo en la cabeza. Ya se habían movido hacia el siguiente objetivo antes de que los hombres tocaran el suelo y la nube de neblina roja se disipara en el aire. Derribaron a los dos siguientes justo cuando los cuatro restantes comprendieron lo que había sucedido y abrieron fuego, obligando a Tom y John a ponerse a cubierto de nuevo.

***

Al llegar a la puerta, Danny vio a los cuatro hombres que Tom y John habían abatido. Mientras los que quedaban respondían al fuego, Danny se metió una pistola en la parte trasera de los vaqueros y apuntó con la otra con ambas manos entrelazadas y los brazos extendidos. Ralentizó su respiración y bloqueó el ruido del motor del avión a su izquierda. Exhalando y conteniendo la respiración, Danny disparó tiro tras tiro contra los hombres de Volkov. A esa distancia con una pistola, era difícil conseguir precisión, pero a mitad del cargador, Danny cambió ligeramente de objetivo cuando un hombre cayó con un surtidor de sangre bombeando desde una arteria en el lateral de su cuello. Con la última bala, justo antes de que la pistola hiciera clic al quedar vacía,

Danny alcanzó al siguiente hombre en el antebrazo mientras se inclinaba sobre el capó del SUV con su rifle.

Eso igualará las probabilidades.

Expulsando el cargador vacío, Danny sacó uno de repuesto del bolsillo de sus vaqueros. Al girar la cabeza, captó el reflejo en la ventana de la cabina del avión de dos de los hombres de Volkov que venían por la esquina del hangar detrás de él. Girando e introduciendo el cargador en un solo movimiento, Danny disparó dos veces al pecho del hombre que iba delante. Mientras este caía hacia atrás, su cómplice lo empujó hacia adelante con todas sus fuerzas, lanzando el cuerpo contra Danny y derribándolo.

El brazo de Danny se abrió al caer, la pistola escapándose de sus dedos cuando el cañón se metió en la trayectoria de las hélices giratorias. El hombre que estaba sobre él apuntó su arma, con una sonrisa extendiéndose por su rostro. El tiempo entró en cámara lenta. Indefenso, Danny podía ver los músculos en la mano armada del hombre tensarse mientras empezaba a apretar el gatillo. En ese mismo momento, Valerik salió disparado del hangar, empujando al pistolero con todas sus fuerzas hacia las hélices giratorias del avión. El shock y el horror se quedaron grabados para siempre en su rostro mientras las cuchillas lo despedazaban desde la ingle hasta el cuello, dejando una línea sangrienta que salía proyectada desde ambos lados del avión, mientras la fuerza centrífuga arrojaba la sangre fuera de las hélices giratorias.

—Gracias —dijo Danny, poniéndose de pie de un salto y resguardándose detrás de la puerta del hangar.

Valerik asintió en reconocimiento y luego inclinó la cabeza hacia la esquina del hangar. —Por aquí —dijo, dirigiéndose a un gran objeto cubierto por una lona. Al retirarla, descubrió una gran camioneta roja. Cuando abrió la puerta, el piloto del avión de fuera cayó con un agujero de bala en la frente.

—Las llaves —dijo Danny.

Valerik echó un vistazo dentro de la camioneta y negó con la cabeza.

—Vamos a revisar sus bolsillos —dijo Danny, agachándose para registrar la chaqueta mientras Valerik revisaba los bolsillos del

pantalón.

—Hey, bingo —dijo Valerik, haciendo sonar un manojo de llaves.

# CINCUENTA Y UNO

Pasha golpeó con furia el monitor del radar en la sala de control. Lleno de rabia, sacó su pistola y disparó en la cabeza al controlador aéreo que estaba atado antes de recomponerse y guardar el arma de nuevo.

—¿Cómo que han matado a seis de nuestros hombres? Joder, Karl, arróllalos con el camión —dijo Pasha, lanzando una mirada de soslayo a Annika, desafiándola a que le contradijera.

—Vale, voy para allá —respondió Karl sobre el rugido de un motor diésel.

—Iván, ¿dónde demonios estás? —continuó Pasha.

—Acabo de forzar la salida de emergencia en la parte trasera del hangar. Voy a pillarlos por detrás mientras el resto de los hombres los mantiene ocupados en las puertas del hangar.

—Bien, bien, mata a esos cabrones —dijo Pasha con creciente confianza.

***

—¡Al suelo! —gritó Danny.

Valerik reaccionó al instante. Agachándose junto a la camioneta, Danny ya tenía su arma nivelada y firme cuando estaba a medio camino del suelo. Había disparado cuatro veces contra los hombres

de Volkov mientras se aventuraban en el hangar, matando a uno y alcanzando al segundo en el hombro cuando este se lanzó hacia atrás para ponerse a cubierto.

—Llama a tu padre y dile que vamos a por... —dijo Danny, dejando la frase en el aire. Había oído o sentido algo, un ruido, un movimiento detrás de él en la parte trasera del hangar—. Arranca el vehículo, volveré en un minuto.

Danny se separó y desapareció tras los aviones y los bancos de herramientas antes de que Valerik pudiera preguntarle nada. Siguiendo las instrucciones de Danny, Valerik subió a la camioneta y la puso en marcha. Apuntando con su arma por la ventanilla con una mano y con el teléfono en la otra, hizo la llamada.

***

Kristof vació su cargador contra los todoterrenos antes de contestar al teléfono.

—Valerik.

—Aguanta, papá, tenemos un vehículo, vamos a por vosotros —dijo Valerik, disparando un par de veces mientras otro de los hombres de Volkov asomaba su arma por la abertura, disparando a lo loco antes de volver a esconderse.

—Vale —dijo Kristof, observando cómo un pequeño camión cisterna se acercaba a los todoterrenos. Se movía lentamente, girando para apuntar directamente hacia ellos, dejando un rastro de combustible de aviación que se derramaba desde una válvula abierta en la parte trasera. La puerta del conductor se abrió y Karl saltó de la cabina y rodó para alejarse. Mientras el camión avanzaba hacia ellos, Karl disparó su arma al rastro de combustible de alto octanaje, enviando un río de llamas perseguidoras hacia la fuente.

—¡Valerik, mátalos, mátalos a todos! —gritó Kristof, dejando caer el teléfono.

Él y Tom reaccionaron al instante, girando y corriendo hacia la parte trasera del hangar en un esfuerzo desesperado por evitar el camión que se aproximaba. Inmovilizado por el fuego enemigo, lo

único que John pudo hacer fue observar impotente cómo el camión entraba rodando, estrellándose contra los pequeños aviones mientras las llamas alcanzaban su origen. La explosión fue estremecedora, destruyendo el hangar y todo lo que había en él en una bola de fuego que lo engulló todo.

***

Danny se estabilizó mientras todo a su alrededor temblaba. Sin perder la concentración, vislumbró a Ivan entre las aeronaves. Se estaba acercando sigilosamente hacia Valerik mientras gritaba por teléfono a su padre. En algún lugar sobre su cabeza escuchó el ruido de una aeronave. Sonaba como si fuera a aterrizar, pero cambió de opinión en el último momento al acelerar para volver a elevarse. Probablemente se había asustado al ver la explosión. Miró su reloj G-Shock, las 12:00 del mediodía.

Mierda, ahí va mi transporte.

Volviendo su atención hacia Ivan, Danny se movió alrededor de una fila de altas taquillas metálicas. Al salir por el otro extremo, se encontró cara a cara con él, experimentando sorpresa, conmoción y reacción en una fracción de segundo. Ambos hombres levantaron sus armas y agarraron la muñeca de la mano armada del otro, quedando en punto muerto por el agarre férreo del contrario. Disparos resonaron, perforando agujeros en las taquillas metálicas y en la cabina de un avión. Danny intentó darle un cabezazo, pero Ivan lo esquivó y contraatacó con un rodillazo en las costillas de Danny, dejándolo sin aliento. Luchando contra el reflejo de doblarse, Danny estrelló la mano armada de Ivan contra la esquina de un banco de trabajo metálico, haciendo que soltara el arma, que salió rodando fuera de la vista.

Entrenado en el formidable Spetsnaz, las Fuerzas Especiales rusas, Ivan liberó su mano del agarre de Danny y descargó su puño contra el lateral del cuello de Danny. El dolor fue intenso. Vio estrellas delante de sus ojos y apenas fue consciente del segundo y tercer golpe en su cabeza. El arma se le cayó de la mano y sus

piernas cedieron. Aspirando tanto aire como pudo, Danny aterrizó sobre una rodilla y lanzó un gancho ascendente con todas sus fuerzas a los testículos de Ivan. El golpe hizo que el hombretón retrocediera tambaleándose, derribando una bandeja de herramientas sobre el banco de trabajo mientras se doblaba, gimiendo.

Esos segundos vitales dieron a Danny tiempo para disipar algo del mareo y pasar al ataque. Avanzó con potencia, agachándose bajo los intentos de bloqueo de Ivan mientras desataba una fulminante combinación de puñetazos al torso de Ivan. Justo cuando pensaba que tenía ventaja, Ivan agarró a Danny en una explosión de movimiento y lo lanzó de espaldas sobre el banco de trabajo de acero. Antes de que Danny pudiera reaccionar, Ivan tenía las manos alrededor de su garganta, aplastándole la tráquea con un agarre de hierro. Danny golpeó el cuerpo de Ivan y tiró de sus brazos, intentando liberarse. Empezó a sentirse mareado y las estrellas comenzaron a bailar ante sus ojos por segunda vez en solo unos minutos. Dejando caer las manos sobre el banco de trabajo, tanteó frenéticamente hasta que sintió un mango de goma. Agarrándolo, Danny lo clavó hacia arriba en el cuello de Ivan. Sintió cómo atravesaba la resistencia de la piel, el músculo y el hueso hasta que solo el mango de goma sobresalía del cuello de Ivan.

Ivan emitió un sonido ronco y gorgoteante mientras soltaba su agarre de Danny. Retrocedió un paso o dos y agarró el mango de goma, sacando lentamente el objeto de su cuello. Danny observó cómo emergía el destornillador cubierto de sangre, provocando una fuente de sangre arterial que brotaba del agujero que había estado taponando. Mirando a Danny con incredulidad, el color abandonó el rostro de Ivan mientras sus ojos se ponían en blanco y caía al suelo. Después de recuperar el aliento con unas cuantas respiraciones profundas, Danny registró a Ivan, cogiendo su teléfono, la radio y el auricular, antes de recoger su arma y dirigirse a la parte delantera del hangar donde estaba Valerik en la camioneta. Deslizándose en el asiento del copiloto, pudo ver que algo iba mal por las lágrimas en los ojos de Valerik y el teléfono temblando en sus dedos.

—Están todos muertos. Los han matado a todos —dijo con voz apagada.

Danny se quedó sentado un segundo, luego se colocó el auricular y sostuvo la radio cerca de su boca.

—Voy a por vosotros.

# CINCUENTA Y DOS

—Ivan, Ivan, ¿qué está pasando? ¿Dónde coño estás? —gruñó Pasha por el micrófono.

La tensión se hizo insoportable mientras Pasha escuchaba los golpes y gruñidos de la pelea entre Danny e Ivan. Todo terminó con un sonido mortal, áspero y gorgoteante, y después silencio.

—Voy a por ti —dijo la voz de Danny, tranquila, baja y con una amenaza controlada.

Pasha no se movió durante unos segundos. Una sensación de miedo se apoderó de él. Era algo extraño para él. No lo había sentido desde la infancia, desde que su padre le había dado una paliza. La visión de la camioneta roja saliendo a toda velocidad del hangar le hizo reaccionar.

—Tenemos que irnos, AHORA —le dijo furioso a Annika.

Ella abrió la boca para protestar, pero el impacto de Pasha agarrándola por la muñeca y arrastrándola fuera de la sala de control la silenció.

—Karl, nos vamos —ordenó por la radio.

—Voy para allá —respondió Karl.

—Pasha, ¿cómo te atreves a tratarme así? No está muerto. Quiero que lo mates —dijo Annika, recuperando la voz cuando Pasha le soltó la muñeca para abrir la puerta del coche. Él la cerró de golpe en cuanto ella estuvo dentro y se apresuró a llegar al lado del conductor.

—Este hombre trae mala suerte. Mató a tu familia y nos matará a todos si no salimos de aquí —dijo Pasha, observando cómo la camioneta se acercaba a toda velocidad, derrapando de lado en el asfalto antes de dirigirse directamente hacia ellos.

Encendiendo el potente Mercedes, Pasha metió la marcha y pisó a fondo el acelerador.

***

—Mantén el pie a fondo —le dijo Danny a Valerik.

—Voy a arrancarle la cabeza a esa zorra —dijo Valerik con los dientes apretados.

Danny bajó la ventanilla y se asomó por el lado del pasajero. Intentó estabilizarse contra el movimiento errático de la camioneta mientras apuntaba a los neumáticos del coche de Pasha. Disparó una y otra vez hasta que el cargador quedó vacío. Los disparos fallaron el objetivo, pasando de largo la rueda para perforar pulcros agujeros redondos en los paneles circundantes de la carrocería. Al volver al interior de la camioneta, Danny ya había expulsado el cargador vacío y sacado el último lleno del bolsillo de sus vaqueros antes de que su trasero tocara el asiento. Introduciendo el nuevo cargador mientras volvía a asomarse por la ventanilla, Danny tuvo al Mercedes en su punto de mira en cuestión de segundos. Bloqueando su brazo hacia el objetivo, Danny permaneció tranquilo y apretó el gatillo, acertando en el neumático con el cuarto disparo. El Mercedes serpenteó fuera de control antes de deslizarse fuera de la carretera y girar sobre la hierba hasta chocar contra la valla perimetral. Regresando al interior de la camioneta, Danny y Valerik miraron al frente, impasibles, mientras se acercaban a Annika y Pasha.

Para su sorpresa, los dos todoterrenos acribillados que los habían mantenido inmovilizados anteriormente salieron disparados entre dos pequeños hangares. Karl giró bruscamente, dirigiéndose hacia Pasha y Annika, con los neumáticos chirriando mientras luchaban por mantener el agarre. El todoterreno con los dos hombres restantes de Volkov aceleró directamente hacia Danny y Valerik,

golpeando la camioneta en la parte trasera. El impacto envió el vehículo girando contra la puerta enrollable del hangar contiguo, doblándola hacia adentro hasta que se arrancó de las guías a ambos lados con un espantoso chirrido de metal contra metal. En cuanto se detuvieron, Valerik salió del asiento del conductor y disparó su arma contra el todoterreno que se aproximaba. Con su puerta atascada por trozos de metal, Danny se deslizó por la ventanilla destrozada del copiloto y trepó para unirse a él.

Un agujero tras otro perforaron el parabrisas del vehículo hasta que el arma de Valerik hizo clic al quedarse vacía, las balas continuando su trayectoria a través de la carne blanda del conductor y el pasajero, matándolos al instante. En el repentino silencio, el todoterreno se desvió hacia un lado, deteniéndose en seco al chocar contra la pared del hangar. Con ojos vengativos y rostros duros como el granito, ambos giraron la cabeza y observaron cómo Pasha y Annika desaparecían de vista en el Audi todoterreno de Karl.

—Larguémonos de aquí. Los bomberos y la policía llegarán pronto —dijo Danny, mirando las columnas de humo negro y acre que salían del hangar en llamas al otro lado del aeródromo.

—Tú coge la rueda de repuesto, yo levantaré el coche —respondió Valerik, con voz tranquila y fría mientras caminaba hacia el Mercedes de Annika.

Trabajaron rápido, cambiando el neumático reventado en tiempo récord, antes de dar marcha atrás para salir de la valla y acelerar alejándose del aeródromo.

—Para aquí —dijo Danny, divisando un apartadero en el bosque a un par de kilómetros por la carretera.

Valerik hizo lo que Danny le pidió, aparcando en el apartadero, dejando solo una vista parcial de la carretera.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Valerik.

—Espera un momento —dijo Danny, husmeando por el coche mientras esperaban.

Se giró y vio la culata de un rifle en el hueco para los pies del asiento trasero. Cuando lo sacó, un archivo de Manila se deslizó de debajo. Danny puso el rifle en el asiento trasero y recogió el archivo. Lo abrió y frunció el ceño al ver fotos suyas, de Tom y de John

sujetas con clips a documentos del MI6 y una orden clasificada de Howard para recopilar información sobre una instalación de almacenamiento de alto nivel al norte de Moscú.

—Vamos, ¿qué estamos esperando? Quiero volver a Moscú y matar a esa zorra —dijo Valerik, agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se estaban poniendo blancos.

Danny señaló hacia la carretera sin levantar la cabeza del archivo. Veinte segundos después, las sirenas aullantes se hicieron más fuertes, seguidas poco después por un convoy de policías, camiones de bomberos y ambulancias moviéndose a gran velocidad hacia el aeródromo.

—Ahora nos vamos —dijo Danny, marcando un número antes de llevarse el teléfono de Ivan a la oreja mientras Valerik salía del bosque.

—Oxford Financial Consultants —respondió la voz de la recepcionista.

—Necesito hablar con Howard —dijo Danny secamente.

—Manténgase en este número, Sr. Pearson, él se pondrá en contacto con usted en breve —dijo la recepcionista, colgando inmediatamente.

# CINCUENTA Y TRES

Frank detuvo el Audi Q7 de Howard frente a su sede de Whitehall. Esperaba que Howard saliera del coche con su habitual energía exuberante. Cuando no lo hizo, Frank miró a su jefe por el retrovisor. Estaba mirando por la ventana, sumido en sus pensamientos. Su rostro parecía más envejecido de lo normal y las oscuras ojeras bajo sus ojos eran claramente visibles.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Frank con genuina preocupación.

—¿Mmm, qué? Lo siento, Frank, estaba en las nubes —dijo Howard, con un tono tan cansado como su aspecto.

—Parece que le vendría bien unas vacaciones, señor.

—Sí, creo que tienes razón —dijo Howard, saliendo finalmente del coche.

—¿Debo esperar aquí, señor?

—Eh, no, Frank, tardaré bastante —dijo antes de volverse—. Tómate el resto del día libre. Toma, ve con tu familia, llévalos a algún sitio agradable —continuó, sacando la cartera del bolsillo de su traje. Extrajo un par de billetes de cincuenta libras y se los dio a Frank.

—No señor, no podría aceptarlo —protestó Frank.

—Por favor, tómalo.

Frank miró a su cansado jefe. —Gracias, señor —dijo.

Al alejarse, Howard entró en el edificio. Solo había subido unos pocos escalones cuando su teléfono vibró con un mensaje.

DANIEL PEARSON DESEA HABLAR con usted.

FRUNCIENDO EL CEÑO, Howard marcó el número adjunto al mensaje y se llevó el teléfono a la oreja mientras continuaba subiendo las escaleras.

—Daniel, supongo por tu llamada que los tres no estáis en el avión a Kiev que organicé, con un gran coste, debo añadir —dijo Howard, con un tono aún animado.

—El aeropuerto era una trampa, los hombres de Volkov sabían que íbamos. Tom y John están muertos —dijo Danny fríamente.

—Ya veo. Lamento mucho oír eso. ¿No hay posibilidad de que esa información haya salido de alguien de vuestro lado?

—Ninguna. Hay más. Annika Volkov tenía un expediente sobre todos nosotros, identificaciones del MI6 y unas órdenes falsas con tu nombre para obtener información sobre una instalación al norte de Moscú —dijo Danny enfadado.

—Mmm, eso plantea las cosas desde otra perspectiva. Supongo que no quieres que te prepare un plan de evacuación alternativo.

—No.

—En ese caso, ¿hay algo que necesites?

—Sí, te enviaré una lista —dijo Danny secamente.

—De acuerdo, ¿qué hay de los cuerpos de Tom y John? —preguntó Howard, odiándose a sí mismo por tener que hacerlo.

—No podrán identificar los cuerpos, fueron reducidos a cenizas con combustible de aviación.

La falta de emoción en la voz de Danny le indicó a Howard que ya había entrado en modo operativo, empujando sus emociones y dolor a la parte más profunda y oscura de su cerebro, donde los horrores de su pasado vivían bajo llave.

—Lo siento, eran buenos hombres. Envíame esa lista —dijo Howard con una tristeza poco habitual en su voz—. Y Danny —añadió rápidamente.

—Sí.

—Mátalos a todos.

—Recibido —dijo Danny antes de colgar.

Howard llegó al final de las escaleras, deteniéndose al extender la mano para abrir la puerta de la oficina. Un ceño fruncido le surcó la frente mientras se recomponía y empujaba la puerta para entrar.

—Jefe, tenemos una pista sobre los activos que... —dijo Martin, callándose cuando Howard se llevó los dedos a los labios.

Cuando Brian se giró en su asiento, Howard se llevó los dedos a los labios de nuevo e indicó que le siguieran fuera de la oficina. Desconcertados, hicieron lo que les pedía y acabaron en el rellano.

—Brian, que un equipo técnico revise la oficina en busca de micrófonos, ahora, inmediatamente, ¿de acuerdo? Que comprueben si los ordenadores tienen virus o software espía. No hacemos ni decimos nada allí dentro hasta que esté hecho —dijo Howard, haciendo una pausa mientras ambos hombres asentían en señal de conformidad.

—Martin, has dicho que tenías una pista sobre los activos. ¿Has mencionado algo de eso en la oficina?

—Eh, no, jefe, la pista acaba de llegar del señor Jenkins.

—Bien. Tengo malas noticias que contaros. La extracción de nuestros hombres en Rusia fue comprometida. Los hombres de Annika Volkov les estaban esperando, lo que resultó en la muerte de Tomas Trent y John Ball. Daniel Pearson logró salir bien y descubrió documentos falsificados que solo puedo suponer que estaban destinados a ser encontrados con los cuerpos. Estos documentos habrían causado un incidente internacional y sin duda habrían provocado el cierre de este departamento, y mi procesamiento. Como sabéis, nuestra eliminación significaría el fin de nuestra investigación actual, lo cual sería bastante conveniente para nuestro Ministro de Defensa, el señor Bullman. Creo que hablo por todos nosotros cuando digo que esto es personal. Demos lo mejor de nosotros, caballeros. Quiero clavar a ese cabrón en la pared —dijo Howard a sus dos analistas de aspecto sombrío.

—Sí, jefe. Por William, Tom y John —dijo Martin, mientras Brian asentía en señal de acuerdo.

—Bien, avisadme si encuentran algo en la revisión. Voy a ver a Edward y averiguar qué tiene sobre los activos que mataron a William —dijo Howard, esbozando una sonrisa antes de bajar las escaleras.

Salió del edificio, recordando de repente que le había dado la tarde libre a Frank. Sin inmutarse, caminó por la estrecha calle trasera y atravesó hasta Embankment, donde paró uno de los numerosos taxis negros.

—A la estación de metro de Vauxhall, por favor —dijo Howard. No le gustaba mencionar el edificio del SIS o MI6 que se encontraba frente a la estación de metro. Invitaba a demasiadas preguntas.

—Sin problema, señor, le llevaré allí en un periquete —dijo el taxista, sumergiéndose ya en la habitual charla trivial.

Howard sonrió educadamente y respondió con los acostumbrados sí y no en los momentos adecuados, mientras que por dentro, su mente iba a un lugar oscuro donde se tomaban decisiones. Decisiones sobre la vida o muerte de personas.

# CINCUENTA Y CUATRO

Después de un largo viaje en coche, Karl giró hacia la reconstruida finca de los Volkov. Los hombres en las puertas se apartaron y les observaron atravesar la entrada antes de cerrarlas silenciosamente tras ellos. Reanudaron su monótona guardia, bostezando mientras contaban los coches que pasaban por la carretera exterior.

—Despertad, pedazo de imbéciles, ¿veis algo sospechoso y lo comunicáis por radio, entendido? —gruñó Pasha, haciéndoles saltar —. ¿Me habéis entendido? —bramó cuando no respondieron con suficiente rapidez.

—Sí, Pasha, cualquier cosa, la comunicaremos —dijo el guardia nerviosamente.

Después de lanzarles una mirada feroz, se dio la vuelta y marchó tras Annika, quien entraba como una tromba en la casa, con sus tacones repiqueteando furiosamente sobre el suelo de mármol.

Ella entró en la amplia cocina. Su rostro estaba de nuevo calmado e inexpresivo, pero sus ojos azul hielo contaban otra historia mientras ardían de furia. —Fuera —dijo con rabia a Karl y a los dos hombres. Cuando no se movieron inmediatamente, notó que sus ojos observaban a Pasha mientras entraba en la habitación, esperando su confirmación.

—¿Por qué le miráis a él? He dicho que os larguéis —chilló.

Los hombres seguían dirigiendo miradas a Pasha, quien movió la cabeza hacia la puerta para que salieran.

—Cómo te atreves a socavarme, aquí, en mi propia casa, Pasha —dijo Annika, con su voz nuevamente bajo un frío control.

—No te socavo, Annika. Tú eres una Volkov, el nombre, la imagen. Yo soy el poder detrás de ese nombre, el miedo que hace cumplir tu palabra. No soy tu perro faldero para doblegarme a todos tus caprichos —dijo Pasha, paseándose por la cocina sin inmutarse.

—Soy Annika Volkov. Harás lo que yo diga —replicó mordazmente.

Pasha se giró para enfrentarla, su rostro contorsionándose de ira. —¿Crees que es el nombre lo que te trae respeto? Esta obsesión con Pearson, la prisión, los juegos y el fracaso. Nos has hecho parecer el hazmerreír. ¿Gobernar Moscú? No podemos ni matar a este hombre. Tu padre se estaría revolviendo en su tumba —gruñó.

—Yo, yo tengo que encontrarle, el honor familiar exige que lo mate —dijo ella, mientras el arrebato de Pasha la hacía sentir como una niña de nuevo. Los recuerdos de los arrebatos de su padre Yuri que la enviaban llorando a su habitación volvieron de golpe.

—No necesitamos encontrarle. Él viene. Viene a matarte, y cuando lo haga, yo estaré listo para él —dijo Pasha, antes de salir de la habitación.

Dejada sola en la cocina de encimeras de mármol blanco, la dura y gélida fachada de Annika se desmoronó y se derrumbó, temblando incontrolablemente, con las lágrimas surcando su rostro perfectamente maquillado.

***

El viaje en coche de regreso a Moscú transcurrió en silencio. Tanto Danny como Valerik estaban encerrados en sus pensamientos turbulentos mientras pasaban del duelo y el dolor a la venganza, la muerte y la destrucción. Gradualmente ambos hombres dejaron a un lado la pérdida de amigos y seres queridos y llenaron el vacío con planes de venganza.

—Entonces, ¿cómo vamos a matar a esa zorra? —dijo finalmente Valerik.

—Bueno, no podemos simplemente presentarnos en la finca familiar. Seguro que habrá un bonito comité de bienvenida esperándonos. No, tenemos que hacerlos salir, dividir y conquistar. ¿Qué negocios tiene ella en Moscú?

—Muchos. Bares, burdeles, discotecas, elige —dijo Valerik, encogiéndose de hombros.

—¿Los grandes? —dijo Danny.

—Vale, tienen un bar llamado Yuri's en honor a su padre, y una gran discoteca llamada Diamonds. También tienen un club de striptease llamado Midnight. Es más bien un prostíbulo con habitaciones arriba para atender a los clientes. ¿Cuál quieres atacar? —dijo Valerik, la idea de una acción positiva le distraía de las muertes de su padre y su primo.

—Los tres —dijo Danny, mortalmente serio.

—¡Los tres!

—En la misma noche —añadió Danny.

—Suena jodidamente loco —dijo Valerik, haciendo una pausa antes de añadir—: Cuente conmigo —mientras una sonrisa se extendía por su rostro.

—Primero necesitamos un lugar donde quedarnos, luego tenemos que inspeccionar los objetivos —dijo Danny, escribiendo torpemente en su móvil.

—Tengo un sitio seguro donde podemos quedarnos. ¿Qué estás escribiendo? —preguntó Valerik.

—Una lista de la compra, solo una lista de la compra —dijo Danny, pulsando enviar antes de sonreírle a Valerik. Su teléfono emitió un pitido con la respuesta de Howard en menos de un minuto.

Tu petición ha sido anotada. Mantente a la espera. Esto puede llevar algún tiempo.

—Ahora solo necesito algo de comida y un lugar para descansar un poco —dijo Danny, sintiéndose de repente agotado después de los acontecimientos del día.

—No hay problema, llegaremos pronto —dijo Valerik mientras alcanzaban las afueras de la ciudad.

Saliendo de las calles principales, Valerik zigzagueó por la ciudad, abriéndose paso entre kilómetros de bloques de apartamentos de aspecto anodino hasta la grandeza del histórico barrio del Viejo Arbat de la ciudad. Conduciendo lentamente por las estrechas callejuelas, Valerik encontró un espacio para aparcar junto a un tramo de muro lleno de grafitis.

—Vale, está justo a la vuelta de la esquina —dijo Valerik, saliendo del coche.

—¿Adónde vamos? —dijo Danny, doblando el expediente manipulado y metiéndolo en su chaqueta. Pensó en llevarse el rifle, pero decidió que era demasiado difícil de ocultar y lo último que quería era que la policía investigara avistamientos de hombres armados.

—Natalya —respondió Valerik con una sonrisa.

—¿Quién es Natalya? —dijo Danny, siguiendo a Valerik por un estrecho callejón.

—Es mi, cómo se dice, eh, amiga mujer.

—Novia —dijo Danny.

—Sí, más o menos.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Eh, hace aproximadamente un año, tuvimos una pelea y me fui furioso. La policía me metió en prisión antes de que pudiéramos reconciliarnos —dijo Valerik, deteniéndose junto a una puerta pesada con una hilera de timbres al lado.

—¿Estás seguro de esto? —dijo Danny mientras Valerik pulsaba el timbre.

—Está bien, es buena chica, a veces un poco, eh, kaboom, sí, pero buena chica —dijo Valerik mientras una voz femenina decía algo en ruso a través del interfono.

—Hola nena, soy yo, Valerik. Déjame entrar —respondió Valerik suavemente.

Danny arqueó las cejas mientras un interminable torrente de airados improperios en ruso salía del interfono.

—Vamos, nena, no fue culpa mía. Los Volkov me tuvieron encerrado en la prisión de Lefortovo. Déjame entrar. Te he echado de menos, cariño. Vamos, soy yo, Valerik —dijo mientras Danny miraba arriba y abajo del callejón, preguntándose de qué estarían hablando.

La conversación cesó, y permanecieron en un tenso silencio durante medio minuto antes de que el cerrojo de la puerta zumbara abriéndose.

—¿Ves? Buena chica —dijo Valerik, empujando la puerta con una gran sonrisa en su rostro.

# CINCUENTA Y CINCO

En la cuarta planta de la sede del MI6, también conocido como el Edificio SIS, Howard llamó a la puerta abierta del despacho del Jefe del Servicio de Inteligencia Secreta, Edward Jenkins. Edward levantó la vista de su ordenador y frunció el ceño al ver a Howard.

—Howard, ¿estás bien? Tienes un aspecto horrible —dijo con genuina preocupación, haciéndole un gesto para que entrara.

—Han sido un par de semanas difíciles, amigo mío, y me temo que no me estoy haciendo más joven —dijo Howard, intentando sonar animado.

—Bueno, al menos puedes dar por cerrado lo de Moscú; Danny y los chicos volverán mañana —dijo Edward con una sonrisa.

—Me temo que eso no será posible. Les tendieron una emboscada en el aeropuerto. Tomas y John no lo consiguieron.

—Dios mío, ¿y Daniel? —dijo Edward.

—Daniel se está tomando la pérdida de forma muy personal, como era de esperar. Me temo que cuanto menos sepamos sobre sus planes, mejor.

—¿Cómo sabían lo del aeropuerto?

—Tengo mis sospechas, y si resultan acertadas, las cosas podrían complicarse bastante. Por esa razón, preferiría mantenerte al margen de esto, Edward —dijo Howard con una cansada sonrisa.

—Ya veo. ¿Tiene esto algo que ver con cierto ministro que hemos estado investigando? —dijo Edward con una mirada cómplice.

—¿Qué noticias tienes sobre los caballeros que irrumpieron en mi despacho y mataron a William? —dijo Howard, cambiando de tema.

Sin insistir en el tema, Edward abrió el cajón de su escritorio y le pasó un expediente a Howard. —Dos posibilidades, dos antiguos activos del Ministerio de Defensa en la capital en ese momento. Uno tomó un vuelo a España, el otro un vuelo a Ámsterdam horas después de que William fuera asesinado.

—Gracias, Edward, yo me encargo a partir de ahora. Cierra la investigación sobre el Sr. Bullman y olvida que has visto esto —dijo Howard, tomando el expediente y levantándose para marcharse.

—Como desees. Cuídate, Howard —dijo Edward, observándole mientras se iba.

—Gracias, Edward, has sido un gran amigo para mí —dijo Howard con un sentimiento inesperado.

Se dirigió hacia la salida de la oficina y pasó por el control de seguridad habitual antes de abandonar el edificio. Se dirigía hacia la estación de metro de Vauxhall, donde sabía que podría coger un taxi, cuando sonó su teléfono.

—Sí, Brian.

—Hola, jefe. Acabamos de revisar la oficina y comprobar los ordenadores. Están todos limpios, pero hemos encontrado un par de dispositivos de escucha —dijo Brian.

—Me lo suponía. Gracias, Brian, volveré en breve —dijo Howard, colgando.

Hizo señas a un taxi que se acercaba y se subió para el viaje de regreso a su oficina en Whitehall. Mientras avanzaba lentamente por el denso tráfico londinense, su teléfono vibró con un mensaje de Lem Vassiliev.

El envío estará listo mañana.

Todas las deudas están saldadas, amigo mío.

Estás por tu cuenta. Buena suerte.

HOWARD SONRIÓ ANTE EL MENSAJE. El mundo era un lugar más sencillo cuando él y Lem Vassiliev se conocieron. Veinte minutos después y tras echar un vistazo rápido al expediente que Edward le había entregado, Howard subía de nuevo las escaleras hacia su despacho. A diferencia de antes, la información de Edward, el mensaje de Lem y el descubrimiento de los micrófonos en la oficina le habían devuelto el vigor a sus pasos y alejado el cansancio de su rostro.

—Están ahí, jefe —dijo Brian, señalando dos diminutos dispositivos desconectados sobre el escritorio.

—Gracias, Brian, yo me ocuparé de ellos —dijo Howard, recogiéndolos y guardándolos en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué quieres que hagamos ahora, jefe? —dijo Brian.

—Quiero que todos trabajéis en la conexión entre James Bullman y los Volkov. Quiero que retrocedáis hasta el ascenso al poder de Viktor y Yuri Volkov hace seis, siete, ocho años. Coordinaos con Edward; el MI6 y el MI5 tenían expedientes sobre ellos por entonces. Investigad la conexión entre Annika Volkov y Bullman, pedid a Lionel que agite un poco su pequeña red callejera, dadle algo de dinero del fondo de proyectos especiales para que se les suelte la lengua —dijo Howard, comprobando su reloj—. Pensándolo mejor, ha sido un día particularmente horrible, caballeros, y creo que la mejor manera de terminarlo sería alzando una copa por los amigos ausentes. Así que si queréis acompañarme al Silver Cross que hay a la vuelta de la esquina, me gustaría invitaros a todos a una copa —dijo Howard con una sonrisa.

El equipo guardó silencio por un momento. Habían trabajado para Howard durante algún tiempo y, aunque era un jefe justo, nunca se había cruzado la línea entre el trabajo y la vida privada.

—Abre camino, jefe —dijo finalmente Brian, animando a los demás a seguirle.

# CINCUENTA Y SEIS

Valerik se abrió paso a través de la puerta del apartamento, agachándose inmediatamente cuando un jarrón de cristal voló en su dirección. El brazo de Danny salió disparado con reflejos relampagueantes mientras pasaba por encima de la cabeza de Valerik, atrapando el jarrón en su mano a escasos centímetros de que se estrellara contra la pared. Lo dejó suavemente sobre una mesita junto a la puerta y permaneció en silencio mientras Natalya gritaba furiosa a Valerik.

—¿Qué coño, Val? Desapareces hace un puto año, nada, ni una palabra. ¿Qué, no podías hacer una puta llamada? Y ahora entras aquí como si nada hubiera pasado.

—Eh, nena, no fue culpa mía. Me fui de aquí y esa zorra de Volkov hizo que su policía corrupta me agarrara. He estado en la prisión de Lefortovo todo este tiempo. Seguiría allí si este tío y mi padre no nos hubieran sacado a Leonid y a mí —dijo Valerik, mirando a Natalya con ojos tristes y arrepentidos.

—¿Qué, esperas que me crea esa mierda? No, no, puedes largarte con tu padre y ese primo inútil tuyo —dijo Natalya, con su enfado disminuyendo un poco.

—No puedo. Los hombres de Volkov nos tendieron una emboscada hoy. Mataron a mi padre, a Leonid, a Pyotr y a sus amigos —dijo Valerik en voz baja, señalando a Danny.

Natalya miró a Valerik, su rostro cargado de tristeza y dolor, y luego a la cara de Danny, dura, con sus ojos distantes, oscuros y peligrosos.

—Jura que no me estás mintiendo, Val —dijo, conmocionada por la noticia.

—Te lo juro, nena, todos se han ido, eres lo único que me queda.

Ella lo miró durante unos segundos, abandonándola toda la ira mientras se acercaba y agarraba a Valerik, abrazándolo mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. —Oh, cariño, lo siento mucho —dijo, colocando sus manos en sus mejillas y besándolo apasionadamente.

—Dios, te he echado de menos —dijo Valerik, devolviéndole el beso.

—¿Cuál es su problema? —dijo Natalya, divisando a Danny por encima del hombro de Valerik, aún de pie en la entrada, con aspecto indiferente.

—Oh, ese es Danny, es de Inglaterra, no habla nada de ruso. Sé amable, Natalya, le debo la vida —dijo Valerik, besándola de nuevo.

—Eh, ven, siéntate, er, ponte cómodo —le dijo Natalya a Danny con su limitado inglés.

Danny asintió y se sentó, la empuñadura de su pistola haciéndose visible cuando su chaqueta se abrió. Natalya la vio y palpó dentro de la chaqueta de Valerik, retirando su mano al tocar su arma.

—Tenemos que terminar esto, Natalya. Es la única forma de librarnos de los Volkov y vengar la muerte de mi padre y de Leonid.

Natalya se quedó conmocionada por un momento y luego asintió. —Vale, haz lo que tengas que hacer —dijo, mirándole a los ojos.

El teléfono de Ivan vibró mientras Danny estaba sentado en el sofá. No entendía lo que Valerik y Natalya se decían, pero por el tono y el lenguaje corporal, parecía que iba bien. Miró el mensaje, y luego de nuevo a Valerik. —El material estará listo mañana. Necesitamos ir a inspeccionar los objetivos esta noche —dijo Danny con poca emoción.

—Vale, vale, vamos a comer algo. Natalya, ¿U tebya yest' yeda? —dijo Valerik, preguntándole a Natalya si tenía algo de comida.

—Puedo hacer unos pirozhkis y shashliks —dijo ella, dirigiéndose a la cocina.

—Gracias, nena.

Valerik se sentó en la silla frente a Danny. Su cuerpo parecía desaparecer en ella y su rostro se veía cansado y demacrado.

—¿Estás preparado para esto, Valerik? Porque las probabilidades no están a nuestro favor —dijo Danny, mirándole.

—Estoy listo, amigo mío. Las probabilidades han estado en mi contra toda mi vida, pero aquí estoy, todavía respirando.

—Tú y yo igual —respondió Danny con una sonrisa.

Comieron y charlaron, intentando mantener la conversación ligera y alejada de los acontecimientos recientes y de lo que estaba por venir, por el bien de Natalya. Danny pidió prestado el portátil de Natalya mientras ella y Valerik desaparecían en el dormitorio para reencontrarse. Buscó en Google Earth el Bar de Yuri, Diamonds y el club de striptease llamado Midnight, tomando notas antes de comprobar todos los lugares en redes sociales para hacerse una idea de la distribución interna. Bloqueando mentalmente los ruidos que prefería no oír procedentes del dormitorio de Natalya, Danny estudió las ubicaciones de los clubs y todas las rutas y tiempos que llevaría cruzar de un lugar a otro. Cuando averiguó todo lo que pudo, lo fijó en su memoria y en páginas de notas. A continuación, Danny buscó toda la información posible sobre Annika Volkov y Pasha Manolov. Encontró un registro de construcción para la reconstrucción de la finca Volkov. Sonrió al pensar en su amigo genio informático Scott Miller cuando Google Translate se activó y lo cambió todo al inglés. Búsquedas adicionales revelaron muy poco sobre los dos nombres, lo cual no era sorprendente dado su origen.

—Eh, ¿qué haces ahí sentado? ¿Estás listo para irnos? —dijo Valerik, volviendo a la pequeña sala con una gran sonrisa en la cara.

—Sí. ¿Todo bien entre Natalya y tú? —preguntó Danny, devolviéndole la sonrisa mientras se levantaba.

—Oh, sí, muy bien, tío. Vamos, ha dicho que podemos coger su coche —dijo Valerik, agitando un juego de llaves ante Danny.

Cuando llegaron a la calle, Valerik pulsó el botón de la llave y miró alrededor. Tres coches más abajo, un Lada Granta de aspecto

corriente parpadeó sus luces y se desbloqueó.

—No te ha prestado su coche, ¿verdad? —dijo Danny, negando con la cabeza mientras entraba en el lado del copiloto.

—Podría haberlo hecho, si se lo hubiera pedido —respondió Valerik, entrando y arrancando—. ¿Adónde vamos primero?

—Al Bar de Yuri, es el más cercano.

Después de solo diez minutos de conducción, Valerik aparcó el coche cincuenta metros más abajo del Bar de Yuri. Era moderno y luminoso, con el nombre iluminado en neón azul sobre la puerta. Danny y Valerik salieron y pasaron caminando por la acera de enfrente.

—Dos porteros en la puerta, ¿suele haber problemas ahí dentro? —preguntó Danny.

—No, todo el mundo sabe quién es el dueño. Si provocas problemas ahí dentro, Pasha te encontraría y te jodería.

—Bien, así que no tendrán muchos porteros dentro.

Continuaron hasta que encontraron un callejón que conducía por el lateral del bar, que daba acceso a la salida de emergencia en la parte trasera del edificio.

—Vale, ya he visto suficiente. Vámonos —dijo Danny, volviendo por el callejón.

—Vale, tú mandas —dijo Valerik, siguiéndole.

Cronometrando desde el momento en que se marcharon, Danny tomó algunas notas mientras se dirigían al club nocturno Diamonds. Caminaron alrededor del edificio como habían hecho antes hasta que Danny vio suficiente. Cronometrando el trayecto de nuevo, condujeron hasta la última parada, el club de striptease Midnight.

—Este será el más difícil —dijo Danny, mirando el imponente edificio con sus letreros de neón y ventanas tintadas.

—Sí, ¿por qué es este diferente? —preguntó Valerik.

—Bailarinas de striptease significa más chicas, más clientes manoseadores, más dinero, lo que implica más músculo protegiéndolas. Este será el último lugar que atacaremos.

—Vale, ¿cómo lo haremos? —dijo Valerik, confundido.

—Planificación, Valerik, planificación. Pero eso será para mañana, ha sido un día largo y de mierda y necesito dormir.

—Sí, estoy de acuerdo con eso —dijo Valerik, girando el coche y dirigiéndose de vuelta hacia la casa de Natalya.

# CINCUENTA Y SIETE

Larry Whistle bostezó y apagó su ordenador. Miró alrededor de la oscura oficina.

El último en salir, otra vez.

Se levantó, cogió su chaqueta del respaldo de la silla y se la puso. Tras salir del edificio de alta seguridad a través de varias puertas controladas por reconocimiento facial, Larry llegó finalmente al vestíbulo y se dirigió a la salida.

—Buenas noches, Bob —le dijo al guardia de seguridad en el mostrador.

—Sí, buenas noches, Larry —respondió Bob, pulsando el botón de apertura de la puerta en el mostrador para dejarlo salir. El aire nocturno era fresco y las calles estaban tranquilas mientras caminaba hacia Trafalgar Square y la estación de metro de Charing Cross. Miró a ambos lados para cruzar una calle y se dio cuenta de que dos hombres caminaban a unos veinte metros detrás de él. Le miraban fijamente mientras andaban, vestidos de forma amenazadora con vaqueros oscuros y cazadoras bomber negras, con idénticos cortes de pelo al rape. Aunque se convenció a sí mismo de que simplemente caminaban en la misma dirección que él, aceleró el paso.

Un poco más adelante, Larry no pudo resistir más el impulso de mirar atrás. Su pulso se aceleró y el pánico se apoderó de él al ver a

los hombres a solo diez metros, todavía mirándole fijamente, todavía siguiéndole implacablemente. Larry comenzó a correr.

Solo tengo que llegar a la estación de metro. Allí habrá ayuda y estaré a salvo.

Volvió a mirar atrás, aterrorizado al ver a los dos hombres trotando sin esfuerzo tras él, sin jadear, ni siquiera con una gota de sudor recorriéndoles la cara. Al mirar de nuevo al frente, Larry dio un respingo y se detuvo en seco al ver aparecer delante de él a dos clones de los hombres que le seguían, mientras permanecía inmóvil, como un conejo deslumbrado por los faros.

Una furgoneta azul se detuvo junto a ellos, con la puerta ya abriéndose antes de parar por completo. Le echaron una capucha sobre la cabeza y unos brazos le agarraron por detrás, metiéndole dentro, mientras la puerta se cerraba tras él como si hubiera sido engullido por un animal salvaje. La furgoneta se alejó a toda velocidad y un Range Rover Sport ocupó instantáneamente su lugar. Los cuatro hombres subieron al coche antes de que este arrancara tras la furgoneta.

***

Algún tiempo después, la furgoneta se detuvo y Larry fue conducido, temblando, al interior de un edificio, con las muñecas atadas a la espalda con bridas y la capucha aún firmemente sobre su cabeza. Oyó el sonido de una pesada puerta metálica chirriando al abrirse antes de que le empujaran bruscamente al interior. Unas manos le obligaron a sentarse en una silla dura y le dejaron allí. Aterrorizado hasta límites insospechados, Larry temblaba sin control. Las lágrimas rodaban por sus mejillas bajo la capucha mientras permanecía sentado, sintiendo cada minuto como una hora. Después de una eternidad, la puerta volvió a chirriar al abrirse y unos pasos resonaron, lentos y deliberados, moviéndose detrás de él, luego rodeándole hasta situarse delante. Una silla fue arrastrada por el suelo frente a él, chirriando lentamente sobre el suelo de hormigón. Luego, silencio. Minutos después, que pusieron sus nervios a

prueba, le quitaron la capucha de un tirón, dejándole luchando por enfocar bajo la dura luz de los fluorescentes. Cuando las estrellas desaparecieron de su vista, un hombre trajeado estaba sentado con las piernas cruzadas frente a él, quitándose una pelusa de los pantalones del traje. Larry levantó la mirada hacia la cara del hombre con sorpresa.

—Buenas noches, señor Whistle. Usted sabe quién soy, así que me ahorro las presentaciones. Me han dicho que es un hombre inteligente, así que estoy seguro de que ya habrá deducido qué es este lugar y qué ocurre aquí —dijo Howard, haciendo una pausa para enfatizar mientras observaba cómo los ojos de Larry examinaban la celda de interrogatorio.

—Por favor, no he hecho nada —tartamudeó Larry, con los ojos desorbitados por el miedo.

—Vamos, vamos, señor Whistle. Ambos sabemos que eso no es del todo cierto, ¿verdad? —dijo Howard, poniéndose en pie. Se quitó la chaqueta y la colocó cuidadosamente en el respaldo de su silla. Mirando por encima de la cabeza de Larry, hizo un breve gesto afirmativo, que fue seguido instantáneamente por unas manos que agarraron a Larry por los hombros desde atrás.

—Mmm, hace tiempo que no lo hago. El submarino siempre ha sido muy eficaz, no deja marcas físicas. Lo experimenté una vez, una experiencia horrorosa, debo decir. Realmente sientes que te estás ahogando —dijo Howard, viendo cómo Larry se desmoronaba en un amasijo de llanto.

—No, por favor, yo solo hago lo que me ordenan. El Ministro, el señor Bullman, da las órdenes. Él mandó seguir a su hombre Pearson para los rusos y ordenó la vigilancia sobre usted e hizo que instalaran micrófonos en su oficina —dijo Larry entre lágrimas.

Howard sonrió a Larry. Colocó las manos sobre la mesa de acero que había entre ellos y se inclinó hacia delante. —Soy plenamente consciente de esa pequeña joya de información, señor Whistle. Lo que me gustaría saber es por qué nuestro estimado Ministro de Defensa está ayudando a una escoria de la mafia rusa como Annika Volkov —dijo Howard, incorporándose y luego agachándose detrás

del escritorio—. Caballeros —continuó, sacando un cubo de agua y una toalla.

Los dos hombres detrás de Larry lo levantaron del suelo y lo dejaron caer sobre la mesa de acero, boca arriba.

—¡Fotos, ella tenía fotos de él con chicas menores de edad! Me pidió que destruyera algunos archivos de su ordenador para que nunca pudieran ser rastreados, no se suponía que debía mirarlos, pero lo hice. Le gusta torturar y violar a chicas jóvenes, ¡lo juro! —gritó Larry cuando la sombra de Howard sosteniendo la toalla se interpuso ante la dura luz de los fluorescentes sobre él.

Con un gesto de Howard, Larry fue arrastrado fuera de la mesa y vuelto a sentar bruscamente en la silla.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad, señor Whistle? —dijo Howard, colocando el cubo y la toalla detrás del escritorio antes de volver a sentarse. Sonrió a Larry, cruzó las piernas y colocó las manos sobre su regazo—. Ahora, sobre esas chicas jóvenes...

# CINCUENTA Y OCHO

Danny cogió el móvil una fracción de segundo después de la alerta del mensaje. Apenas eran las seis de la mañana, pero no había estado durmiendo. Los pensamientos sobre Leonid, Kristof, Tom y John atormentaban su mente habitualmente clara.

FURGONETA VW TRANSPORTER blanca frente al Museo Casa Burganov en Bol'shoy Afanas'yevskiy Pereulok, 15, ctp. 9, Moscú.

Llave en caja magnética bajo el paso de rueda del lado del conductor, artículos solicitados en la parte trasera. Buena suerte.

ABRIENDO EL PORTÁTIL DE NATALYA, Danny buscó en Google dónde estaba la ubicación. Al ver que solo estaba a un par de kilómetros, decidió ir a por ella. Se puso la chaqueta y metió la pistola en la parte trasera de sus vaqueros, garabateó una nota para Valerik, cogió las llaves de la puerta de Natalya y salió del apartamento.

El aire matutino era fresco, y el sol apenas comenzaba a asomar por el horizonte. La parte antigua de la ciudad estaba repleta de edificios altos e impecables pintados en una vibrante variedad de rosas, naranjas y amarillos. Caminando a paso ligero, Danny dobló hacia Bol'shoy Afanas'yevskiy Pereulok. Redujo el paso para pasear con aparente tranquilidad. Interiormente, estaba tenso y alerta. Sus ojos escudriñaban la carretera, las aceras y los coches, mientras

que, de forma subconsciente, procesaba los edificios y ventanas en su visión periférica en busca de amenazas. Divisó la furgoneta frente al museo y caminó hacia ella. Sin girar la cabeza, pasó de largo y continuó por la calle, escaneando constantemente sus alrededores. Después de avanzar cincuenta metros sin que nada alertara sus sentidos, Danny giró sobre sus talones y regresó. Al llegar junto a la rueda del lado del conductor, se agachó y tanteó bajo el paso de rueda, agradecido de sentir la caja magnética. La desprendió y la abrió, pulsando el botón de desbloqueo de la llave que había dentro. Tras una última mirada a su alrededor, Danny entró, arrancó la furgoneta y se marchó, resistiendo la tentación de pisar a fondo el acelerador en cada marcha para salir de allí lo antes posible.

Tomó varios desvíos, cruzando la ruta que había usado para llegar allí varias veces antes de estar satisfecho de que no le seguían, luego se dirigió de vuelta al apartamento de Natalya. Conduciendo un poco más allá de donde habían aparcado el coche de Annika el día anterior, Danny bajó de un salto y fue a las puertas traseras de la furgoneta. Comprobó que no hubiera nadie alrededor antes de abrir. Dos grandes bolsas negras de lona yacían en el suelo de la parte trasera. Danny giró la luz de la puerta en el techo a encendido, luego subió al interior, cerrando las puertas traseras tras él. Abrió la cremallera de cada bolsa por turnos, hizo una rápida comprobación visual y volvió a cerrarlas. Saliendo de nuevo, Danny tiró de las bolsas hacia él antes de cargar las correas sobre sus hombros una a una. Cerró las puertas de la furgoneta y se dirigió por el callejón hacia el apartamento de Natalya. Para cuando dejó caer las bolsas en el suelo de la sala de estar, su respiración era pesada y un hilo de sudor corría por su sien. Miró hacia la puerta del dormitorio de Natalya al final del pasillo y luego a su reloj. Las siete y veinte y nadie se mueve.

Volviendo su atención a las bolsas de lona, Danny abrió las cremalleras y comenzó a sacar el contenido, colocándolo cuidadosamente sobre la alfombra. Estaba en medio de la limpieza y comprobación del último fusil de asalto AK-74 cuando Natalya salió del dormitorio; se quedó paralizada en el pasillo al ver a Danny

sentado en el sofá sosteniendo un rifle rodeado de un arsenal de armas, granadas, cuchillos y chalecos antibalas.

—Buenos días —dijo él con naturalidad.

—Eh, buenos días —dijo ella antes de gritar llamando a Valerik.

—Sí, ya voy —dijo Valerik, caminando pesadamente por el pasillo para unirse a ella—. Joder.

—Buenos días a ti también —dijo Danny con una sonrisa.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Valerik, mirando el rifle que Danny sostenía.

—Esto es un fusil de asalto AK-74M con mira óptica y un lanzagranadas GP-34 —dijo Danny, girándolo y entregándoselo.

—¿Y todo esto? —dijo Valerik, mirando el equipo en el suelo.

—Doce cargadores de cuarenta balas, seis granadas de humo, cuatro granadas de fragmentación, una máscara de gas cada uno, cuatro pistolas Beretta 96 A1 con tres cargadores de doce balas cada una y dos silenciadores, dos cuchillos de combate AUS-8, dos chalecos tácticos antibalas, ah y cuatro barras de explosivo plástico, detonadores y temporizadores.

—Vaya, voy a meterle una granada por el culo a esa zorra y volarle la puta cabeza —dijo Valerik, haciendo los movimientos con el rifle.

—Probablemente te volarás las pelotas. Ahora, si habéis terminado de comparar vuestros penes, prepararé el desayuno, da —dijo Natalya, caminando hacia la cocina sin impresionarse.

—Tiene razón. Necesito enseñarte a usar todo esto hasta que puedas hacerlo con los ojos cerrados, y necesito repasar el plan hasta que sea como una segunda naturaleza —dijo Danny, quitándole el rifle a Valerik.

—Vale, vale, desayunamos y luego nos ponemos a trabajar.

# CINCUENTA Y NUEVE

Pasha estaba de pie frente a la mansión de los Volkov. Contemplaba la puerta principal con ojos oscuros y sombríos.

El constante fracaso para matar a Pearson alimentaba su paranoia, haciéndole consciente de cada mirada de reojo de sus hombres. El sonido de una risa hizo que girara bruscamente la cabeza hacia los dos hombres que compartían una broma junto a los coches. Enfurecido, Pasha se dirigió hacia ellos como una tormenta. Tenía su pistola fuera y apuntando a la cabeza del hombre que reía antes de que este pudiera pestañear.

—¿Os atrevéis a reíros de mí? ¿Creéis que soy un chiste, eh? ¿Es eso lo que pensáis? —gritó al hombre sorprendido.

—No, Pasha, no me estaba riendo de ti. Jamás me reiría de ti —dijo, poniéndose blanco como el papel mientras levantaba las manos en señal de pasividad.

—Vamos, Pasha, no nos estábamos riendo de ti —dijo el otro hombre, intentando calmarlo.

—Eh, eh, tranquilo, hermano, ven, cálmate —dijo Karl, apresurándose desde la puerta principal.

Karl puso su mano encima de la pistola de Pasha y ejerció una suave presión hasta que este la bajó a un costado.

—Vosotros dos, largaos. Revisad la parte trasera de la casa, da —dijo Karl apresuradamente. Los dos hombres no necesitaron que se lo repitieran y salieron corriendo.

—Me estaban faltando al respeto, lo sé —dijo Pasha, enfundando su pistola.

—No, no lo hacían. Si lo hubieran hecho, yo mismo les habría metido una bala en la cabeza. Ven, demos un paseo —dijo Karl, indicando con un gesto de la cabeza a Pasha que le siguiera por los jardines.

—La obsesión de Annika con este hombre nos ha hecho parecer débiles a todos. Si no acabamos con esto pronto, otros vendrán a quitarnos todo —gruñó Pasha.

—Quizás haya algo bueno que sacar de esto —dijo Karl, con voz baja para no ser escuchado.

—¿Algo bueno? ¿Qué quieres decir? —preguntó Pasha, mientras los dos se alejaban más de la mansión.

—Bueno, si ese tal Pearson matara a Annika Volkov antes de que tú pudieras matarle a él, estarías en la posición perfecta para tomar el control de Moscú. Los hombres te seguirían y las otras familias de la Mafia estarían satisfechas con que se hubiera vengado a Yuri y a Annika. Apoyarían tu posición como jefe.

Pasha se detuvo en seco y miró fijamente a Karl durante un minuto. Aunque era su hermano, Karl pensó que se había pasado de la raya y que Pasha iba a sacar su pistola.

—¿Y cómo vamos a asegurarnos de que eso ocurra? —dijo finalmente Pasha, para alivio de Karl.

—Tú mismo lo has dicho. Pearson vendrá. Sabe que tiene que terminar esto o pasará toda su vida mirando por encima del hombro. Esperamos. Cuando aparezca, ella muere. ¿Quién podrá decir si fue él quien la mató o no? —dijo Karl, divisando a Annika en la entrada de la mansión, dando órdenes a gritos a algunos de los hombres mientras se acercaban.

Los ojos de Pasha se centraron en Annika como un animal salvaje que detecta a su presa, con una pequeña sonrisa curvándose en las comisuras de sus labios. —Creo que podrías tener razón, hermano.

—La tengo. Es nuestro momento de gobernar —dijo Karl, separándose de Pasha mientras se dirigía hacia Annika.

—Pasha, ¿has oído algo? ¿Qué está pasando? —dijo Annika con su habitual tono frío y exigente.

—No se preocupe, estamos preparados para él, va a conseguir la venganza que se merece —dijo Pasha, situándose junto a ella.

—Bien, esto ya ha durado demasiado —dijo ella, girando sobre sus talones y volviendo a entrar en la casa con paso decidido.

—Desde luego que sí —murmuró Pasha entre dientes.

# SESENTA

Era primera hora de la tarde y Danny había retrocedido cinco años en el tiempo. Estaba sentado a unos cien metros de la reconstruida mansión Volkov, en el mismo aparcamiento, en la misma gasolinera, comiendo otro sándwich blando y bebiendo un café horrible mientras observaba la mansión a través de sus grandes verjas negras de hierro.

—Entiendo lo de los clubs, pero ¿cómo vamos a pasar las verjas y los guardias? Nos verán venir desde lejos —dijo Valerik, arrugando la nariz ante el café.

—Todo es cuestión de timing. Atacaremos los dos primeros clubs al mismo tiempo para atraerlos. Mientras se ocupan de eso, asaltamos el club de striptease y esperamos. Si todo va bien, nos llevarán directamente dentro —dijo Danny, bajando la ventanilla de la furgoneta y tirando el resto del café.

—¿Y si nos equivocamos? —dijo Valerik, girándose para mirarlo a la cara.

—Entonces estaremos muertos y ya no importará —respondió Danny con una sonrisa.

—Mierda, otro día cualquiera en Moscú. Bueno, tenemos unas horas que matar. ¿Qué te parece si vamos a un bar y brindamos por los amigos y familiares caídos antes de que las cosas se pongan feas?

—Lo mejor que has dicho en todo el día. Recogeremos el coche de Annika por el camino —dijo Danny, arrancando la furgoneta y dirigiéndose de vuelta a Moscú.

Los dos condujeron el resto del trayecto en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos sobre lo que había ocurrido recientemente y lo que estaban a punto de hacer. Una vez que regresaron al Viejo Arbat, Danny pasó con cautela por el lugar donde habían aparcado el coche de Annika después del ataque en el aeropuerto. Aunque todo parecía tal como lo habían dejado, Danny dio una vuelta a la manzana y pasó en dirección contraria.

Nada fuera de lo común; nadie sospechoso merodeando por las calles.

En el tercer acercamiento, se detuvo para dejar salir a Valerik.

—Sígueme, hay un sitio cerca del Bar de Yuri, es tranquilo, escondido en una calle trasera —dijo Valerik, saltando al coche de Annika y alejándose rápidamente delante de Danny.

Cuando pasaron por el local de Yuri, Danny redujo la velocidad de la furgoneta Transporter blanca. Echó una larga mirada al edificio, fotografiando su imagen diurna en su memoria antes de seguir a Valerik por una calle lateral hasta un pequeño bar tradicional ruso, a no más de doscientos metros del de Yuri.

—Buena elección —dijo Danny, saliendo de la furgoneta.

—Tranquilo, sí. Mi padre solía venir aquí cuando yo era niño. Solía jugar al juego de la pirámide, eh, es como vuestro snooker pero con bolas blancas numeradas —dijo Valerik, con el rostro decayendo ante el recuerdo de la muerte de su padre.

—Pide las bebidas y me lo enseñas —dijo Danny, para distraerlo.

—Jugamos por dinero —dijo Valerik, animándose.

—Por supuesto —respondió Danny, sonriendo.

Brindaron por John, Tom, Kristof y Leonid, y jugaron durante un par de horas mientras el día daba paso a la noche y se acercaba el momento de actuar.

—Es hora —dijo Danny, dejando suavemente el taco sobre la mesa de billar.

Valerik hizo lo mismo y siguió a Danny afuera, abriendo el maletero del coche de Annika mientras Danny traía su bolsa de lona

de la parte trasera de la furgoneta y la metía dentro.

—Vale, tú prepárate en la parte trasera de la furgoneta, yo cogeré el coche. Cuando esté en posición, te llamaré, ¿vale? A partir de ese momento mantienes la llamada abierta y el auricular puesto, me dices lo que está pasando y escuchas mi voz, ¿de acuerdo? —dijo Danny, todo su cuerpo cambiando al modo operativo, sus ojos oscuros y alerta, y su rostro duro como el granito.

—Vale, entendido —dijo Valerik, asintiendo.

—No te preocupes, esta es la parte fácil. Causa el caos y luego ven a encontrarte conmigo en el club de striptease Midnight —dijo Danny, acercándose y abrazando a Valerik. Le dio una palmada rápida en la espalda antes de subirse al coche y marcharse.

Tras el corto trayecto hasta la discoteca Diamonds, Danny se detuvo cincuenta metros antes y se bajó. Cogió la bolsa del maletero y la puso en el asiento trasero. Subiéndose detrás de ella, cerró la puerta. Oculto por los cristales tintados, Danny abrió la cremallera de la bolsa de lona y comenzó a equiparse. Con la munición, las granadas y un cuchillo en el chaleco táctico, Danny cargó una bala en la recámara de su pistola y rifle, y luego se deslizó hacia el asiento delantero. Insertó el auricular y conectó el micrófono de garganta, después marcó el número de Valerik antes de deslizar el teléfono en el bolsillo superior.

—Sí, sigo aquí —contestó Valerik.

—¿Estás listo?

—Todo lo que puedo estar.

—Vale, recuerda, aparca en el lado opuesto de la calle, deja las llaves puestas y el motor en marcha. No querrás estar liado con ellas cuando salgas —dijo Danny, arrancando el coche.

—¿Me oirás bien con la máscara de gas puesta?

—¿Tú me oyes?

—Sí.

—Pues ahora llevo la máscara puesta. El micrófono de garganta capta lo que dices, ¿vale? —dijo Danny a través de la máscara de gas.

—Espera. Ya tengo la mía puesta, ¿me oyes?

—Alto y claro. Bien, dime cuando estés frente al bar.

Danny avanzó los cincuenta metros hasta quedar frente a la entrada de la discoteca y se detuvo. Esperó unos treinta segundos hasta que la voz de Valerik volvió a sonar por el auricular.

—Estoy en posición.

—Vale, ¿listo?

—Sí.

—Vamos allá.

# SESENTA Y UNO

Al salir del coche, Danny cruzó la calle hacia la entrada del Diamonds y los clientes que esperaban en una ordenada fila detrás de la entrada acordonada. Algunos miraron a Danny, paralizados de incredulidad mientras se levantaba la máscara de gas y gritaba lo que esperaba fuera «¡Salid de aquí!» en ruso antes de volver a bajarse la máscara y levantar el fusil de asalto.

—¿Qué coño ha sido eso, «saca a tu madre de aquí»? —se rio Valerik por el auricular de Danny.

—Bueno, ha funcionado, están huyendo. Lanza el humo —dijo Danny, apretando el gatillo del lanzagranadas.

Se oyó un estallido como el de un corcho al salir de una botella de champán, pero cien veces más profundo, cuando la granada sobrevoló a la multitud que gritaba y corría, y rompió la ventana de la discoteca, desapareciendo en el interior.

—Lanza otra. Recuerda, es la de tapón amarillo —dijo Danny, sacando la suya del chaleco táctico e introduciéndola en el lanzagranadas.

—Entendido —dijo Valerik mientras Danny se giraba y disparaba una segunda granada de humo a través de la ventana más alejada.

En cuestión de segundos, el humo salía a borbotones por las dos ventanas rotas y los clientes y el personal tosían y gritaban mientras se abrían paso hacia la puerta de entrada. Danny disparó unas cuantas veces al aire para evitar que se agruparan en la calle como

un rebaño de ovejas buscando seguridad. Acercándose a las puertas de entrada mientras disminuía el flujo de gente que salía del club, Danny apuntó hacia arriba y lanzó una ráfaga contra el cartel iluminado del local. Las chispas bailaron por su superficie mientras la iluminación de neón explotaba tras el frontal de cristal, haciéndose añicos en un millón de pedazos antes de caer al suelo como una lluvia de vidrio.

—Voy a entrar, ¿estás listo? —dijo Danny, haciendo una pausa para escuchar la respuesta de Valerik.

—Da, creo que ya han salido todos. Yo también voy a entrar —fue la respuesta de Valerik sobre los gritos de pánico de la gente.

El humo lo engulló mientras atravesaba la puerta al fondo del vestíbulo. El humo comenzaba a disiparse, dándole una visión borrosa de la pista de baile desierta y la barra más allá. Caminó despacio, permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Una ráfaga de ametralladora por su auricular le hizo detenerse en seco.

—Valerik, ¿estás bien? Háblame, tío —dijo Danny, preocupado.

—Estoy bien, solo estaba disparando a la barra.

—Vale, mantente concentrado, ¿está vacía la barra?

—Sí, todos han salido.

—Vale, pon la granada de fragmentación, la roja, ponte detrás de algo para cubrirte y dispárala hacia la esquina más alejada —dijo Danny, cargando su lanzagranadas mientras se apoyaba contra una columna.

Danny apretó el gatillo y lanzó la granada hacia la cabina del DJ antes de volver a esconderse tras la columna mientras explotaba en una bola de fuego. Trozos de granada, platos y equipo de audio rebotaban contra las paredes circundantes. Al ser un local más grande que el Bar de Yuri, Danny introdujo otra granada de fragmentación y disparó contra la barra, destruyéndola en una lluvia de cristales y alcohol en llamas.

—Hemos terminado. Vámonos y nos vemos en el punto de encuentro.

—Estoy en camino —dijo la voz de Valerik.

Con el humo disipándose, Danny se subió la máscara de gas a la cabeza y se dirigió a la salida. Mientras atravesaba las puertas hacia el vestíbulo, alguien le apartó el rifle a un lado y un puño del tamaño de un plato le golpeó en plena cara. Cayó hacia atrás, con la visión borrosa y los ojos llorosos. Cogido por sorpresa y aturdido por el golpe, Danny perdió el agarre del rifle. Actuando por puro instinto, Danny se tiró al suelo y pateó hacia arriba con todas sus fuerzas. Su bota hizo contacto con la entrepierna de la gigantesca forma borrosa frente a él. Incorporándose y sacudiéndose la confusión de la cabeza, Danny recordó haber oído el rifle caer al suelo a su lado. La montaña humana retrocedió tambaleándose, sujetándose las pelotas con una mano mientras buscaba la pistola en su cartuchera con la otra. En sincronía con el grandullón, Danny estiró el brazo y sacó su pistola, ambos hombres fijando su objetivo y disparando al mismo tiempo.

—Danny, Danny, contéstame. Danny —gritó Valerik, al oír los gruñidos seguidos de disparos por su auricular mientras conducía hacia el Midnight.

Tumbado boca arriba, a Danny le llevó un minuto más o menos asimilar lo que había ocurrido. Se incorporó, luchando contra el dolor en el pecho. Al mirar hacia abajo, vio dos balas en el centro de su chaleco táctico antibalas.

—Estoy bien —jadeó a Valerik.

Recogiendo su rifle mientras se ponía en pie, Danny pasó por encima del enorme ruso muerto y empujó las puertas hacia el exterior. Disparó varias veces al aire para dispersar a los curiosos, luego se tambaleó hasta el coche de Annika y se deslizó en el asiento del conductor. Se tomó unos segundos para controlar su respiración contra el dolor de su pecho magullado, luego metió la marcha y pisó a fondo, alejándose a toda velocidad del club. Escondido entre las sombras, uno de los porteros del club hizo una llamada mientras veía a Danny desaparecer en la distancia.

—Estoy en camino. Tardaré unos quince minutos —dijo Danny, comprobando por el retrovisor si alguien le seguía.

# SESENTA Y DOS

—¿Qué? —gruñó Pasha por teléfono.

—Soy Erik, del Yuri's. El bar ha quedado destrozado, Pasha, alguien entró con granadas, humo y ametralladoras. No sabía q—

—Cállate, Erik, quédate donde estás. Vamos para allá —dijo Pasha, cortándolo en seco.

—¡Karl! ¡Hermano, ¿dónde estás?! —gritó Pasha, recorriendo la mansión a zancadas, ignorando su teléfono que volvía a sonar.

—Estoy aquí, ¿qué ocurre? —dijo Karl, apareciendo desde una de las muchas habitaciones.

—Alguien ha atacado el Yuri's. Erik dice que está completamente destruido. Es él. Pearson. Sé que es él. Reúne a los hombres, nos vamos —dijo Pasha, enfurecido por la insistencia del que le llamaba de nuevo.

—¿¡Qué!? —bramó Pasha al teléfono, apartándose de Annika mientras ella bajaba las escaleras como una tromba para averiguar a qué venían todos esos gritos.

—Karl, ¿qué está pasando? —exigió ella.

—Es el Yuri's Bar, lo han destruido. Pasha cree que ha sido el inglés.

—¿Qué? ¡Tenemos que ir. AHORA! —gritó, furiosa ante la idea de que el bar que llevaba el nombre de su padre pudiera haber sido destruido.

—No, Karl y yo iremos. Podría ser una trampa para atraparte. Era Luka desde el Diamonds. También han atacado allí.

Ella miró a Pasha, sus ojos ardían furiosos tras su exterior en calma. —Vale, id vosotros —dijo finalmente.

Pasha se dio la vuelta y salió con Karl pisándole los talones. —Nadie cruza esta puerta salvo yo —les dijo a los dos hombres apostados fuera.

Asintieron y cerraron la pesada puerta de la mansión tras él, tomando posiciones a cada lado, uno con un AK-47; el otro con una escopeta de corredera.

—¿Por qué no has dejado que viniera, hermano? Podríamos haberla matado en el Yuri's Bar o en el Diamonds —dijo Karl en voz baja a Pasha.

—Demasiada gente. No podemos permitir que nos vean. Si las otras familias pensaran que hemos liquidado a uno de los suyos, estaríamos prácticamente muertos. Tiene que ser aquí en la mansión —dijo Pasha, haciendo señas a los hombres para que se acercaran.

—¿Y si no viene aquí? —dijo Karl.

—Vendrá, hermano. Conozco a este hombre, no se detendrá, vendrá. Ahora, tú llévate a tres hombres y ve al Yuri's. Yo iré al Diamonds —dijo Pasha, sacando su pistola mientras se subía al asiento del copiloto del coche.

Karl se metió en el otro coche mientras más hombres subían, todos armados hasta los dientes con rifles, escopetas y pistolas.

—Vamos, pisa a fondo —gritó Karl, viendo a su hermano alejarse delante de él.

# SESENTA Y TRES

Danny apagó las luces del coche de Annika y recorrió los últimos cincuenta metros en la oscuridad antes de detenerse detrás de la furgoneta aparcada. La puerta de la furgoneta se abrió en cuanto se detuvo y Valerik saltó, se deslizó hacia el lado del copiloto y entró.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó allí? Joder —dijo Valerik, notando la marca del disparo en la parte frontal del chaleco táctico de Danny.

—Estoy bien, duele como el demonio, pero no creo que me haya fracturado ningún hueso.

—¿Deberíamos irnos? —dijo Valerik, mientras la realidad de la situación mermaba su confianza un par de puntos.

—Sí, estoy listo si tú lo estás —dijo Danny, mirando a Valerik directamente a los ojos.

Hubo una breve pausa antes de que Valerik sonriera. —Hagámoslo, por mi padre y por tus amigos.

Danny asintió, sacando dos pistolas y colocándolas en su regazo mientras arrancaba el coche.

—Vale, recuerda lo que te dije. Entra con el rifle colgado a la espalda, usa las pistolas para limpiar el lugar, serán más fáciles de usar en un espacio reducido. Si ves a alguien con un arma, dispara primero; si alguien se te acerca sin arma, dispárale a la pierna, ¿vale? Podría ser solo un cliente y no quiero asesinar a gente inocente. Una vez dentro, subimos y limpiamos el lugar, no quiero

que ninguna de las mujeres o clientes muera quemada después de que activemos las granadas de fragmentación abajo —dijo Danny, aún mirando a los ojos de Valerik, asegurándose de que veía el reconocimiento de lo que estaba diciendo.

—Sí, vale, lo he pillado —respondió Valerik.

—Bien, iré delante, tú quédate cerca y cúbreme la espalda.

Valerik asintió.

—Vale, vamos, todos tenemos que morir alguna vez, ¿no? —dijo Danny, saliendo y dirigiéndose hacia el club de striptease Midnight, a un par de cientos de metros calle arriba.

Aparcó rápidamente frente a la entrada, con la puerta abriéndose y las manos en sus armas un segundo después. Era obvio que habían alertado a los porteros sobre los ataques a Yuri's y Diamonds, pues estaban sacando las armas de sus chaquetas en cuanto vieron a Danny y a Valerik.

Con los sentidos agudizados, Danny se movió con intensa concentración. Apretó los gatillos de ambas armas simultáneamente, y a corta distancia, los disparos lanzaron a los porteros hacia atrás cuando las balas impactaron en el centro de sus pechos. Sin romper su zancada, Danny atravesó las puertas de entrada hacia un vestíbulo con un guardarropa y una taquilla. Las mujeres en la taquilla y el guardarropa gritaron al oír los disparos y ver a los porteros muertos tendidos fuera. Danny se llevó el dedo a los labios para silenciarlas, luego se giró para empujar la puerta del club. Al hacerlo, los abrigos del guardarropa se apartaron a un lado y un ruso corpulento con orejas de coliflor y nariz aplastada irrumpió. Su arma apuntaba a la cabeza de Danny. Se oyeron dos fuertes detonaciones cuando Valerik apretó el gatillo, lanzando al hombre de vuelta entre los abrigos en una nube de neblina roja y masa cerebral. Danny giró rápidamente la cabeza para ver lo que había sucedido y recibió un asentimiento de Valerik. Devolviéndole el gesto, se giró y entró al club.

Los disparos ya habían interrumpido las actividades en el interior. Hombres de negocios trajeados y juerguistas apartaron la mirada de las bailarinas semidesnudas que aún se agarraban a sus barras fijadas en los escenarios elevados. Danny golpeó de lado a uno de

los clientes en la cabeza antes de soltar una ráfaga de disparos al techo, mientras Valerik les gritaba en ruso que salieran. Tras un segundo de reacción tardía por el shock, la multitud se abalanzó hacia delante y realizó un éxodo masivo hacia la salida, dividiéndose como un río a ambos lados de Valerik y Danny. Se oyeron disparos desde el extremo más alejado del club mientras la multitud se dispersaba. Un cliente y una de las bailarinas cayeron como piedras al suelo junto a Danny. Agachándose, se movió detrás de un reservado mientras Valerik se aplastaba contra una columna. Mirando entre la gente que corría, Danny se concentró en la vista más allá, finalmente distinguiendo a uno de los hombres de Volkov asomándose por encima de la barra, y otro agachado junto al extremo lejano del escenario.

—Valerik, detrás de la barra —gritó Danny por encima de los gritos de los últimos en salir.

—Vale —contestó Valerik, deslizando su espalda por la columna antes de moverse agachado hasta el extremo lejano de la barra.

Agazapado bajo la parte superior, Valerik miró al otro lado, esperando instrucciones. Danny levantó tres dedos para indicar que iría a la de tres, y entonces contó para Valerik. Un dedo, luego dos, luego tres. A la tercera señal, Valerik levantó los brazos, golpeando la culata de sus armas contra la barra mientras asomaba la cabeza y miraba a lo largo de la mira hacia el área de servicio y el hombre de Volkov agachado al otro extremo. Mientras apretaba los gatillos, Danny saltó al escenario y se lanzó en una carrera explosiva mientras el segundo hombre de Volkov intentaba disparar a Valerik.

Cuando se dio cuenta de que Danny iba a por él, ya era demasiado tarde. Empezó a mover su arma en dirección a Danny, pero solo llegó a la mitad del recorrido antes de que este le pateara la cabeza a toda velocidad, como un futbolista ejecutando un penalti. El golpe hizo que la cabeza del hombre girara antinaturalmente hacia un lado antes de que su cuerpo le siguiera hasta el suelo. Al otro lado, el tipo detrás de la barra se desplomó. Valerik se levantó y se acercó a Danny mientras este saltaba del escenario y miraba su reloj.

—Seis minutos. Alguien habrá llamado a Annika a estas alturas. Si están en Yuri's o Diamonds, que es donde supongo que estarán ahora, llegarán aquí en doce o quince minutos —dijo Danny dirigiéndose a las escaleras y a las habitaciones superiores—. Tenemos diez minutos para sacar a todos y destrozar el lugar.

# SESENTA Y CUATRO

—¿Todo esto lo ha hecho un solo hombre? —dijo Pasha, interrogando a uno de los porteros mientras observaba las llamas que salían por la ventana de Diamonds, y al otro portero muerto en el suelo con un agujero de bala en el pecho.

—Sí, todo ocurrió muy rápido. Hubo granadas de humo y fuego automático, luego dos grandes explosiones, y desapareció —dijo Luka, evitando nerviosamente la mirada furiosa de Pasha.

—¡Pasha, Pasha! —gritó uno de los hombres desde el coche.

—¿Qué ocurre?

—Están atacando Midnight. Están allí ahora, ahora mismo —gritó.

—¡Montad en el coche, YA! —vociferó Pasha, sacando su teléfono para llamar a su hermano—. Karl, ve a Midnight lo más rápido posible. ¿Qué? Sí, están allí ahora mismo —dijo, mientras el coche ya se movía cuando cerró la puerta de golpe.

***

—¿Es el último? —preguntó Danny, observando a un empresario semidesnudo y a una bailarina de striptease reconvertida en prostituta bajar ruidosamente por las escaleras.

—Es todo —dijo Valerik, apareciendo desde el dormitorio.

—Vale, larguémonos de aquí —dijo Danny, mirando su reloj mientras bajaban por las escaleras.

Al entrar en la sala principal del club, Danny y Valerik levantaron sus rifles y vaciaron los cargadores contra la barra. Dirigiéndose a la salida, Danny se giró y disparó una granada de fragmentación hacia el escenario mientras Valerik disparaba otra hacia la barra. Madera, cristal y licor estallaron en llamas por todo el club. Cuando la explosión se apagó, arrojaron los rifles al suelo y sacaron sus pistolas. Tras expulsar los cargadores vacíos, deslizaron otros nuevos desde sus chalecos tácticos. Danny enfundó una para poder acoplar un silenciador a la otra, mientras esperaba a que Valerik hiciera lo mismo. Mientras comprobaba que su cuchillo de combate AUS-8 estaba en su funda, volvió a mirar su reloj.

—Venga, vámonos. Estarán aquí en cualquier momento —dijo Danny, empujando la puerta para mirar hacia el coche de Annika.

***

—¡Vamos, moveos! —gritó Pasha, agarrando la manilla de la puerta mientras el conductor deslizaba el coche lateralmente al girar una esquina.

El coche serpenteó por la carretera húmeda antes de enderezarse y lanzarse a toda velocidad hacia el club Midnight. A medida que se acercaban, podían ver humo negro y acre elevándose por encima de los edificios vecinos antes de que el propio club apareciera a la vista. Con las armas preparadas, el coche derrapó hasta detenerse y los hombres se abalanzaron sobre la carretera vacía. Al oír el rugido de un motor, todos se giraron, con los dedos suspendidos sobre los gatillos, relajándose solo cuando Karl y sus hombres frenaron en seco junto a ellos.

—¡Argh, ese maldito inglés! —gritó Pasha, al notar el coche de Annika aparcado frente a la entrada, con las puertas delanteras abiertas, las llaves aún en el contacto y el motor todavía en marcha.

Se acercó con cautela con el arma en alto, y asomó la cabeza con la pistola apuntando hacia los asientos traseros. Todo

despejado. Al retroceder, notó un archivo en el asiento del copiloto. Alargó la mano, lo agarró y lo abrió para encontrar imágenes de la mansión Volkov y planos de su interior.

—Mierda, es una distracción, va a por la mansión. ¡Todos de vuelta ahora mismo! Karl, sube, cogeremos el coche de Annika, vamos, date prisa —gritó Pasha, subiéndose al asiento del conductor.

Karl corrió y se subió al asiento del copiloto, mientras los otros coches aceleraban a fondo, con los neumáticos girando y luchando por adherirse mientras se alejaban a toda velocidad hacia la mansión Volkov.

Con el teléfono apretado bajo la barbilla mientras conducía, Pasha llamó a los hombres de la entrada de la mansión.

—Soy Pasha. El inglés va a por Annika. Que todos cubran el muro perimetral y las puertas, ¿de acuerdo? Es la única forma en que puede entrar. Estaré allí en diez minutos.

—¿Cómo va a poder entrar pasando por encima de todos nosotros? —dijo Karl, sentado tranquilamente en el asiento del copiloto.

—No lo sé, pero debe haberlo planeado de algún modo. Cuando lo haga, nos encargaremos de él y de Annika.

—Mmm, los hermanos Manolov controlando Moscú por fin. Me gusta cómo suena eso —dijo Karl con una sonrisa.

—No subestimes al inglés, Karl, es como un gato con siete vidas —dijo Pasha, lanzándole una mirada de advertencia.

—Bah, solo es un hombre. Le meteré una bala en la cabeza. Muere como todos los demás.

# SESENTA Y CINCO

Los guardias se apresuraron a abrir las puertas de hierro cuando los coches se aproximaron, cerrándolas de nuevo tan pronto como el último había pasado. Giraron alrededor de la ornamentada fuente y retrocedieron para aparcar en fila frente a la mansión.

—¿Algo? —gritó Pasha al salir del coche.

—No, nada.

—Vale, mantened los ojos abiertos y llamadme si veis algo —dijo Pasha, volviéndose hacia los hombres mientras salían de los coches —. Vosotros dos quedaos en la entrada, los demás vigilad el perímetro. Karl, adentro conmigo.

Se dirigieron al interior, ignorando a los dos hombres en el vestíbulo mientras se abrían paso hacia la cocina. En cuanto entraron, se pudo oír la voz exigente de Annika mientras bajaba las escaleras para buscarlos.

—Bueno, ¿qué está pasando? ¿Acaso mis propios hombres ya no me informan? —dijo, con la voz elevada y los ojos saltando furiosamente entre Pasha y Karl.

—El inglés y Valerik Turgenev han destruido el Yuri's, el Diamonds y el Midnight, y vienen aquí para matarte —dijo Pasha sin rodeos mientras Karl se alejaba hacia el extremo opuesto de la cocina.

—¿Estoy rodeada de idiotas? Me estáis diciendo que todos vosotros no podéis detener a un solo inglés y a esa rata callejera de Turgenev —dijo enfadada mientras Pasha permanecía impasible ante su arrebato.

—¿Has terminado? Estoy harto de tus lloriqueos. Eres una vergüenza para el apellido Volkov. Tu padre era un gran hombre, y me entristece que vayas a morir siendo un fracaso —dijo Pasha, desviando la mirada por encima del hombro de Annika.

—Cómo te atreves, no eres nada sin mí, Pasha, yo...

Su boca se congeló a mitad de la frase y su cuerpo tembló. Sus penetrantes ojos azules se abrieron de par en par antes de perder su brillo. Se desplomó sobre la encimera de mármol de la cocina como un trozo de carne arrojado sobre el tajo de un carnicero, dejando a Karl de pie detrás de ella, con sangre goteando de un largo cuchillo de caza.

—Ya no hay vuelta atrás, hermano —le dijo a Pasha.

***

—Vale, hora de irse —susurró Danny, soltando su agarre del interior del maletero del coche de Annika.

Lo levantó del pestillo que había roto anteriormente y miró a través de la rendija inferior. Haciendo una pausa hasta que sus ojos se adaptaron a la luz, Danny no pudo ver a nadie directamente detrás. Abrió más el maletero y sacó la cabeza. A la izquierda se encontraba la esquina de la mansión y más allá el muro de la finca. Dos de los hombres de Volkov, armados con rifles, aparecieron desde el lateral del edificio. Miraron sin rumbo arriba y abajo mientras pasaban y se perdían de vista, concentrados en un ataque desde fuera del muro. Girando la cabeza hacia el otro lado, Danny siguió la fachada de la mansión hacia la puerta principal, que quedaba oculta por el coche de Karl aparcado junto a ellos.

—Todo despejado.

—Bien, necesito salir de este puto maletero —gruñó Valerik.

Con la pistola en la mano, Danny sacó una pierna, luego la otra hasta quedar agachado con la espalda contra el parachoques del coche. Valerik hizo lo mismo y cubrió el lado izquierdo mientras Danny asomaba la cabeza por el lateral del coche, mirando hacia las puertas principales. Como había sospechado, la mayoría de los hombres de Volkov deambulaban por el exterior de la finca, con su atención centrada hacia fuera en lugar de hacia dentro. Volviendo a esconderse, Danny se inclinó lo suficiente para ver la puerta principal y los dos guardias que charlaban frente a ella.

Sacando una barra de explosivo plástico de su chaleco táctico, Danny programó el temporizador a cinco minutos y la metió en el maletero del coche de Annika, cerrándolo tras de sí.

—Vale, mantente cerca. Me cargaré a estos dos rápido y en silencio. Cuando el coche vuele por los aires, les mantendrá ocupados aquí fuera mientras nosotros encontramos a Annika —susurró Danny, sacando el cuchillo de combate de su funda.

Valerik asintió y se mantuvo pegado a Danny mientras este volvía a inclinarse para observar a sus objetivos. Tensó las piernas, sintiendo el agarre en la grava bajo sus pies, con ojos de halcón en la oscuridad, esperando el momento adecuado. El guardia más cercano le dio la espalda a Danny mientras continuaba su conversación, obstaculizando la visión de su compañero. En ese mismo instante, Danny salió disparado como un velocista desde los bloques de salida. Recorrió los diez metros en un segundo, rodeando con el brazo al guardia más cercano y seccionándole la tráquea con el cuchillo. Mientras el hombre caía, agarrándose el cuello en un intento inútil de retener la sangre, Danny disparó un tiro silenciado en la frente del otro guardia, sujetándolo mientras caía, con una mirada de asombro congelada en su rostro muerto.

Para cuando Valerik le alcanzó, Danny ya estaba arrastrando al hombre fuera de la vista tras el coche de Karl. Imitándole, Valerik arrastró al segundo hombre y se agachó detrás del coche junto a Danny. Ni gritos, ni disparos. Todavía contaban con el elemento sorpresa.

Volviendo a la puerta, Danny se colocó a un lado e indicó a Valerik que llamara. Cuando la puerta comenzó a abrirse, Danny la

embistió con el hombro con todas sus fuerzas, haciéndola chocar contra la cara del guardia que había detrás. Al ver caer a su amigo de bruces en el suelo del vestíbulo, el segundo hombre intentó sacar su arma, pero fue demasiado lento. Danny le clavó el extremo de su silenciador en el centro del pecho y apretó el gatillo dos veces. Entrando junto a Danny, Valerik disparó al otro hombre cuando este levantaba la mirada desde el suelo, con sangre manando de su nariz mientras abría la boca para dar la alarma. Cerrando apresuradamente la puerta principal, Danny echó el cerrojo y se dio la vuelta. Mientras la sangre se extendía por el suelo de mármol blanco, Danny y Valerik permanecieron en silencio, con las armas en alto, escuchando. La casa estaba tranquila. Nadie vino corriendo a matarlos.

Moviéndose de nuevo, Danny sacó dos barras de explosivo plástico del chaleco y pegó una en la parte trasera de la puerta principal. Comprobó su reloj y programó el temporizador para tres minutos, luego pegó la otra barra en la pared estructural bajo la amplia escalera de mármol, ajustando el temporizador para cuatro minutos.

—Vamos —dijo, dejando un rastro sangriento de huellas mientras se dirigía hacia el salón.

# SESENTA Y SEIS

El explosivo plástico estalló en el coche de Annika con un estruendo ensordecedor mientras la explosión destrozaba la carrocería como si fuera un plátano pelado, antes de hacer añicos el depósito de combustible y envolver los restos en una enorme bola de fuego que roció los coches contiguos con chorros de combustible ardiendo, incendiando sus interiores a través de las ventanillas reventadas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo Karl, sobresaltándose por la explosión y las ventanas de la mansión, que implosionaron por la onda expansiva.

—Está aquí —dijo Pasha, sacando su pistola.

Indicando a Karl que atravesara la puerta hacia el cuarto de la colada, Pasha se dirigió hacia la puerta del extremo más alejado de la amplia cocina.

Asintiendo, Karl desenfundó su arma y se alejó en silencio.

Fuera, los hombres de Volkov corrían hacia la mansión, apartándose de un salto de los coches en llamas mientras otro depósito de combustible explotaba. Intentaron abrir la puerta principal, golpeando y gritando cuando la encontraron cerrada con cerrojo.

—Pasha, Karl, ¿está todo bien ahí dentro? ¿Está a salvo la señorita Volkov? —se oyó el grito entre los golpes en la puerta principal.

Karl se asomó por la puerta lateral que comunicaba el cuarto de la colada con el vestíbulo de entrada. No podía ver la puerta principal por las escaleras, pero distinguió las huellas sangrientas que conducían al salón. Avanzó con cautela, con el arma en alto, pisando con cuidado, cuando aparecieron a la vista los dos guardias muertos en el suelo. Pasando por encima de ellos, se dirigió a la puerta principal para dejar entrar a los hombres. Un pequeño objeto cuadrado adherido a la parte posterior de la puerta llamó su atención. Lo miró durante unos segundos antes de darse cuenta de lo que era. Mientras los pequeños dígitos rojos del temporizador contaban 5... 4... 3, Karl retrocedió lo más rápido que pudo, resbalando en la sangre que se extendía por el brillante suelo de mármol. Logró agacharse detrás de la gran escalera de mármol un segundo antes de que el dispositivo explotara, haciendo añicos la pesada puerta de roble y enviando cientos de fragmentos de madera hacia fuera como mini lanzas, despedazando a los hombres que esperaban fuera.

Cuando la explosión amainó, Karl salió de nuevo, sacudiéndose el polvo y los escombros mientras contemplaba el enorme agujero donde antes estaba la puerta. Intentando pensar a pesar del zumbido en sus oídos, se volvió para ir hacia la cocina, quedándose paralizado al ver el segundo dispositivo explosivo en la pared frente a él.

—Cabrones —dijo mientras el temporizador llegaba a cero.

La explosión lanzó a Karl hacia atrás mientras arrancaba una gran sección de la pared de carga, haciendo que la pesada escalera de mármol y el rellano se derrumbaran, enterrándolo bajo un torrente de polvo, madera y escombros de mármol.

Valerik saltaba y se estremecía con las explosiones mientras seguía a Danny por un pasillo en la parte trasera de la casa. En cambio, Danny estaba tranquilo y concentrado. Todos sus nervios y sentidos trabajaban en lo que tenía por delante. Al llegar al final del pasillo, podía ver la cocina a través de la puerta entreabierta frente a ellos. Asomando rápidamente la cabeza para echar un vistazo, Danny captó todo lo que pudo de la habitación sin registrar ninguna amenaza. Abrió la puerta con cuidado y entró, apuntando con su

arma cuando vio a Annika Volkov sentada en una silla detrás de la isla de la cocina. Tenía un aspecto pálido y ceroso mientras lo miraba fijamente con sus impresionantes ojos azules e inmóviles. Cuando Valerik entró detrás de él, vio a Annika e instintivamente giró su arma para dispararle. Danny extendió la mano y agarró la muñeca de Valerik.

—No tiene sentido. Ya está muerta —dijo, soltando a Valerik una vez que las palabras calaron en él.

—¿Qué? No, ¿qué demonios está pasando? —dijo Valerik, acercándose al cadáver de Annika.

Estaba cuidadosamente equilibrada en posición vertical en la silla, con una línea carmesí de sangre bajando por la espalda de su vestido blanco de Versace.

—No importa, está hecho. Tenemos que salir de aquí —dijo Danny, sin emoción, ya descartando la escena y pasando a su plan de escape.

Valerik estaba a punto de decir algo cuando la puerta del extremo más alejado de la cocina se abrió de golpe. Pasha salió disparado con un arma en cada mano. Danny instintivamente se agachó detrás de la isla de la cocina mientras Pasha descargaba ambas armas por toda la habitación, alcanzando a Valerik en el pecho y el brazo antes de impactar contra el cuerpo de Annika, obligándolo a caer de la silla y aterrizar con un golpe seco en el suelo de mármol junto a Danny. Sin balas, Pasha se deslizó hasta el suelo en el lado opuesto de la isla de la cocina para recargar. A tres metros de distancia, separados por mármol y madera, Danny agarró a Valerik por el chaleco táctico y lo arrastró cerca.

—Valerik, aguanta, colega —dijo, examinando sus heridas.

—Argh, joder, cómo duele —gritó Valerik al volver en sí.

—Sobrevivirás. El chaleco paró casi todo. Presiona la herida del brazo —dijo Danny, consciente del sonido de Pasha expulsando los cargadores vacíos y colocando otros nuevos.

Abriendo los armarios detrás de él, Danny sacó una sartén de acero inoxidable y la sostuvo por encima de la encimera de mármol, inclinándola para poder ver el otro lado de la isla en su reflejo.

Alcanzó a ver a Pasha mientras apuntaba por encima del mármol y le disparaba, haciendo volar la sartén de su mano.

Mierda, esto está llevando demasiado tiempo. Tengo que salir de aquí.

# SESENTA Y SIETE

Danny miró hacia la lámpara de araña de cristal tallado que colgaba del techo sobre el lado de la isla donde estaba Pasha. Sacó su otra pistola y apuntó ambas armas hacia las fijaciones de la lámpara. Con apretones controlados, disparó una pistola tras otra, arrancando trozos del techo enyesado hasta que la fijación cedió y cayó hacia Pasha. Sin tiempo para apartarse, Pasha tuvo que soltar sus armas para atrapar la pesada lámpara. Al mismo tiempo, Danny saltó sobre la encimera de mármol y se abalanzó hacia delante para cernirse sobre Pasha mientras este arrojaba la lámpara a un lado. Al apretar el gatillo sin pensarlo dos veces, la frente de Danny se arrugó cuando solo escuchó un clic vacío.

Antes de que pudiera recargar, Pasha alzó las manos y agarró las piernas de Danny, haciéndole perder el equilibrio. Danny cayó hacia atrás, golpeándose los hombros y la nuca contra el implacable mármol. Luchando contra el mareo y el dolor, levantó las manos justo a tiempo para bloquear la ráfaga de puñetazos de Pasha; buenos puñetazos, poderosos y bien colocados, de un hombre que sabía pelear. Danny recurrió a su entrenamiento de artes marciales mixtas y apartó a Pasha con una certera patada en la entrepierna. Enderezándose, Pasha sacó un cuchillo de caza de quince centímetros de la funda de su cinturón. Apoyando los pies en el suelo, Danny se levantó junto a la isla de la cocina y desenvainó su cuchillo de combate AUS-8, preparándose con la mirada fija y alerta.

Los segundos parecían horas, ambos hombres preparándose para un ataque del que solo uno saldría con vida.

En un destello, Pasha se lanzó hacia delante, blandiendo su cuchillo que pasó a milímetros del vientre de Danny cuando este saltó hacia atrás. Observando la postura de Pasha mientras atacaba, Danny se movió en dirección opuesta cuando vino por un segundo ataque, y le propinó un rodillazo en el costado mientras la hoja de Pasha quedaba lejos de su objetivo. El golpe desequilibró a Pasha, permitiendo a Danny agarrarle la muñeca y clavarle su propio cuchillo en el abdomen. El corpulento ruso se quedó paralizado, deshinchado, mientras el aire escapaba de sus pulmones. Miró con una mezcla de ira e incredulidad. Devolviéndole la mirada con ojos oscuros y vengativos, Danny giró el cuchillo y lo empujó hacia arriba hasta el corazón de Pasha. Permanecieron así, inmóviles durante unos segundos, antes de que Pasha se desplomara y cayera al suelo. Dejando el cuchillo en su cuerpo, Danny recogió su pistola, cargó un cargador completo y se movió alrededor de la isla para ayudar a Valerik a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo —dijo Valerik, quitándose la mano para que Danny pudiera ver la herida.

—Parece que ha atravesado la carne, la sangre no está bombeando así que no creo que haya alcanzado una arteria. Vamos, larguémonos de aquí —dijo Danny, volviendo a colocar la mano de Valerik sobre la herida.

Alejándose, Danny abrió el gas de la placa y del horno antes de pegar la última barra de explosivo plástico de su chaleco táctico en la hornilla. Programó el temporizador para un minuto, luego se apresuró hacia Valerik. Alzando su pistola, disparó contra el cristal de las grandes puertas plegables que daban al jardín trasero. Adelantándose a Valerik, Danny salió al frío aire nocturno. Un par de disparos mal dirigidos pasaron zumbando junto a él desde la esquina más alejada de la mansión. Danny vació un cargador en esa dirección, recargó y mantuvo la puntería mientras Valerik se unía a él.

—Eso mantendrá sus cabezas agachadas. Vamos, tenemos que movernos —dijo Danny, cubriendo a Valerik mientras corrían a través del césped perfectamente cuidado hacia el muro en la parte trasera de la finca.

Para entonces, los guardias de la entrada habían reunido suficiente valor para entrar por el agujero donde antes estaba la puerta principal. Cuando vieron los cuerpos de Annika y Pasha, corrieron hacia la puerta sin cristales para ver a Danny y Valerik escapando.

Apuntando con escopetas y rifles, estaban a una fracción de segundo de abatirlos cuando el temporizador en la hornilla llegó a cero. El plástico explotó en una bola de fuego de gas encendido, lanzando trozos de cocina y pedazos de encimera de mármol. Mientras los hombres de Volkov eran asesinados, mutilados o corrían hacia el jardín como antorchas humanas, Danny ayudó a Valerik a subir al muro, y luego se izó y saltó al otro lado.

Con una sensación de déjà vu, Danny ayudó a Valerik a cruzar el campo que él mismo había atravesado cinco años antes. Llegaron al Lada Granta de Natalya aparcado detrás del mismo granero donde había dejado su furgoneta cuando mató a Yuri Volkov. Encontrando uno de los pañuelos de Natalya en el asiento trasero, Danny lo ató fuertemente alrededor del brazo de Valerik para detener la hemorragia. Su adrenalina estaba bajando y temblaba mientras se instalaba el shock de haber sido disparado, pero se recuperaría. Dando marcha atrás con el pequeño coche hacia la carretera, Danny regresó a la vía principal. Pasó por delante de la mansión Volkov; los guardias de la entrada gritaban por sus teléfonos en un estado de impotencia mientras el humo y las llamas se apoderaban de la recién construida mansión Volkov.

—Ahora estamos en un buen lío —dijo Valerik entre dientes que castañeteaban.

—¿Eh, qué? ¿A qué te refieres? —dijo Danny, mirando desconcertado a Valerik.

—Hemos manchado de sangre todo el coche de Natalya. Seguro que nos mata —dijo Valerik, esbozando una sonrisa temblorosa.

# SESENTA Y OCHO

Cuando regresaron a casa de Natalya, ella estaba demasiado preocupada por Valerik como para inquietarse por su coche.

Danny limpió la herida mientras él se bebía casi una botella entera de vodka para mitigar el dolor. Cuando el alcohol hizo efecto, Valerik mordió una toalla doblada, mientras Natalya le sujetaba el brazo y Danny le cosía los orificios de entrada y salida, ignorando sus gritos ahogados. Exhausto, cosido y vendado, Natalya llevó a Valerik a la cama. Volvió al salón unos minutos después y se sentó en el sillón frente a Danny.

—Gracias por todo lo que has hecho por Valerik. Es un cabrón, pero le quiero —dijo con lágrimas en los ojos.

Pillado por sorpresa ante la inesperada emoción, Danny simplemente asintió.

—Vale, ponte cómodo, buenas noches —dijo ella, levantándose y dirigiéndose al dormitorio.

Con todo el estrés mental y la adrenalina hace tiempo desaparecidos, el cansancio le golpeó como una tonelada de ladrillos. Se tumbó en el sofá y se quedó dormido momentos después.

***

Algo en su subconsciente le gritó que despertara. No oyó a nadie de inmediato, solo tuvo la sensación de que alguien estaba allí. Tumbado con los ojos cerrados, escuchó la respiración proveniente del sillón de enfrente. No era Natalya, su respiración era ligera y rápida; no era Valerik, Danny le habría oído venir desde lejos. Quien fuera no le quería muerto, o ya lo estaría. Abriendo los ojos de golpe, fijó la vista en un hombre trajeado, de cabello plateado con rasgos rusos clásicos y penetrantes ojos azul cielo que le devolvían la mirada con intensidad.

—Señor Pearson, encantado de conocerle en persona, aunque me sorprende pillarle con la guardia baja —dijo Lem Vassiliev con una gran sonrisa.

Apartando la manta que le cubría, Danny reveló una pistola Beretta apuntando directamente a la cabeza de Lem.

—Me corrijo, está usted a la altura de su reputación —dijo Lem, aún sonriendo.

—Por fascinante que resulte esto, ¿le importaría decirme quién es usted y qué coño quiere? —dijo Danny, incorporándose lentamente, con la pistola aún apuntando a la cabeza de Lem.

—Directo al grano, como siempre. Quién soy no es importante. Digamos que soy un viejo conocido de su jefe y amigo de Kristof Turgenev. En cuanto a lo que quiero, soy portador de buenas noticias, señor Pearson. Después de que los informes sobre la emoción de anoche se extendieran por Moscú, ciertos individuos se han encontrado, er, digamos, desempleados y considerablemente más comunicativos de lo que eran ayer. El resultado ha sido una serie de detenciones, incluidas las del comisionado de policía de Moscú y el gobernador de la Prisión de Lefortovo.

—¿Y por qué debería importarme eso? —dijo Danny con impaciencia.

—Mis disculpas. Iré al grano. Debe saberlo porque significa que el señor Turgenev y usted ya no son buscados por las autoridades rusas —dijo Lem, poniéndose de pie para marcharse—. Es usted un hombre libre, señor Pearson, vuelva a casa —añadió, disponiéndose a salir.

—Era —dijo Danny.

—¿Era qué?

—Usted era amigo de Kristof. Lo mataron, junto con mis amigos en el aeródromo de Novinka —dijo Danny en voz baja.

—Soy amigo, señor Pearson. Él y su amigo Tomas Trent salieron por la salida de emergencia en la parte trasera del hangar justo antes de que estallara. Están en el hospital con quemaduras leves —dijo Lem, abriendo la puerta.

Danny se quedó un segundo sin palabras.

—Dele recuerdos a Howard, señor Pearson —dijo Lem, cerrando la puerta tras él.

Dejando escapar un suspiro, Danny dejó la pistola sobre la mesa frente a él y caminó hacia la puerta del dormitorio. Natalya la abrió cuando él llamó. Valerik seguía durmiendo, así que le dio la noticia y volvió a la cocina para prepararse un café. Una hora más o menos después, oyó a Valerik gritando en ruso y haciendo ruido mientras intentaba vestirse con el brazo en cabestrillo.

—Danny, ¿es verdad? Mi padre está vivo —gritó, saliendo precipitadamente del dormitorio.

—Eso es lo que dijo el ruso trajeado, él y Tom están en el hospital.

—Debemos ir ahora. ¿Cómo era este tipo?

—Trajeado, pelo corto gris, fornido con ojos muy azules. Dijo que era amigo de tu padre —respondió Danny encogiéndose de hombros.

—Suena como Lem Vassiliev. Es un hombre del Servicio Secreto. Mi padre solía trabajar para él, como tu Howard. Ahora vamos, Natalya. Necesito pedirte prestado tu coche otra vez —dijo Valerik emocionado.

—Vale, pero lo limpias antes de devolverlo, lo digo en serio —dijo ella, lanzándole la llave a Danny.

—¿Por qué no me has dado la llave a mí, no te fías de mí? —dijo Valerik con una sonrisa.

—No puedes conducir con el brazo en cabestrillo, idiota, y no, no me fío de ti. Te quiero, pero no me fío de ti —dijo ella, rodeándole con sus brazos y dándole un beso.

Una hora después, entraron en el hospital. Danny esperó mientras Valerik hablaba con la recepcionista para averiguar dónde estaban Kristof y Tom. Danny subió por las escaleras mientras Valerik negaba con la cabeza y cogía el ascensor hasta la planta cuarta. Valerik encontró a Kristof con vendajes en un brazo y ambas manos, pero aparte de eso, parecía estar de buen humor.

—Me alegra verte vivo —dijo Danny a Kristof.

—Gracias por todo lo que has hecho. Estaremos eternamente en deuda contigo —dijo Kristof, con una mirada que decía que lo decía en serio.

Danny simplemente asintió y los dejó parloteando en ruso mientras iba a buscar a Tom. Estaba tumbado en una cama junto a la ventana, con expresión de aburrimiento. Tenía vendajes en la pierna izquierda y la mano izquierda, pero por lo demás parecía estar bien.

—Ya era hora de que aparecieras, no entiendo ni una puta palabra de lo que dice la gente por aquí —dijo Tom, sonriendo.

—Lo siento, intentaré ser un poco más rápido la próxima vez —dijo Danny, tomando asiento a su lado.

—En serio, me alegra verte, tío. No sabía que seguías vivo hasta que vi la noticia sobre la muerte de Volkov y la destrucción de la mansión esta mañana. Tenía tu sello por todas partes —dijo Tom con una risita.

—Los otros no lo consiguieron entonces —dijo Danny, poniéndose serio.

—No, me temo que no.

—¿Cuándo puedes salir de aquí? —dijo Danny, cambiando de tema.

—El médico dijo que en un par de días.

—Vale, descansa. Hablaré con Howard y reservaré los vuelos de vuelta a casa.

—Me parece bien. Cuanto antes salga de Rusia, mejor.

—Secundo eso, tío —dijo Danny, sonriendo.

# SESENTA Y NUEVE

A su cerebro adormilado le llevó un rato registrar lo que le había despertado. James Bullman se incorporó de golpe en la cama.

Los golpes y los gritos procedentes de la puerta principal no cesaban y unas brillantes luces azules parpadeantes se filtraban por detrás de las cortinas y centelleaban en el techo del dormitorio.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo James en voz alta, encendiendo la lámpara de la mesita de noche y metiendo los pies en sus zapatillas de cuero. Se puso el batín y salió al descansillo.

—Señor Bullman, ¿podría acercarse a la puerta, por favor? —continuaban los gritos desde fuera entre golpes en su puerta principal.

¿Qué diablos ocurre? Debe de ser un ataque o alguna crisis de defensa.

—Un momento, un momento, ya voy —gritó, bajando pesadamente las escaleras.

Cuando llegó al último escalón, notó un resplandor que se extendía por el suelo de mosaico del vestíbulo desde debajo de la puerta de su despacho. James se quedó paralizado. No era un hombre olvidadizo, y estaba completamente seguro de que no había dejado encendida la luz del despacho. Con cautela, puso la mano en el pomo de la puerta y lo giró lentamente. Empujando la puerta centímetro a centímetro, la abrió y miró dentro. La luz provenía de la lámpara de su escritorio, y su resplandor hacía que el otro lado del

escritorio y la habitación fueran difíciles de ver con claridad. Sin embargo, iluminaba la superficie del escritorio, y un pequeño montón de archivos y fotos esparcidos por toda la mesa le provocaron un escalofrío por la espalda. Entró en el despacho y se desplomó en su viejo sillón de cuero mientras observaba las imágenes de él y jóvenes chicas atadas, encadenadas, golpeadas y amordazadas mientras les realizaba diversos actos sexuales.

—Señor Bullman, señor, es la policía. Abra la puerta o nos veremos obligados a derribarla —continuaron los gritos y golpes desde la puerta principal. El ruido le hizo levantar la vista de las fotografías. El corazón le dio un vuelco y se echó hacia atrás en el asiento al ver al colaborador que había utilizado para entrar en el despacho de Howard sentado en la silla de enfrente, con los ojos vidriosos y abiertos en una mirada de muerte, un único agujero de bala en medio de la frente. Al levantarse y retroceder del escritorio, vio al segundo colaborador tumbado boca abajo en el suelo, con dos agujeros de bala en medio de la espalda. Mareado por la conmoción, James puso la mano en el escritorio para estabilizarse. La foto bajo su mano se curvó alrededor de un objeto duro que había debajo. Al deslizar la foto hacia un lado, su pistola Smith & Wesson M&P 9 reposaba junto a una pequeña caja de plástico.

—Señor Bullman, esta es su última oportunidad para abrir la puerta. ¿Señor Bullman? Bien, chicos, traed el ariete —volvió a sonar la voz desde la puerta principal.

James no los escuchó. Cogió la pistola. El penetrante olor a nitroglicerina confirmó sus temores. Era su arma, con sus huellas dactilares, la que se había utilizado para matar a los colaboradores. Dejando el arma, James cogió la pequeña caja de plástico con manos temblorosas. La abrió, dejándola caer sobre el escritorio al ver los dos micrófonos de la oficina de Howard. Desplomándose de nuevo en la silla, James observó la escena que le rodeaba: las fotos, los hombres muertos, su pistola y los micrófonos. Mientras el pesado ariete se estrellaba contra la puerta principal, astillando el marco antes de abrirla de golpe, James cogió la pistola, se la metió en la boca y apretó el gatillo.

# SETENTA

Al entrar en su plaza de aparcamiento reservada en Greenwood Security, Danny saltó de su coche y caminó hacia la entrada del edificio. Subió las escaleras a toda velocidad con su habitual sprint de tres escalones a la vez, empujando las viejas puertas de roble chirriantes de la oficina al llegar arriba.

—Buenos días, Lucy, ¿está el jefe? —le dijo a la recepcionista del mostrador.

—Sí, tiene a alguien con él en este momento.

—Gracias, Lucy —dijo Danny por encima del hombro.

—Me alegra tenerle de vuelta —añadió ella con cierto entusiasmo.

—Me alegra estar de vuelta, Lucy.

Mientras se dirigía a su despacho con el cartel en la puerta: Danny Pearson, Director de Operaciones, echó un vistazo a la oficina acristalada de su jefe y amigo Paul Greenwood. Reconoció al instante el tamaño y la forma del visitante trajeado de Paul como Howard. Al ver que Danny miraba a través del cristal, Paul le hizo un gesto para que entrara.

—Paul, Howard —dijo Danny, asintiendo hacia los dos.

—Me temo que estás equivocado, querido muchacho, me llamo David Tremain —dijo Howard con una sonrisa.

—El señor Tremain es el nuevo Ministro de Defensa —dijo Paul, reforzando la revelación de Howard.

—Vale, mi error. Te confundí con un viejo cascarrabias que solía entrar en mi casa sin permiso y robarme el té —dijo Danny con sarcasmo.

—Mmm, eso no se parece en absoluto a mí. En fin, debo irme, reuniones de gabinete y todo eso. Hablaremos pronto, Paul —dijo Howard, estrechando la mano de Paul antes de volverse hacia Danny y extenderle la mano.

—Cuídate, Daniel, ha sido un placer trabajar contigo —dijo, estrechándole la mano antes de salir de la oficina.

—¿Qué coño acaba de pasar? —le dijo Danny a Paul.

—Una jubilación, de algún modo, o un paso hacia la jubilación. Ninguno de nosotros se está haciendo más joven —dijo Paul, notando que Danny todavía respiraba un poco agitadamente por haber subido corriendo las escaleras.

—Sí, sí, lo sé, ninguno de nosotros se está haciendo más joven —dijo Danny, advirtiendo la mirada en el rostro de Paul mientras salía de su oficina.

Su móvil sonó mientras se acomodaba en su propio despacho y revisaba los correos electrónicos no leídos. El identificador de llamada de Scott Miller le dibujó una sonrisa en la cara al contestar.

—Scotty, me alegra que hayas podido apartarte del teclado para llamarme —dijo con una risita.

—Muy gracioso, troglodita, me alegra que hayas podido dejar de matar a alguien para contestar.

—Vale, vale, ¿qué pasa, colega?

—Me han enviado una invitación a un restaurante elegante del oeste y pensé que, después de los últimos acontecimientos, quizás te gustaría unirte a mí y a un par de encantadoras amigas mías para pasar una velada —dijo Scott, esperando la excusa de Danny de por qué no podía.

—Suena bien, tío, ¿a qué hora? —dijo Danny, sorprendiendo a Scott.

—Oh, estupendo, pasaré a recogerte a las ocho.

—Genial, nos vemos entonces.

El resto del día transcurrió rápidamente mientras se ponía al día con el papeleo y los correos electrónicos, siendo la normalidad un

cambio bienvenido después de los recientes acontecimientos. Fichó la salida a las cinco, gritando sus buenas noches al marcharse y dirigiéndose a casa. Se había duchado y cambiado de ropa para las siete y estaba tomándose una cerveza para empezar la noche cuando sonó el teléfono.

—Scotty, ¿qué pasa?

—Eh, ligero cambio de planes, Danny. El fútbol se alargó un poco, eh, ¿te importa venir a mi casa antes de salir? —preguntó Scott, con voz ansiosa y referencias fuera de lugar.

—De acuerdo, nos vemos a las ocho —dijo Danny, cogiendo sus llaves y saliendo precipitadamente por la puerta principal en cuanto colgó.

Por un lado, Scott nunca le llamaba Danny, y por otro, ni muerto le pillarían jugando al fútbol. Encendiendo su BMW M4 biturbo, Danny pisó a fondo, serpenteando por la carretera en dirección al centro de Londres.

# SETENTA Y UNO

En lugar de llamar a Scott para que le dejara entrar al aparcamiento subterráneo de su lujoso bloque de apartamentos frente al Támesis, Danny aparcó a cien metros calle abajo. Abrió el maletero y cogió la llave de ruedas del juego de herramientas junto a la rueda de repuesto. Metiéndola dentro de su chaqueta, caminó hacia la entrada. El recuerdo de ser metido a la fuerza en un furgón antidisturbios la última vez que estuvo aquí le revolvió incómodamente en la mente. Recordando el nombre del vecino de Scott, marcó el número del apartamento y esperó a que la cara del señor Chilvers apareciera en la pantalla.

—Hola.

—Hola, señor Chilvers. Soy Danny, el amigo de Scott. ¿No podría abrirme la puerta? Parece que el interfono de Scott no funciona —dijo Danny, ofreciéndole su mejor sonrisa despreocupada.

—Eh, vale, aquí tienes —dijo, mientras el cerrojo zumbaba frente a Danny.

—Gracias —respondió Danny, empujando la puerta para abrirla.

Miró el ascensor y luego las escaleras. Aunque no quería subir corriendo hasta el ático del séptimo piso, lo reducido y vulnerable que se sentiría al quedarse atrapado en el pequeño y expuesto ascensor le hizo dirigirse hacia las escaleras. Cuando llegó al rellano, se detuvo un momento para calmar su respiración antes de moverse silenciosamente hacia la puerta del apartamento de Scott. Colocó su

oreja sobre la superficie de madera. Todo estaba en silencio, sin música sonando, algo habitual cuando Scott se preparaba para una noche de fiesta. Danny cruzó el rellano y llamó a la puerta del señor Chilvers.

—Oh, hola, eh... —dijo el señor Chilvers con expresión desconcertada.

—Hola, perdone que le moleste otra vez. No se lo va a creer, pero ahora se ha atascado la puerta de Scott. Apartamentos de un millón de libras, ¿eh? Es una vergüenza. ¿No le importa si salto a la terraza de Scott y se lo arreglo? Gracias, señor Chilvers, es usted un sol —dijo Danny, hablando rápidamente mientras pasaba junto a él y se dirigía hacia su balcón.

—¿Qué? Eh, vale, supongo —balbuceó el señor Chilvers, pareciendo más confundido que nunca.

Ya fuera, Danny saltó la división de cristal hasta la terraza de Scott con su jacuzzi, tumbonas y vistas a los rascacielos de Isle of Dogs. Deslizó la llave de ruedas fuera de su chaqueta y se movió pegado a la pared hasta que estuvo junto a las puertas de la terraza que daban al salón de Scott. Agachándose, se desplazó hasta que un ojo pudo ver a través del cristal. Podía ver el respaldo del sofá y la parte trasera del cabello arenoso y despeinado de Scott mientras estaba sentado entre una morena de pelo largo y una rubia. Incluso desde su vista de espaldas, Danny podía ver que algo iba mal. Estaban sentados muy erguidos, mirando hacia adelante, inmóviles. Sacando su móvil, Danny llamó al número de Scott. Pudo ver cómo la cabeza de Scott se movía mientras hablaba con alguien. El teléfono siguió sonando hasta que la imponente figura de Karl se levantó desde el otro lado de la habitación, sosteniendo el teléfono de Scott con una mano y una pistola con silenciador apuntando a la cabeza de Scott con la otra. Manteniéndose lo más bajo y pegado a la pared posible, Danny observó con un ojo alrededor del marco de la puerta mientras Karl sostenía el teléfono en altavoz frente a Scott.

—Eh, hola, Danny —dijo en una mala imitación de mantener la calma.

—Hola, tío, tu vecino me ha dejado entrar. Estoy en la puerta principal —dijo Danny, viendo cómo la cabeza de Karl se giraba hacia

la puerta del apartamento.

Karl cortó la llamada antes de que Scott pudiera gritar para advertirle. Dándoles la espalda, se dirigió hacia la puerta de entrada. Tan pronto como desapareció de la vista, Danny probó la manilla de las puertas de la terraza, agradecido de encontrarlas sin cerrojo. Las abrió y se deslizó dentro. Con las manos y los pies fuertemente atados, Scott y las mujeres saltaron cuando Danny apareció frente a ellos con su dedo sobre los labios. Dejándolos, Danny siguió el sonido de los tintineos metálicos que venían del pasillo mientras Karl disparaba cuatro balas a través de la puerta del apartamento. La abrió de golpe un segundo después, esperando ver a un Danny acribillado tendido al otro lado. Cuando se encontró con el rellano vacío, cayó en la cuenta y giró rápidamente.

Danny ya estaba blandiendo la palanca cuando se giró, asestándole un golpe en la muñeca de Karl, haciendo que la pistola cayera al suelo con estrépito. El rostro de Karl, todavía marcado y con costras por la explosión en la mansión Volkov, se contorsionó en una rabia furiosa. Embistió a Danny con todo su cuerpo, levantándolo del suelo y cargando contra él hacia atrás hasta el salón, estampándolo contra la mesa de cristal, cuya fuerza la hizo añicos y la dobló, dejando a Danny tendido entre fragmentos de cristal y patas de metal retorcidas. Sin aliento y dolorido, Danny agitó salvajemente la palanca frente a él, alcanzando a Karl en un costado de la rodilla mientras este le agarraba el cuello con ambas manos. Karl gritó de dolor al caer sobre una rodilla, pero su agarre en el cuello de Danny solo se intensificó.

—Te mato por mi hermano, por honor familiar —gruñó Karl entre dientes.

Viendo estrellas y sintiendo que estaba a punto de desmayarse, Danny dejó de intentar golpear a Karl con el extremo hueco de la palanca y golpeó con el puño hacia abajo con toda la fuerza que pudo, clavando el extremo afilado en el muslo de Karl. La herramienta atravesó sus vaqueros y se enterró profundamente en su carne hasta chocar con el hueso. Gritando, Karl soltó el cuello de Danny y se tambaleó poniéndose de pie. Agarrando la palanca, se la sacó de la pierna. Jadeando por aire, Danny se obligó a levantarse y

cargó contra Karl con cada gramo de fuerza que pudo reunir, empujándolo más allá de las mujeres aterradas y Scott para estrellarse a través de la puerta del patio en una lluvia de cristales. Tropezaron y cayeron torpemente sobre las tumbonas, aterrizando a un par de metros de distancia. Ambos hombres se pusieron en pie con dificultad, respirando pesadamente mientras se miraban a los ojos.

La ira y la emoción de las últimas semanas explotaron. El rostro de Danny se endureció como el granito y sus ojos se oscurecieron con furia asesina mientras cargaba contra Karl, esquivando sus golpes antes de lanzar una combinación relámpago de puñetazos al cuerpo y un uppercut a la barbilla. Karl se tambaleó hacia atrás hasta la barandilla de acero y cristal en el borde de la terraza, sus ojos azul cielo llenos de odio mientras metía la mano dentro de su chaqueta y sacaba un gran cuchillo de caza.

—Honor familiar —gruñó.

—¿Qué coño os pasa a todos vosotros con el honor familiar? —gruñó Danny en respuesta, corriendo hacia delante para plantar una patada voladora en el pecho de Karl.

El golpe hizo girar a Karl sobre la barandilla, con los brazos agitándose desesperadamente mientras intentaba sin éxito agarrarse a la barandilla antes de caer fuera de la vista. Levantándose, Danny miró por el borde. El cuerpo de Karl yacía destrozado junto a la entrada, un charco de sangre formándose bajo él mientras los transeúntes gritaban conmocionados. Apartándose, volvió al interior.

—Buenas noches, Scott, señoritas —dijo Danny, desatándolos.

Las mujeres rompieron en llanto, abrazándose en una mezcla de emociones de miedo, conmoción y alivio.

—No sé si darte las gracias o pegarte, Daniel. La próxima vez que quieras invitar a uno de tus amigos a la fiesta, por favor, no lo hagas —dijo Scott, dirigiéndose al mueble bar.

—Bueno, preferiría que no me pegaras, colega, ya he tenido suficiente de eso por hoy —dijo Danny, desplomándose en el sofá.

—Mmm, sí, supongo que sí. Toma, será mejor que tomes uno de estos —dijo Scott, entregándole un whisky.

—Gracias, entonces ¿a qué hora salimos? —dijo Danny mientras los tres se giraban para mirarlo.

# POR FAVOR, POR FAVOR.

## DEJA UNA VALORACIÓN PARA LA SANGRE CORRE HONDO

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar La Sangre Corre Hondo

# ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

**Sangre Sobre Londres**

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

**Ejecución de La Fe**

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

**Quién Ostenta el Poder**

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

**Vivo Hasta Que Muera**

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

**Deporte de Reyes**

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

**La Sangre Corre Hondo**

Hace cinco años (Sangre Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

**Orden de Matar**

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

**Sin Límite Superior**

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

**No Dejar Nada al Azar**

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

**Muerto No Enterrado**

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

**Hasta Que la Muerte Nos Separe**

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

**Enemigo en la Puerta**

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

**Cueste Lo Que Cueste**

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

# ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.